



1500

61957 1914

CL 23 rui

VALORES HUMANOS

APOLOGÍA MORAL
DEL CATOLICISMO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Epítome escolar de Apologética, 2.^a edición. Un tomo en 4.^o, encartonado, 2 ptas.

Nuestra fe. Segunda edición refundida y aumentada de *Los peligros de la fe* y *He perdido la fe*. Un tomo en 8.^a, en rústica, 4 ptas.; en tela inglesa, 5 ptas.

El Modernismo religioso. Conferencias. En rústica, 3 ptas.; en tela, 4 ptas.

Ascética Ignaciana. En rústica, 1'50 ptas.; en tela, 2 ptas.

El Culto católico. Litúrgica escolar. Encartonado, 2 pesetas.

Educación de la castidad. En rústica, 1'50 ptas.; en tela, 2'50 ptas.

Educación moral. En rústica, 4 ptas.; en tela, 5 ptas.

Nociones de Ética o Filosofía moral. Encartonado, 2 pesetas.

La Iglesia y la libertad de enseñanza. Folleto, 1 pta.

El Modernismo pedagógico. Folleto, 1 pta.

La Piedad ilustrada. Devocionario para hombres cultos. 1 pta.

VALORES HUMANOS

APOLOGÍA MORAL DEL CATOLICISMO

CONFERENCIAS

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



LIBRERÍA RELIGIOSA

CALLE AVIÑÓ, 20 : BARCELONA

1919

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

El Censor,

ERNESTO GUITART, S. J.

IMPRIMI POTEST

Barcinone, 2 Februarii 1919

RAIMUNDUS LLOBEROLA, S. J.

Praepositus Provinciae Aragoniae

IMPRÍMASE

Barcelona, 14 de Febrero de 1919

El Vicario General,

JUAN FLAQUER

Por mandado de Su Sría.,

LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.

Scrio. Canc.

:: Reservados ::
todos los derechos



CONFERENCIA PRIMERA

✽

Fascinación del mundo sensitivo ¹

El hombre, en toda su vida y actividad práctica, no se guía por otra cosa sino por la *estimación* que forma de los *valores*.

Los seres irracionales se mueven guiados por una fuerza irresistible, sabia y exacta, que los lleva infaliblemente a la consecución de los fines a su existencia propuestos por su Criador. Esa guía es el *instinto*. Pero en la vida del hombre apenas tiene cabida el instinto. Posee otra facultad más excelente : la inteligencia; pero facultad susceptible de error.

Los errores de la inteligencia humana, unas veces son especulativos, otras son prácticos. Los primeros se apartan de la verdad en cuanto a la naturaleza de las cosas; los segundos falsean su *estimación*. Los errores especulativos que no conducen a una falsa estimación de los valores, son relativamente de poca importancia. Al contrario, los yerros acerca del valor de las cosas humanas, sacan de quicio la humana actividad y pueden frustrar enteramente nuestra vida.

1 Fascinatio nugacitatis obscurat bona, et inconstantia concupiscentiae transvertit sensum sine malitia. (Sap. IV, 12.)

Los hombres se han equivocado durante muchos siglos, al apreciar los movimientos relativos del sol y la tierra. Pero ¿qué inconveniente se les siguió de ahí? ¿Dejó por ventura el año de terminar su órbita exactamente? ¿Se alteró en lo más mínimo la sucesión de los días y las noches y la variedad de las estaciones?

Por el contrario : un error práctico; un error en la estimación de los valores humanos, puede producir un completo trastorno en la vida del hombre, hacer incompatible su existencia con la de sus prójimos, privarle de su felicidad y del fin último para que nació.

Tal sucede al que estima como el mayor de los bienes el placer, y, buscándolo afanosamente, se pone en pugna con sus semejantes y agosta su propia salud y vida. Tal al que estima desmesuradamente la opinión de los hombres,

Y en busca de este viento
Anda desalentado,
Con ansias vivas, con mortal cuidado.

Y siendo esto así, hay una perpetua causa que nos induce a error, no tanto acerca de las cosas especulativas, cuanto acerca de los valores humanos. Esta causa es la existencia en el hombre de dos *esferas de conocimiento*, sensitivo e intelectual.

I

Dos esferas de conocimiento

En primer lugar, hay en nosotros un conocimiento vinculado a las percepciones de los sentidos externos o a las representaciones de los internos : memoria, imagi-

nación o fantasía. Por otra parte, poseemos conocimientos de otro orden superior, elevado sobre los sentidos : abstracto, universal o ideal.

Entre estas dos esferas de conocimiento humano descubrimos desde luego dos notables diferencias, es a saber : que el conocimiento sensitivo nos lleva fácilmente a una estimación *falaz* de la realidad, y al propio tiempo no menos *avasalladora*. Al paso que el conocimiento intelectual, con ser incomparablemente más sólido y verdadero, carece de esa fuerza y eficacia práctica, que en tan alto grado posee la sensibilidad.

La importancia de esta materia, exige que nos detengamos en demostrarla con varios argumentos ; los cuales (adviértase bien) no se enderezan a negar la *veracidad* de los sentidos como primeros manantiales del humano conocimiento, sino a señalar la falaz estimación de los valores humanos a que pueden fácilmente conducirnos.

El cielo visible

1. a. Y en primer lugar nos sirve maravillosamente para declarar esta verdad que vamos estableciendo, el aspecto y realidad del *cielo*.

¿Qué nos dicen, acerca del cielo, los sentidos? Nos dicen que es una hermosa bóveda azul que viste como espléndido ropaje toda la tierra, y se matiza, con las diferentes posiciones del sol, de los más variados colores. ¿Quién no se ha sentido embargado de alegre maravilla, al contemplar la pompa de esplendores que acompañan a la salida del sol : a esa Aurora a quien llama Homero «la de los dedos de rosa», porque tiñe en efecto de rosado color cuantos objetos toca? ¿Quién

no ha admirado ese azul profundísimo de nuestro cielo meridional durante el pleno día? ¿Quién no ha experimentado la dulce melancolía de los crepúsculos vespertinos, en el mar o en las dilatadas llanuras? Y con todo eso ¿quién ignora, que todos esos brillos que nos alegran, y esas tintas violadas que nos aplacan, y ese azul sin límites que nos eleva, son meros efectos de la refracción de la luz, que hiere bajo diferentes ángulos la masa de aire que rodea nuestro planeta?

Porque ese cielo azul que todos vemos,
¡Ni es cielo, ni es azul!

como dijo hace tres siglos un excelso poeta.

El cielo es *negro*. Negro como la más oscura de las noches, como la más tenebrosa de las cavernas. Sin que basten a darle color los millones de estrellas que brillan en él como diminutos puntos luminosos. Así lo vemos, no sólo durante las noches sin luna, sino mirándolo por el largo tubo de un buen telescopio. Pero, aun los que esto sabemos, ¿dejamos por ello de sentir el alivio del alba, y la alegría del amanecer y la melancolía del crepúsculo vespertino? ¡Tanto puede en nosotros esa bella falacia de nuestros sentidos, que ven el cielo, no como es en sí, sino como le pintan los rayos solares!

El mundo del color

b. Y no es solamente el cielo : todo el mundo del color, el mundo de los brillos y resplandores, de los matices e irisaciones, no es más que un *dulce engaño* que nos induce a poner en los objetos los encantos que les presta la luz.

No vamos a entrar aquí en disquisiciones acerca de la naturaleza de ésta. Hoy creen comúnmente los físicos que es una *vibración del éter* impalpable; una sucesión de rapidísimas ondas luminosas que, hiriendo nuestra retina producen en nosotros esa sensación que llamamos *color*. Ciertamente, hay que reconocer en los objetos visibles una propiedad *objetiva* que los hace reflejar parcialmente o refractar con determinadas condiciones, esa luz policroma, que contiene en su seno todos los matices. Esa propiedad de las cosas se puede llamar el color *radical*. Pero no es menos cierto que todos los colores desaparecen cuando falta la luz, y que todas las luces vibrarían inútilmente en el espacio, si no hubiera una retina sensible que, herida por esas vibraciones, produjera la sensación del color.

De manera que, todo ese mundo encantado de los colores; ese mundo de la belleza visible; tan hermoso, que constituye la alegría de nuestra vida, sin la cual el viejo Tobías no hallaba razón para alegrarse en su ceguera; todo ese mundo de las auroras y los ocasos y los mediodías espléndidos, de las flores y de las mejillas de carmín, es sí, algo *real*, algo de cuya existencia nos dan testimonio veraz nuestros sentidos, pero algo muy diferente de lo que ellos nos pintan, tan diferente cuanto va de una vibración etérea a unos ojos hermosos que nos envuelven en una mirada de amor.

Y con todo esto ¿quién puede sustraerse al embellecimiento de ese mundo del color y la luz y la belleza sensible? ¿Quién, aunque sea tan espiritual y santo, como un Francisco de Asís, no considera como una desgracia grande la ceguera, que, después de todo, no nos priva de otro bien que de la percepción de ese mundo halagüeño de los colores?

Ilusiones del tacto

2. El *tacto*, por su parte, no es más completo que la vista para darnos la noción exacta de muchas realidades en medio de las cuales vivimos. Nada digamos de los *flúidos* impalpables que nos rodean, y de que los hombres no tuvieron noticia durante decenas de siglos : la electricidad, el magnetismo, el éter, los rayos ultravioletados, las ondas herzianas... Hay otra cosa de más importancia, que pertenece a la esfera del tacto, y acerca de la cual no nos da la más mínima información. Tal es el movimiento de la Tierra.

Vamos en un coche o en un buque, y el tacto ayuda a la vista para darnos verdadera noticia del movimiento relativo de nuestro cuerpo respecto de los objetos que nos rodean. Al arrancar un tren o un buque, sufrimos de momento la ilusión de que son los objetos circunstantes los que emprenden la marcha. Pero el tacto nos advierte muy luego que, lo que se mueve es nuestro vehículo que trepida bajo nuestros pies. Nada de esto acontece con los movimientos de la Tierra. Así se explica que durante muchos siglos todo el humano linaje haya ignorado este movimiento, dándose a entender que la Tierra permanecía inmóvil en el centro del Universo, y que el sol cada día y las estrellas cada año, describían órbitas imaginarias en torno de ella.

Y ahora mismo que sabemos no ser esto verdad ¿quién puede, con el tacto, darse cuenta del movimiento de nuestro planeta : de este edificio, de esta ciudad, de este país en que habitamos? Es tal la fuerza de esta ilusión, que, aun siguiendo en teoría el sistema de Copérnico, en nuestra vida práctica todos

sentimos y obramos como si fuéramos geocentristas; y aun en el lenguaje, se nos haría ridículo el que rehuyese las frases *salir el sol* y *ponerse, culminar las estrellas*, etc. Todas las cuales discrepan, no obstante, de nuestras actuales ideas científicas, pero están en consonancia con lo que *sentimos*.

La belleza sensible

3. Pero en el mundo de los sentidos hay algo más que esa percepción sensitiva que rige, casi a pesar de nuestra voluntad, nuestra vida física. Al coordinar las impresiones de los sentidos adquirimos la noción de la *belleza* sensible, la cual no sólo es materia de nuestros juicios, sino que, particularmente cuando se trata de nuestros semejantes, ejerce sobre nosotros una influencia avasalladora.

Dejemos a los autores de Estética discurrir sobre las condiciones y objetividad de la belleza sensible. Nosotros admitimos desde luego que es algo *objetivo*, nacido de la proporción y armonía de las líneas y de la suavidad del color. Pero al propio tiempo, hemos de declarar que esas circunstancias meramente *ópticas* no explican el poderoso influjo que ejerce en nosotros la belleza; sobre todo, la *belleza humana*.

San Agustín, después de haber explicado aquellas condiciones ópticas, añade con profundo sentido, que ese objeto *bello*, me parece más bello si es algo que *vive*, y sobre todo si *me ama*. Y es que, por más que el juicio estético pertenezca generalmente a la inteligencia, la emoción de la *belleza humana* atañe de un modo particular a la *voluntad* y se relaciona con el *amor*.

Dicen que, preguntado Aristóteles, *por qué* agrada la belleza, contestó : «¡Pregunta digna de un ciego!» Pero, con perdón del Estagirita, para alcanzar ese *por qué*, nos parece que se necesita hartó más que tener ojos en la cara. Todo el que no es ciego *percibe* el agrado de la belleza visible. Pero no por eso alcanza enseguida la *razón* de él.

La belleza y el amor

A nuestro juicio, el agrado *peculiar* de la belleza humana; de esa belleza que, según San Agustín, sube de punto cuando la persona bella *me ama*; es precisamente la ordenación de la belleza humana al amor. El pródigo Autor de la Naturaleza puso la belleza en los cuerpos para inclinar eficazmente a la conservación de la especie; como puso los colores vivos en los pétalos de ciertas flores, para llamar hacia ellas a los insectos portadores del fecundante polen.

De ahí nace una *falacia*, hartó común en esta materia, con que las personas a quienes la belleza física no puede conducir legítimamente al último término a que se endereza el amor sensitivo, se dan a entender que ese agrado particular de la belleza humana, *nada tiene* que ver con la sensualidad. Engaño que ha precipitado a no pocos en despeñaderos en que nunca pensarán.

Hay que colocar, por tanto, la belleza física, entre las grandes falacias del mundo de los sentidos, ya atendamos a lo que es en sí, ya a la tendencia secreta de los afectos que inspira.

La belleza humana

En sí misma ¿qué es la belleza humana? No es ni siquiera un mero juego de luces, como la hermosura de las auroras o de las puestas de sol. Es además una hermosura puramente superficial, que oculta objetos desagradabilísimos, y hasta horrorosos para nuestros mismos sentidos.

San Juan Crisóstomo, para desengañar a un alma prendida en los lazos de esa belleza física, le pone ante los ojos, qué es ese mismo rostro, ese cuerpo, que adora como algo semi divino. No tienes, le dice, más sino arrancarle esa piel blanca y suave, y verás que cubre un tejido de venas, arterias y sangrientos músculos, que inspiran horror al que contempla una cabeza desollada. Y esos ojos que te parecen tan hechiceros, con sólo sacarlos de sus órbitas, te producirían repulsión invencible. En verdad podemos decir que el cuerpo más bello, no es sino un montón de basura cubierto con una delgada capa de blanca nieve.

Los rayos X

Los progresos modernos nos ofrecen otro camino todavía más seguro para desvanecer esa impresión embelesadora que nos produce la belleza de un rostro hermoso. Colocad la cabeza de la mujer más bella, sobre la pantalla fosforescente de Roetgen, y después de haberos extasiado con la hermosura de sus facciones, mirad su interior con los *rayos X*, que os descubren su viva osamenta. Esa primorosa nariz deja transparentar la chata calavera. Esos labios de coral desapa-

recen para mostrar las repugnantes mandíbulas. Esos párpados seductores y los hermosos ojos dejan ver las horribles cuencas vacías con que los reemplazará la muerte.

Se refiere en alguna leyenda piadosa, que una mujer livianamente amada, mostró al galán el seno canceroso para apartarle de su torpe pasión.

Creo que, para disipar la fascinación del amor sensitivo, se deberían emplear los *rayos X*. Pero tal vez no se lograría grande efecto; pues pasada aquella impresión de horror, volvería a enseñorearse de los sentidos, la fascinación avasalladora de la hermosura.

Las pasiones

Mas no es solamente la pasión del amor sensitivo, la que sabe dorar sus objetos y disimular cautelosamente sus verdaderas tendencias; antes todas las pasiones producen un efecto semejante cuanto a torcer el juicio y trastornar la verdadera estimación de los valores humanos.

Acerca de ésta se produce una verdadera *antinomia*, cuando consideramos la mutua influencia del conocimiento y la pasión. Por una parte no hay duda que los afectos pasionales siguen, como los demás apetitos, al conocimiento. El conocimiento de la bondad del objeto engendra el amor; el de su maldad inspira el odio o aversión. Mas al propio tiempo, muestra la experiencia, que juzgamos de la bondad o maldad de los objetos conforme a los afectos preconcebidos que nos atraen hacia ellos o de ellos nos desvían.

¿Quién manda, pues, definitivamente, en quién?
¿La cabeza en el corazón o el corazón en la cabeza?

Esta aparente antinomia se desvanece, cuando tenemos en cuenta las dos esferas del conocer, que vamos considerando. Porque es así, que el conocimiento de los *sentidos* tiene fuerza para engendrar los afectos pasionales; y éstos, una vez desarrollados, son de eficacia casi incontrastable, para torcer el juicio de la inteligencia y arrastrarlo a una falsa estimación de los valores; no conforme a la realidad de las cosas, sino a los deseos del corazón apasionado.

Así se viste, la concupiscencia de la carne, de las más vaporosas formas del amor platónico, y se da a entender que adora un *ideal*, cuando en realidad busca el bajo deleite y la grosera materia. Así se disfraza el egoísmo, de altruismo y espíritu de justicia. Así la amistad apasionada halla aparentes matices para embellecer lo que ama, mientras el odio secreto se industria para denigrar lo que aborrece; así se viste la soberbia de dignidad, la ira de pundonor, la ambición de elevación de miras; y generalmente, las pasiones llevan tras sí a la mezquina inteligencia, y la obligan a buscar sofismas para justificar y aun santificar sus exigencias más contrarias a la razón.

El lujo

4. Pero como si no bastara la naturaleza de los sentidos y las pasiones para trastornar de todo punto la estimación de los valores humanos, se les agrega un mundo artificial de falsos resplandores y atractivos; ese mundo de mentiras que comprendió San Juan bajo el nombre de *concupiscencia de los ojos*, oponiéndolo a los alicientes naturales de la sensualidad o *concupiscencia de la carne*.

A este orden pertenece todo el vano esplendor que trata de atribuir al ser humano una importancia o excelencia que en sí no tiene, ni puede realmente adquirir, según aquello del Evangelio : que « nadie puede añadir un codo a su estatura. »

En este distrito de vanidad y mentira se comprenden el *lujo* que procura aumentar o substituir la hermosura, y el *fausto* que se esfuerza por atribuir al hombrecillo de tierra una importancia que la Naturaleza no le dió.

Lujo, *luxus*, parece ser un aumentativo de luz, *lux*; y en efecto, no es más que un conato artificial de aumentar la fascinación que la luz produce naturalmente en los sentidos.

Así vemos que el lujo más elemental; el que se halla en los pueblos primitivos, consiste principalmente en buscar los colores brillantes : el rojo de la púrpura, el resplandor del oro y de la plata y las piedras preciosas; es decir : que el lujo consiste en intensificar el efecto producido por la luz, para intensificar al propio tiempo su fascinación.

Y por ahí echaremos de ver con grande claridad la mentira del lujo. Como los cazadores, para atraer al lazo a las alondras y otras avecillas incautas, se valen de espejuelos giratorios, cuyo brillo las embelesa y fascina; así el mundo cautiva a sus adoradores con el brillo y los cambiantes de las perlas, de los diamantes y otras piedras; con los vivos colores de las telas preciosas, de los metales; de los afeites y menjúrges que añaden nueva luz al rostro.

No nos acabamos nunca de maravillarnos de la estupidez de los salvajes, que daban el oro y otros objetos de valor, a cambio de abalorios y brillantes lentejuelas ofrecidos por los astutos europeos descubridores de

sus tierras. Mas en realidad, todos demostramos tener algo de este salvajismo, cuando nos dejamos seducir por los falsos brillos del lujo.

El fausto

Y así como el lujo procura acrecentar la belleza, el *fausto* es el conato de aumentar la *importancia* de la persona humana, rodeándola de postizas grandezas. Con todo eso, pocos son los que del todo logran librarse de la impresión sensitiva que produce este aparato artificial, en determinadas circunstancias.

Apenas se hallará uno entre diez mil, que no experimente este efecto de una exhibición fastuosa; ya se trate de la majestad de un soberano, que se presenta rodeado del esplendor de una corte magnífica; o del poder de un general, cuando, acompañado de su brillante Estado Mayor, revista su ejército entre las salvas de la artillería y los hurras de las tropas.

Esta impresión es tan natural, que hasta la Iglesia católica, aunque fundada en la humildad y mansedumbre de Cristo y engalanada con su Cruz oprobiosa, no ha renunciado al prestigio que podía dar al sacerdocio, a los ojos de los pueblos, el aparato de una liturgia espléndida.

Con todo eso : aparte la significación simbólica de la *autoridad*, que es algo espiritual y dimanado de Dios; todo el fausto de la etiqueta palaciega, toda la pompa de la soberanía y alarde del poder, son mera *fascinación* de los sentidos; pues debajo de todas las púrpuras y coronas de oro, como bajo el casco militar y los marciales arreos, no se halla más que al « *hombre, nacido de mujer, limitado a una vida efímera y rodeado de toda clase de miserias* » físicas y morales.

Rousseau se burla de la *majestad* de un niño de pecho, heredero de una corona real, el cual *babea* mientras los magnates se prosternan ante él o los magistrados le dirigen discursos altisonantes.

En realidad, no hay mucha diferencia entre ser el soberano niño o adulto. Si quitamos los ojos del ánimo de la *representación* de la autoridad emanada de Dios, en todo soberano hallamos mera debilidad y miseria; pues si no babea por la niñez, estará de seguro sujeto a otras necesidades más repugnantes, de las que no exime a ningún humano organismo la púrpura ni la corona imperial.

Esto no obstante; lo repetimos : apenas hay quien no sienta, ante el aspecto de esos fastuosos alardes, el *escalofrío* de la *majestad presente*. ¡Tanta es la fascinación que sobre nosotros ejercen las impresiones sensitivas, aun cuando la inteligencia nos descubra su inanidad!

El conocimiento sensitivo es falaz; nos mantiene en un mundo de apariencias y ficciones; y sabemos que es así. Mas con todo eso, tiene fuerza para avasallar nuestra naturaleza, y apenas en momentos de singular lucidez, haciendo fuerza con la inteligencia, logramos sustraernos a su poderosa fascinación.

II

El conocimiento intelectual

Por el contrario; nuestra inteligencia puede alcanzar, y alcanza muchas veces, conocimientos de certeza absoluta; los cuales, sin embargo, raras veces obtienen

una eficacia tan grande sobre nuestra actividad y vida emotiva.

1. Un ejemplo muy eficaz para comprender esta verdad, se halla en el movimiento de los cuerpos celestes.

Actualmente creemos no se encontrará ninguna persona medianamente instruída, que no sepa y admita, que el globo que habitamos anda por el espacio con varios movimientos, principalmente el de rotación sobre su eje cada 24 horas, y el de traslación en derredor del sol, que constituye el año.

La inteligencia, ayudada por los argumentos científicos, conoce y admite estos movimientos; pero su verdad no llega hasta nuestros sentidos ni tiene el más mínimo influjo en nuestras maneras de obrar.

Cuando nos sentimos arrastrados por un vehículo muy rápido, un automóvil, vgr., instintivamente experimentamos cierto encogimiento de todo el cuerpo, y nos asimos del objeto firme que encontramos al alcance de nuestra mano. Pero ¿qué es la velocidad del más rápido automóvil, comparada con la de la Tierra? En su movimiento de rotación nos lleva (en nuestra latitud) con una velocidad aproximada de 25 kilómetros por minuto. Un tren que marcha a 100 kilómetros por hora nos produce la sensación del vértigo; y esto, aun en medio de la obscuridad de la noche, cuando no vemos la arrebatada fuga de los objetos exteriores, y sólo sentimos una suave trepidación. Pero este edificio, en que ahora estamos, gira en derredor del eje de la tierra con una velocidad de 100 kilómetros, no cada hora, sino cada 4 minutos. Con todo eso, por más que lo sabemos, ni experimentamos el vértigo, ni sentimos propensión a agarrarnos de las paredes.

Dicen los automovilistas que, lo que muchas veces

les hace forzar la marcha y perder la prudencia, es el placer de la velocidad. Pero ¿qué tiene que ver la velocidad del más furioso automóvil, con la que llevamos todos los moradores de la Tierra, en nuestro viaje anuo al derredor del sol? ¿A cuánto puede llegar la rapidez de un auto? ¿A 130 kilómetros por hora? Pues la Tierra nos lleva a todos, ricos y pobres, en derredor del sol, a razón de 30 kilómetros por *segundo*. Verdaderamente no es menester gastar gasolina para darse el placer de la velocidad; pues queramos o no, despiertos y durmiendo, vamos siempre por el espacio con esa rapidez que excede a cuantas pueden producirse en el mundo.

Y esto lo sabemos certísimamente; se demuestra por infalibles cálculos matemáticos. Sólo que, en frase de la Escritura, no «*desciende* hasta nuestros sentidos.» Conocemos el mundo de la verdad, pero vivimos en el de la ilusión y de la mentira. Seguimos a Copérnico los ratos que cultivamos la ciencia; pero en la vida ordinaria, todavía sentimos y obramos como geocentristas.

El conocimiento intelectual, evidente, sólido, indestructible, no ejerce sobre nuestra vida ese influjo avasallador que obtiene en nosotros el conocimiento falaz, y conocido como tal, de los sentidos.

Lo propio que acaece con estos conocimientos astronómicos, pasa con muchas otras verdades *demonstradas*, pero confinadas por su naturaleza en el orden puramente intelectual.

Testimonio de la conciencia

2. De todos los humanos conocimientos, ninguno hay más cierto que el obtenido por el testimonio de la

conciencia, el cual nos da noticias infalibles sobre nuestra existencia, y nuestros actos internos.

Por ese testimonio certísimo conocemos la identidad permanente de ese principio consciente de nuestra personalidad, que designamos cuando decimos *yo*. En la naturaleza de ese principio interno, descubrimos su distinción de nuestro propio organismo; pues nuestro organismo varía y ese principio permanece siempre el mismo; nuestro organismo ofrece composición de partes y ese principio es simplicísimo. Así obtenemos demostraciones firmísimas de la existencia sustantiva, de la espiritualidad e indestructibilidad o inmortalidad natural de nuestra alma¹.

Estos conocimientos son mucho más ciertos que los que poseemos acerca de las cosas exteriores, percibidas sólo por medio de los sentidos. Con todo eso, ¡cuán poco influyen en la vida práctica y en el sentir de muchos hombres, esas verdades sólidas y macizas!

¿Es la causa de ello, ser tales verdades menos *ciertas* que los conocimientos que tenemos del mundo sensitivo? No; pues son más ciertas y evidentes, y más inmediatamente conocidas.

Algunos creen que conocemos la materia más cierta e inmediatamente que nuestro espíritu. Pero no es así, sino todo lo contrario. Nuestro espíritu se conoce a sí propio en sus mismos actos: en su pensar, en su afirmarse, en su distinción de todo lo que en nosotros se muda. Por el contrario: las cosas materiales sólo las conocemos por los sentidos externos, que son, entre todas nuestras potencias, las más falibles y groseras.

No obstante, el conocimiento falaz de los objetos materiales nos arrastra poderosamente hacia ellos,

1 Cf. *Nuestra fe*, Conf. IV y V.

mientras esotro conocimiento más íntimo, cierto y perfecto, del mundo espiritual, apenas ejerce influjo en la vida de muchísimos hombres.

Sería erróneo sacar de ahí, que tales conocimientos son más *débiles* que los otros; pues lo contrario se convence por el ejemplo anterior, relativo a los movimientos de la Tierra.

¿Es, por ventura, más cierta la aprensión sensitiva que nos indica la inmovilidad de la tierra, que los cálculos y discursos científicos que nos demuestran sus movimientos en el espacio? No por cierto; antes estos cálculos son ciertos, y la otra aprensión es falaz. Luego no se arguye derechamente, de la poca impresión que una verdad hace en nosotros, a su poca certidumbre o firmeza. Sino hay que partir de ese supuesto: que las verdades intelectuales, aunque sean incomparablemente más sólidas, ejercen menor influjo en nuestra vida que las aprensiones más falaces y vanas de nuestros sentidos.

Las verdades abstractas se demuestran muchas veces con evidencia, de tal manera, que un hombre racional no las puede negar. Mas con todo eso, esas demostraciones y conclusiones se quedan en la región superior del alma, y no pesan sobre la conducta, antes dejan que ésta se rija por las erróneas aprensiones, cuya falsedad reconoce la inteligencia.

Esto explica la escasa eficacia que tienen en muchos hombres las verdades religiosas, las cuales son de un orden puramente intelectual o sobrenatural.

Inconsecuencias

3. Algunos indoctos o inconsecuentes, en vista de la poca influencia que esas verdades ejercen en la vida,

llegan hasta negarles el carácter de *verdades demostrables*, y las reducen a meras formulaciones de un vago sentimiento.

Si fueran lógicos, los tales deberían aplicar ese mismo criterio a todas las materias, y colegir del mismo modo que los movimientos de la Tierra no son más que una opinión vana, al paso que la *ciencia positiva* debería perseverar en el sistema de Ptolomeo, único conforme con el testimonio de los sentidos. Pero en Astronomía no discurren así, ni sacan tales conclusiones en Óptica. En todas las otras materias dan preferencia al testimonio de la razón y a los resultados del cálculo; y sólo en materia religiosa se reservan el derecho de ser inconsecuentes, atribuyendo gran peso al sentimiento y ninguno a las demostraciones de la razón.

Nosotros, que tenemos en mucho nuestra condición de *racionales*, no podemos pasar por ese camino. Preferimos ser consecuentes, y dar en todas las materias el primer lugar a las demostraciones de la inteligencia, aunque reconociendo el hecho innegable, de que tienen menor influjo en nuestra manera espontánea de sentir y conducirnos, que los conocimientos falaces, pero avasalladores; de los sentidos.

La razón nos demuestra evidentemente que, nuestra alma, siendo por naturaleza inmortal, está destinada a una existencia eterna. Por consiguiente, que su existencia corpórea, temporal y limitada, es de muy inferior estima que la futura que no ha de tener fin.

No importa que los bienes presentes nos arrebaten la voluntad con vehemencia sin comparación mayor que la esperanza de los bienes eternos. Este hecho no nos ha de maravillar, conocida la cualidad propia de ambos conocimientos intelectual y sensitivo. Pero si

somos *racionales*, no hemos de estimar los *valores humanos* con el falaz criterio de éste, sino con el sólido e infalible de aquél.

III

Asunto de estas conferencias

Esto es lo que vamos a procurar en las presentes conferencias.

1. En otras conferencias anteriores, dejamos establecidos con científica demostración, los principales fundamentos del orden religioso : la existencia de un Dios creador y legislador, la inmortalidad del alma espiritual que la destina naturalmente a una existencia eterna; la existencia de una ley moral promulgada por el testimonio de la conciencia humana, que nos intima el *deber* y nos infunde el sentimiento de *responsabilidad*, anuncio de futuras sanciones.

Pero es posible que estas verdades, aun después de comprendida y admitida como buena su demostración, se queden allá en la cumbre de la inteligencia, sin descender hasta la dirección de nuestra vida moral; sin influir en la estimación de los *valores humanos*; por lo tanto, estériles y baldías.

Esto valdría tanto como hacernos racionales en la inteligencia, dejándonos animales en la vida práctica, con inconsecuencia tan absurda como funesta.

Si las verdades mencionadas no nos parecen establecidas con suficiente demostración, volvamos a repararla y completemos lo que falte en ella. Pero si

(como juez) su demostración satisface a nuestra inteligencia, justo es que las tomemos por norte y guía en la estimación de los valores humanos.

No sea que convirtamos en lema de nuestra vida, lo que el poeta pagano expresaba en tono de queja :

Video meliora proboque, deteriora sequor.

Mi entendimiento me demuestra lo mejor y mi voluntad lo aprueba; pero en la práctica lo abandono por lo peor a que me arrastran mis sentidos. Que viene a ser lo que dice el sagrado Libro de la Sabiduría : que la fascinación de la nugacidad oscurece los bienes.

El mundo presente; el mundo de los sentidos : de los colores e impresiones sensitivas, es algo como una burla; como una ilusión que engaña nuestras apreciaciones : una *fascinación* : *fascinatio nugacitatis*. Y esa fascinación, dice el Autor sagrado, *oscurece los bienes*; hace que demos a las cosas valores muy diferentes de los que en realidad tienen.

¿Cómo evitar esa pesada burla, que acabaría por hacernos perder o trocar el verdadero sentido de nuestra existencia?

No hay otro medio sino procurar que prevalezcan en nosotros, sobre esas estimaciones vanas de la sensibilidad, los juicios rectos, sólidos, científicos, de la inteligencia. Que a pesar del engaño de los ojos, lleguemos a tener presente siempre, que ese cielo azul, que todos vemos, ni es cielo ni es azul; que no estamos fijos, con nuestro globo, en el centro del Universo; sino andamos arrebatados por el espacio con vertiginosos movimientos. Que la significación de nuestra vida, no es la que nos inspiran las percepciones sensitivas, sino los dictámenes de la razón ilustrada por la fe.

Connaturalidad de la fe

2. A algunos de nuestros contemporáneos, se les hace recia cosa, que se les pida la *fe* como guía de su vida práctica. Los tales demuestran no haber reflexionado nunca sobre cuán endeble guía de ella es la *razón* a que apelan.

Nos atrevemos a decir que los hombres que, en la práctica de la vida se guían por pura razón, o no existen o serán, si acaso, alguna individualidad enteramente excepcional.

Y es que, como acabamos de considerar, por muy luminosa que sea la razón humana, por mucha suficiencia que tenga para demostrar los principios fundamentales de la religión y de la moral, *de hecho*, raras veces logra que sus dictámenes se conviertan en nervio de la vida; antes ésta, si no es regida por otra luz y otra fuerza de orden superior, cae bajo la *fascinación* de las impresiones sensitivas.

La razón de esto la buscaremos más adelante, y la hallaremos en un dogma, hoy de los más olvidados, de la Religión Católica. Mas por ahora basta haber establecido el hecho (el cual es tan palpable, que ciertamente no lo negará ningún hombre sensato), es a saber: que las impresiones de los sentidos poseen una eficacia para inspirar la práctica; un poder avasallador de la actividad humana; que vanamente buscamos en los conocimientos más ciertos y elevados, de la inteligencia.

Por eso con muy buena razón se nos pide la fe. Aun en materias científicas procedemos guiados por ella, no sólo antes de poder alcanzar la demostración

de lo que nos dicen los sabios en cuya competencia fiamos; sino aun después que, en momentos fugaces, *vimos* la luz de la demostración, nos regimos por el *recuerdo* de haberla obtenido; el cual se parece mucho más a la *fe* que a la *ciencia*. Sólo que la fe estriba en el testimonio *ajeno*, y ese convencimiento se funda en el *propio* testimonio interno de que un día verificamos la demostración.

Lejos de ser *violento* para el entendimiento humano, admitir la guía de la fe, le es sumamente *connatural*. Por fe en nuestros guías y maestros comenzamos a dar los primeros pasos en el terreno científico; y por fe o confianza en nuestra memoria, que nos atestigua haber recorrido en otro tiempo el camino de la demostración, nos servimos como ciertas de las verdades demostradas, aun cuando hayamos olvidado su discurso demostrativo o por lo menos no lo tengamos actualmente presente en el entendimiento.

Fuera de que en todas las ciencias hay una infinita mole de materiales que no se pueden alcanzar sino por el humano testimonio, el cual no engendra ciencia sino fe. Tales son los experimentos y experiencias ajenas, los hechos históricos, los accidentes geográficos, etc.

Es verdad que el testimonio humano no es infalible, ni por ende puede tomarse como principio de demostración estrictamente dicha. Pero es mucho más engañador el testimonio de los sentidos, y el influjo de los afectos y pasiones, que tan pocas veces permiten a la inteligencia emitir su sereno fallo acerca de los valores de nuestra vida.

La *clave* para llegar a la verdadera inteligencia de estos valores, se halla en la *libertad*; y por tanto, hemos de comenzar estudiando su concepto con la mayor exactitud posible.

APÉNDICE

La epidermis del Universo

Lo que hemos dicho sobre la *mentira* de los sentidos, no debilita en lo más mínimo la *veracidad* de su testimonio acerca de los objetos que caen bajo su propia esfera, cuando los perciben en las debidas condiciones y no extienden la apreciación de ellos más allá de lo que les es propio.

Cuando nuestros ojos ven a una persona no se equivocan acerca de ella, por más que no vean más allá de su *epidermis*. Pero debajo de la epidermis está la dermis, acerca de la cual nada nos dicen los ojos donde no hay una herida. Y debajo de la dermis están los músculos, con su perpleja trama de nervios y vasos sanguíneos; y debajo de los músculos están los huesos, sin los cuales el cuerpo humano carecería enteramente de solidez y no podría tenerse en pie.

Una cosa semejante acontece con el Universo en cuyo seno vivimos y nos movemos.

Hay en el Universo objetos *materiales*, y en éstos, hay una substancia y cierto número de cualidades o accidentes, que son lo único que se ofrece a la percepción sensitiva: el color, la dureza o aspereza, el movimiento que, llegado a cierta velocidad, produce el sonido; el olor, el sabor, etc.

Hay además en el Universo cosas espirituales, substanciales y accidentales; del orden natural y del sobrenatural. Y hay finalmente, sosteniéndolo todo y dán-

dole el sér, el *Sér por sí*, necesario, indeficiente, origen de toda existencia : Dios.

Los sentidos nada nos dicen acerca de la substancia de las cosas materiales; nada acerca de las cosas espirituales ni de sus accidentes; nada acerca de las sobrenaturales; nada acerca de Dios, manantial y sostén de todo sér.

No mienten, pues, en cuanto nos acusan los accidentes materiales que perciben; pero nos dan una *verdad parcial*; y una verdad parcial es muchas veces una *mentira*. Lo es siempre que deja de manifestarse *como parcial*. Por eso resulta falso el testimonio de los sentidos, cuando se disocia de la afirmación intelectual de su parcialidad.

Hemos citado muchas veces la frase de Argensola :

Porque ese cielo azul que todos vemos,
Ni es cielo ni es azul.

Apurándolo bien, es *cielo* y es *azul*. Es el cielo *atmosférico*, más allá del cual se extiende el cielo astronómico, y más allá, el cielo matemático y el cielo sobrenatural. El cielo atmosférico es como la *epidermis* del espacio infinito, en la cual se detienen los ojos corporales.

Y ese cielo es *azul*. ¿Qué quiere decir azul? Que tiene la propiedad de absorber los demás rayos de la luz blanca, dejando libres sólo los azules. Las cosas que gozan de esta propiedad se llaman *azules*, y en este concepto, el cielo es tan verdaderamente azul, en pleno día, como lo son ciertas telas o flores, etcétera.

La *mentira* de los sentidos es, pues, su veracidad *parcial*. ¡Nos dicen la verdad acerca de la *epidermis del Universo*; pero no pueden pasar de ahí!

Su testimonio es precioso y necesario como *principio* del conocimiento; pero falaz, en cuanto se disocia de la inteligencia.

Y entonces es además de escaso valor; pues sólo puede darnos información acerca de un corto número de objetos, y éstos, los de menos estima que hay en el Universo.

Los sentidos externos son las facultades propias del *niño*, que al entrar en la vida, ha de hacer provisión de impresiones sensitivas, para tener materiales sobre los que su inteligencia pueda operar.

Pero pasada la niñez, su papel viene a ser *secundario*; y su predominio en la edad adulta produce los hombres *aniñados*.

El niño atesora impresiones sensitivas; el joven las combina formando imágenes poéticas; el varón elabora con esa materia, las concepciones intelectuales, el anciano reflexiona sobre ellas, y comprende finalmente, que todo cuanto hiera los sentidos y arrebatara el corazón humano, es *vanidad* y sombra fugitiva.

¡Entonces cierra plácidamente los ojos a esa región de los brillos sensitivos, para abrirlos a otra luz más esplendorosa...!





CONFERENCIA SEGUNDA

*

La libertad

I

Su concepto y especies

Por libertad, en su sentido obvio, todos entendemos el dominio o señorío que el hombre tiene sobre los actos de sus facultades.

De ahí que tengamos tantas maneras de libertad, cuantas son las facultades que poseemos y cuyos actos están sujetos a nuestro dominio.

a. Tenemos, en primer lugar, una libertad *física* con que enseñoreamos principalmente nuestra vida locomotiva. Es la libertad propia del animal desarrollado, el cual puede moverse a su arbitrio : ir y venir, levantarse y sentarse, caminar o correr, y mover, en una palabra, sus miembros a su antojo, dentro del ancho marco que le dejan las leyes del mundo físico en que vivimos.

Esta es la libertad de orden inferior, y con todo eso, de tanta estima, que los modernos Códigos penales, han creído poder reducir a su limitación, todas las

sanciones de los delitos. Todo el extenso repertorio de penas usadas en otras épocas : azotes, palos, cauterios, mutilación, quebrantamiento de huesos, etc., se ha reducido en los Códigos modernos, a la privación más o menos larga y total de libertad física, encerrando al delincuente en una celda o calabozo de una cárcel; sino es en los rarísimos casos en que algunos Estados conservan todavía la pena de muerte, que ha desaparecido ya de los más.

Sin embargo, el presidiario encerrado en el más estrecho calabozo, no pierde sino la libertad de locomoción y hasta cierto punto, el uso de sus sentidos externos; quedándole en todo lo demás el dominio de sus acciones.

b. Quédale entera libertad de su imaginación, con la cual puede evocar los paisajes que recorrió en su vida anterior; las amadas perspectivas de su país natal, las escenas familiares de su niñez o de su mocedad; puede recordar cuanto ha percibido anteriormente, y crear nuevas combinaciones fantásticas, forjando en la oscuridad de su encierro, todo un mundo lleno de los más deleitosos encantos.

En la oscuridad de un calabozo hubieran podido concebir, Homero su Odissea y Milton su Paraíso; pues uno y otro los compusieron en otra más cerrada oscuridad de su ceguera. Y en la incomodidad y encerramiento de una cárcel, fué concebido, según parece, el más festivo y jovial de los libros : el Quijote, hijo de la fantasía risueña y colorida de un hombre, a quien todas las adversidades de la existencia no pudieron quitar el optimismo del corazón ni la risa de los labios.

Esta es la libertad que podemos llamar *psicológica*, o sea, el dominio sobre los actos de nuestras potencias

internas : la memoria, la imaginación o fantasía, y la inteligencia. Estas facultades son incoercibles, por lo menos para el poder humano. Cualesquiera violencias que se ejerciten sobre su cuerpo, el hombre conserva siempre, mientras goza de salud mental, el señorío sobre muchos actos de estas facultades. Pero sobre todo es propio este dominio, de su *voluntad* o apetito racional.

c. Así como los demás apetitos sensitivos, siguen con cierto peso y necesidad natural a los conocimientos de los sentidos externos o internos, la voluntad, en sus actos más excelentes, goza de la llamada *libertad de elección*; pues el entendimiento le propone diferentes *valores*, entre los cuales queda dueña de *elegir*, ya abrazando uno mejor que otro, o ya absteniéndose de abrazar ninguno. Este es el que se llama *libre albedrío* o *arbitrio*, propio del hombre y una de las más nobles prerrogativas de su alma espiritual; a la cual hace dueña del organismo en que vive, por más que dependa de él para todas las operaciones sensitivas.

La libertad y la ley

Pero no es esto sólo. No sólo tiene el hombre el dominio sobre muchos de sus actos orgánicos, sino posee, por efecto de la libertad de su voluntad, la facultad de decidirse a obrar conforme a las exigencias de su naturaleza racional y de la Ley de Dios, o infringir esta ley y contrariar aquellas exigencias.

Dios ha intimado al hombre su ley soberana, ya por el testimonio de su propia conciencia, que le descubre la bondad de las acciones morales y la necesidad de regirse por ella en su conducta; ya por otras intima-

ciones naturales o sobrenaturales que constituyen las leyes positivas. Pero todas estas leyes divinas dejan al hombre en el pleno goce de su libertad.

Dios ha criado al hombre para que le conozca y alabe, y para que le sirva cumpliendo sus mandamientos. Pero por encima de esta voluntad con que ordena seriamente que el hombre obre *bien*, tiene Dios otra voluntad más absoluta con que quiere que obre *libremente*; y para ello, le concede la libre elección entre alabarle o dejarle de alabar y aun blasfemarle; entre cumplir sus mandamientos o quebrantarlos y pisotearlos; bien que sometiéndose por el mismo caso a las sanciones proporcionadas a sus delitos.

Esta es propiamente la libertad de *elección*; la facultad que tiene el hombre de abrazar, no precisamente lo que su entendimiento le propone como *mejor*; sino para elegir a su arbitrio cualquiera *bien*, aunque sea menor o falso y aparente, prefiriéndolo a otro bien mayor o más verdadero que se ofrece al mismo tiempo a su elección.

Si cuando se proponen a la voluntad dos bienes elegibles, hubiera de inclinarse *necesariamente* hacia el mayor (ya sea mayor en sí, o en cuanto es conocido por el hombre) la voluntad se determinaría sin libertad; como la balanza se inclina necesariamente hacia el lado donde gravita el peso mayor. El hombre tendría entonces *estimación* de los bienes, pero no *arbitrio* entre ellos, ni por ende *responsabilidad* propiamente dicha.

La libertad de la voluntad es, pues, algo diferente y superior: es el señorío con que puede decir *quiero* o *no quiero*, aun cuando se le intimen las leyes más augustas o los más sagrados deberes.

Esta noción de la libertad es harto clara. La posesión de ella nos la atestigua nuestra misma conciencia,

que nos dice con irresistible evidencia en mil casos, que está en nuestra mano resolernos a obrar o dejar de obrar, a obrar en uno u otro sentido. Falta pues solamente, que estudiemos la inestimable *excelencia* de esta prerrogativa concedida al hombre por su Criador; la cual es tan grande, que pasa de vuelo todas las otras excelencias humanas y aun todas las grandezas del resto de la Creación.

II

Valor de la libertad

Para concebir una estima adecuada del valor de la humana libertad, ningún camino hay más expedito que fijarnos en los abusos de la misma libertad, y considerar que Dios los tiene previstos y los permite, no obstante su enormidad, a trueque de no privar al hombre de esta nobilísima prerrogativa.

a. Dios, que ninguna necesidad tiene de sus criaturas, pudo dejar de crear al hombre. O, ya que le quiso dar el sér, púdosele dar sin dotarle de libertad. Pudo hacer de los hombres autómatas hermosísimos, infundiéndoles una manera de *instinto* moral, por fuerza del cual pasaran indefectiblemente toda su vida, alabando a su Criador y haciendo bien a sus semejantes. Púdoles dar un instinto como el de los jilgueros, que cantan las alabanzas del Criador cuando amanece el día; o como el de los ruiseñores, que las cantan melodiosamente por la noche. Pudo hacer que, como los astros, narraran la gloria divina describiendo con inalterable regularidad la órbita de su vida. Pudo hacerlos parecidos a las abejas, que se sacrifican por su reina, o a las hormigas, que siguen sin des-

viación ninguna las exigencias de su instinto social.

¡Qué hermoso hubiera sido entonces el mundo! : ¿no es verdad? ¡Un mundo donde nadie pensara en sí; donde no se conociera el frío egoísmo; sino todos los hombres se emplearan en adorar a Dios y hacerse bien los unos a los otros! ¿No sería ése (mucho mejor que el nuestro) un mundo digno de la sabiduría, omnipotencia y bondad de Dios?

— No sería tal, desde el momento que faltara en él la *libertad*. Así lo juzgó, en primer lugar, la infalible estimación de Dios.

Discurriendo a nuestra manera, podemos imaginar que planeó Dios ese mundo bellísimo de autómatas, mucho más bello y armonioso de lo que nosotros podemos pensar. Y no le agradó, ni lo quiso, porque faltaba en él este bien de la libertad.

b. Más : colocó Dios en una balanza todos los abusos de la libertad que han hecho los hombres desde el principio del mundo, y harán hasta el fin de él; puso allí todos los homicidios injustos, desde el fratricidio de Caín hasta el asesinato legal de Jesús; todas las impurezas desde la bigamia de Lamech hasta los cultos obscenos de Militta y Adonis; todas las guerras y devastaciones, los robos y avaricias; las opresiones de los pobres y débiles, la servidumbre de millones de esclavos, las blasfemias contra Dios, los sacrilegios y cultos supersticiosos. ¡Qué tremenda suma de horrores ha producido en el mundo el abuso de la libertad humana! Pues todos los previó y consideró y pesó la divina Providencia; y poniéndolos todos en una balanza, colocó en la otra solamente la *libertad*; y el *bien de la libertad* contrapesó en la divina estimación, todos aquellos casi infinitos males.

Porque es así, que la estimación de Dios no puede

incurrir en error, y todos los males del mundo; todos los pecados y crímenes, hubieran quedado suprimidos de raíz, con sólo privar al hombre de libertad y hacerlo aquel autómeta primoroso que decíamos antes; pero Dios no pasó por ello; y prefirió crear al hombre libre, aun previendo certísimamente los abusos que cometería. Es decir que, en su divina estimación, el *valor* de la libertad humana sobrepaja a todos los crímenes que se han cometido y cometerán en el mundo en el decurso de los siglos.

c. Por otra parte, Dios quiso con vehementísimo deseo que los hombres se salvaran. Cuál fuera la grandeza de este deseo, lo podemos colegir de lo que hizo para lograr su realización; pues no solamente les reveló sus secretos, y olvidada la primitiva revelación, la reiteró por medio de Moisés y de los Profetas; no sólo toleró que fueran perseguidos sus enviados y ultrajados y martirizados, sino que dió a su Hijo unigénito, para que se hiciera hombre y redimiera a los hombres, y toleró que fuera injuriado y escupido y abofeteado y azotado, y, finalmente, puesto en una cruz.

Dios ama a Cristo infinitamente. Por él hizo los siglos, le hizo heredero de todos sus bienes y le sentó a su diestra. Con todo eso: para la salvación de los hombres, no retrocedió ante el sacrificio de Cristo. Una sola cosa no admitió ni quiso: el sacrificio de la humana libertad. Como si dijera: Si el hombre no puede salvarse sin el sacrificio de Cristo, muera Cristo en una afrentosa cruz. Pero si, para salvarse todos los hombres, es necesario el sacrificio de la libertad, antes quiero que todos se condenen.

¿Quién se atrevería a formular esta proposición; a quién no parecería blasfema, si Dios mismo con su manera de proceder no la hubiera autorizado?

Es ésta una ponderación que sobrepuja a todo sentido; pero no por eso menos sólida y cierta; y tal, que pone el precio de la libertad por encima de todas las cosas creadas y aun posibles.

d. Dicen allá algunos necios que se atreven a medir con su criterio mezquino las cosas de Dios: O Dios no supo o no pudo hacer otro mundo mejor que el presente. Un mundo donde todos los hombres cumplieran las leyes divinas; donde no se conocieran los crímenes que asuelan nuestra tierra. Si no supo, no es infinitamente sabio; si no pudo, no es omnipotente; y si sabiendo y pudiendo no lo hizo, no se muestra en ello su infinita bondad.

Todo ese blasfemo discurso cae por su base, en cuanto ponemos los ojos en el bien de la humana libertad. Porque supo y pudo Dios hacer un mundo de autómatas humanos, donde todas sus leyes hubieran sido tan infaliblemente observadas, como lo son en el mundo astronómico. Pero ese mundo no hubiera enaltecido su sabiduría, si no sabía, ni su omnipotencia si no podía, ni su bondad si no quería realizar en la Creación, el mayor de los prodigios de su sabiduría y poder, que es la libertad humana.

En qué consista lo prodigioso de ella, es lo que nos queda por considerar.

III

La gloria de Dios

Y en primer lugar, la libertad es la prerrogativa que habilita a la criatura racional para dar *gloria a Dios*, la cual estima Dios sobre todas las cosas criadas.

a. Para proceder con solidez, conviene establecer

ante todo, que Dios posee una *gloria esencial* en su misma infinita perfección; a la cual no pueden añadir ni quitar cosa alguna las criaturas reales o posibles. Pero fuera de esta, que constituye la eterna bienaventuranza de Dios, hay otra que llamamos *gloria extrínseca* o accidental, en que Dios se complace por su infinita y comunicativa bondad.

Esta *gloria* consiste en que la criatura intelectual, conociendo la perfección divina, *libremente* la alabe.

Creó Dios el mundo material, inmenso, espléndido en los innumerables ejércitos de las estrellas. Pero esa creación maravillosa no conoce a su Autor, ni puede alabarle. Formó luego los vivientes materiales; plantas y animales de centenares de millares de especies; pero aunque en esa creación mostró las maravillas de su sabiduría y poder, sus criaturas no podían aún alabarle por ellos.

Si entonces hubiera criado seres intelectuales, pero destituídos de libertad, le hubieran conocido sí, y si hubiera infundido este instinto en su naturaleza, hubieran prorrumpido en sus alabanzas; pero estas alabanzas no hubieran glorificado a Dios; pues hubieran sido *obra del mismo Dios*, como efecto necesario de su creación.

Por eso creó Dios seres intelectuales y *libres*, a los cuales comunica *facultad* para que le conozcan y le alaben, *si quieren*.

b. Lo peculiar de la criatura libre consiste precisamente en esto : que es

Autor de sus acciones

Esto se ve más claramente en las acciones malas o inmorales. El hombre, abusando de su libertad, que-

branta la Ley de Dios. Dios no es *autor* de esta acción inmoral, la cual *no quiere* y prohíbe y sanciona. El *autor* de ella es el hombre, que la ejecuta, en uso, o mejor dicho, abuso, de su libertad.

Ahora bien : aunque en la acción buena, en la alabanza divina, no concurre la circunstancia de *no quererla* Dios, no por eso es menos libre para el hombre la acción buena que la acción mala. Por tanto, es verdadero *autor* de ella. En algún modo la ejecuta con *independencia* de Dios; no porque se enajene de su dominio esencial y soberano (que esto es de todo punto imposible) sino porque la divina dignación le deja en mano de su albedrío; le permite la libre elección de sus actos.

Cuando, pues, el hombre, usando bien de esta libertad, *alaba* a Dios, le da algo : algo que podía haberle negado; algo por tanto, que Dios *debe* a la libertad del hombre; pues de ésta depende (como de causa inmediata) que lo tenga o no lo tenga.

Y esta alabanza que Dios *obtiene* por el buen uso de la libertad del hombre; esta alabanza que el hombre, usando mal de su libertad, pudo negarle, es lo que constituye esa *gloria* extrínseca que decimos.

Dios, que es esencialmente dueño de todo, por un prodigio de su bondad, poder y sabiduría, se despoja un instante, en cierto modo, de ese dominio, para dar lugar a la elección libre del hombre; y éste, al usar bien de su libertad, *devuelve* a Dios eso de que por su soberana dignación se había en cierto modo despojado, para hacer posible el acto libre. Por eso la alabanza libre, le complace sobre todas las demás obras de sus manos. Porque de todas las demás es Autor único el mismo Dios; pero de ésta es también autor el hombre.

La libertad realiza el portento de que una criatura

dé algo al Criador. Claro está que ese portento es ante todo, gloria del mismo Dios, cuya Sabiduría supo trazarlo y su Omnipotencia lo realizó. Pero no por eso es menos cierto, que constituye a la criatura racional, en una manera de *independencia* que sobrepuja a la condición intrínseca de los seres criados.

c. Por eso estima Dios, sobre todo el resto de la Creación ese obsequio libre : esa *gloria*, aunque accidental y extrínseca, que le ofrece la libre alabanza.

En el Deuteronomio dice por Moisés al pueblo de Israel : Que creó todas las gentes para su alabanza, y nombre y gloria : *In laudem, et nomen et gloriam suam* (XXVI, 19). Con lo cual nos explica aquella otra sentencia de los Proverbios : Que Dios hizo todas las cosas por respeto de sí mismo; es a saber : para su gloria. De la cual se muestra tan celoso, que declara terminantemente por Isaías : « Mi gloria no la daré a otro alguno » (XIII, 8).

¿Qué cosa no dió a los hombre la divina largueza? Los bienes de la tierra y los tesoros del cielo; los dones de naturaleza y los dones de gracia. Mil veces rebeldes a sus mandamientos, los perdonó otras tantas, y los amó con tal exceso, que les dió a su propio Hijo, no sólo para que reinara sobre ellos, sino para que padeciese y muriese por ellos.

Una sola cosa no consintió en darles : su gloria. ¿Qué gloria? ¿Por ventura la del cielo? Esa sí que se la da, admitiéndoles a la participación inefable de sus eternos goces. La gloria que absolutamente se niega a darles, es esa gloria de su nombre con que quiere ser conocido y engrandecido por ellos.

Ahora bien : esa gloria que Dios parece estimar sobre todas las cosas, no existiría sin la libertad del ser racional. He aquí la razón de aquel aprecio excesivo

que parece hacer Dios de la libertad humana. He aquí por qué, puestos en un platillo de la balanza todos los crímenes del mundo, sin exceptuar el deicidio perpetrado en Jesucristo, y en el otro la libertad sola, se inclinó de este lado la balanza de la divina apreciación.

Pero si por parte de Dios, es la libertad la condición de su gloria extrínseca, por parte del hombre lo es de su moralidad, de su virtud y de su mérito; todo lo cual nos ayuda asimismo para comprender el valor inestimable de la libertad.

La moralidad

a. La *moralidad* no es otra cosa sino la ecuación de la inteligencia y la libertad. Puede formularse algebraicamente

$$M = I \times L$$

(llamando a la moralidad *M*, *I* a la inteligencia y *L* a la libertad). Y así como la moralidad desaparecería haciendo $I = 0$, esto es, si el hombre careciera de inteligencia; asimismo desaparecería, si careciese de libertad : $L = 0$.

Generalmente se define la moralidad como conformidad de los actos humanos con la naturaleza racional en cuanto tal; pero en esta definición se presupone la del acto *humano* como acto que procede de la inteligencia y la voluntad *libre*. Sin esto, la más armoniosa conformidad de los actos con la naturaleza racional, no los libraría del concepto de automáticos, ni los dejaría alcanzar la prerrogativa de la *moralidad*.

Como ya lo hemos dicho, el hombre sin libertad no sería más que un *autómata* más o menos primoroso; sería un ser destituido de moralidad, y el mundo resultaría un mecanismo *amoral*; un inmenso y admirable

aparato de relojería, que reflejaría la gloria de Dios, pero no podría en manera alguna acrecentarla.

b. Y no habiendo moralidad, dicho se está que desaparecería del mundo la *virtud*, esa presea riquísima que constituye su principal ornato a los ojos de Dios.

La *virtud* se puede definir : el *potencial* de la libertad; aquella fuerza de la voluntad libre que la habilita para vencer los mayores obstáculos, en la realización del bien moral.

Las virtudes morales se suelen definir por la *facilidad* que comunican a la acción honesta. Pero el *valor* de la virtud no se mide tanto por la facilidad de la acción, cuanto por la *resistencia* que puede vencer. Por eso se estima la valentía, por la grandeza de los peligros que afronta, la liberalidad, no por la cuantía de los dones, sino por la dificultad que siente el dador en desprenderse de lo que da; la fortaleza, por la resistencia que le oponen los males inminentes que amenazan; la templanza, por la fuerza de los alicientes que tiene que vencer, y la justicia por la inflexibilidad con que pasa por encima de grandes obstáculos. Todo ello, si bien se mira, se reduce al *potencial* de la libertad, con que la voluntad supera los fuertes embates de las más furiosas pasiones.

Claro está que, faltando la libertad, desaparecería la virtud, por más que hubiera modos de obrar armoniosísimos, como son los que poseen, por la fuerza de su instinto, muchos animales. Por eso nadie que esté en su seso o no abuse a sabiendas del lenguaje, encomia la *virtud* de las abejas o de las hormigas, aunque las primeras obran con maravilloso altruismo, y las segundas con admirable previsión e instinto social; ni se proponen premios a la fidelidad del perro, o a la lealtad del caballo o a la castidad del elefante.

c. Sin libertad no hay moralidad, ni por ende virtud. Pero tampoco es posible que haya *mérito*.

Dios, por su infinita liberalidad, pudo dar todos los bienes de la gloria a sus criaturas intelectuales, aunque no hubieran sido libres; a la manera que creemos los católicos que admite en el cielo, a los niños fallecidos antes del uso de la razón, sin merecimiento *propio* (bien que por los méritos infinitos de Jesucristo, de quien se hacen miembros por el bautismo). Pero ese pueblo feliz de bienaventurados gratuitos, sería una *plebe* afortunada; no una *corte de grandes*. No habría allí *héroes* que hubiesen ganado sus blasones con la punta de su lanza. Si hubiera diferencias en el grado de la gloria (del conocimiento, del amor y del gozo), serían asimismo gratuitas, creadas tal vez por Dios, por la hermosura de la variedad.

Pero ¿cuánto no es más excelso y más digno de la sabiduría, bondad y grandeza de Dios, un cielo donde, aparte de los niños inocentes, nadie se halle que no haya ganado sus blasones con el merecimiento de sus virtudes, con el *uso heroico de su libertad*?

En un cielo de criaturas no libres, Dios no tendría que alabar sino su propia sabiduría y bondad. Pero en el cielo cristiano, *además* de esto, puede Dios alabar la virtud de sus siervos, con aquellas palabras de Cristo: «¡Bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, yo te colocaré en la posesión de lo mucho: entra en el goce de tu Señor!»

d. Además, en un mundo donde no hubiera existido la libertad, quedaría sin materia de manifestación el atributo divino de la *justicia*, la cual tiene por materia el premio del mérito y el castigo de los deméritos.

Y éste es el último aspecto, y el más grandiosamente bello y terrible de la libertad. Por virtud de

ella puede Dios premiar *justamente*, el uso heroico del libre albedrío, y puede justamente castigar el abuso pecaminoso de él.

«Dios (dice el Eclesiástico) formó al hombre desde el principio, y le dejó en manos de su consejo. Añadióle sus mandamientos y preceptos. Si quieres observar los mandamientos, te conservarán... *Te ha propuesto el fuego y el agua; extiende tu mano a lo que quisieres.* Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que le pluguiere, eso se le dará.» (XV, 14 ss.)

IV

Las síntesis divinas

a. La Sabiduría y Omnipotencia de Dios, no se muestran tanto en las obras que pudiéramos llamar *elementales*, como en las *síntesis* que hizo de esos elementos, al parecer contra la misma naturaleza de ellos.

Crió Dios en el principio el Cielo y la Tierra; como entiende profundamente San Agustín: la *materia* y el *espíritu*; los cuerpos celestes y los ángeles.

La *materia* era por su naturaleza *inerte*, sujeta a rodar indefinidamente por las órbitas donde la lanzó su poderosa mano. Pero he aquí que Dios sopla sobre ella y le infunde un principio de actividad: la *vida*; y la vida material pulula por todas partes, produciendo miríadas de seres vegetales y animales.

Pero ¡qué enorme distancia mediaba todavía entre esa misma materia animada y el mundo espiritual!

¡Entre el mundo de la extensión y la composición, y el mundo de la simplicidad; entre el mundo vegetativo y sensitivo y el mundo intelectual!

Pero toma Dios de la materia orgánica y forma el cuerpo humano, y con lazo maravilloso, que la Filosofía humana estudia hace cincuenta siglos y todavía no ha logrado comprender, ata el espíritu al cuerpo, y forma al *hombre*, hermano de los ángeles por su alma y hermano de los brutos por su cuerpo, y dividido entre las aspiraciones angélicas y los apetitos terrenales, que pregonan su doble origen.

Pero no paran aquí las obras de la Sabiduría divina. Más, infinitamente más que el barro y el ángel, distaban la criatura y el Criador. ¿Será posible un lazo que los una? Para Dios nada hay imposible, y tomando una naturaleza humana, mixta de tierra y espíritu, la une y junta íntimamente con la divinidad en la Persona divina del Verbo.

Jesucristo, Dios y hombre, naturaleza divina y humana con unidad de persona divina, es la obra suma de la Sabiduría, de la Bondad y de la Omnipotencia infinitas. Pero entre estas dos síntesis maravillosas, que son el *hombre* y el *Cristo*, todavía hay lugar para otra poco menos admirable, y ciertamente, no menos difícil de comprender para el entendimiento humano: la *libertad*.

b. El hombre y el ángel, como *criaturas*, están sujetas a Dios con *esencial dependencia*. Eximirlos de ella es imposible, no con imposibilidad puramente física; que podría solventarse con un milagro; sino con imposibilidad *metafísica*, fundada en la misma naturaleza esencial del hombre y de Dios.

Por su propia naturaleza esencial, Dios es *sobrano* de todas las criaturas reales y posibles; y por la

misma, toda *criatura*, aun el ángel más encumbrado, está esencialmente sujeta en todos sus actos y en todos los instantes de su existencia, al *dominio* de Dios.

Esto es así: *criatura* e *independencia* de Dios, son términos tan distantes como finito e infinito; más distantes que materia y espíritu. Pero Dios que supo juntar el espíritu con la materia para formar al hombre, y al Infinito con lo finito para formar su *Cristo*, supo también juntar la *dependencia esencial* con la *independencia* de la elección en el acto *libre*, del que el hombre sea *autor*, sin que haya de serlo necesariamente Dios.

Esto es lo que hace de la *libertad*, el eterno enigma de la Teología católica. Porque los teólogos que se fijan principalmente en el *soberano dominio* del Criador, de tal manera se quedan en él, que anulan la libertad (aunque no la niegan) atribuyendo a Dios la *predeterminación* de todas las acciones humanas. Pero los que parten del *hecho* indudable y fundamental para el Catolicismo, de la libertad humana, se ven y se desean para explicar cómo puede realizarse la elección libre del hombre, sin quedar predeterminada por el auxilio divino, indispensable para poner en acto cualquiera realidad.

Lejos de nuestro ánimo la pretensión de aclarar este oscurísimo enigma, que hace tres siglos es manzana de discordia entre tomistas y suaristas (dominicos y jesuitas). A nosotros nos basta admirar y enaltecer la Sabiduría de Dios que ha podido juntar tan distantes extremos, no más distantes, sin embargo, que la naturaleza humana y la Persona divina, unidas hipostáticamente en nuestro divino Salvador.

c. Y nos basta esto para proclamar la *libertad* como la obra más admirable de Dios, exceptuada sólo

la *encarnación* de su divino Hijo. Pues si es verdad que va más de ser Dios a ser hombre (lo cual se une en Cristo Señor nuestro), hay menos distancia entre el espíritu y el cuerpo, unidos en el hombre, que entre la *dependencia* esencial de toda criatura, y la manera de *independencia* que atribuye a las acciones humanas la libertad.

Cómo se junten y aúnen estas dos cosas en el acto libre, no lo podemos explicar satisfactoriamente. Pero no por eso se debilita el conocimiento que poseemos de uno y otro extremo.

Sabemos que Dios es soberano dueño de todas las criaturas y de todos sus actos; y sabemos que el hombre obra en algunos de los suyos con *libertad*, es decir, como autor verdadero de ellos, en términos que puede ejecutarlos aun *contra la voluntad de Dios*; como indudablemente ejecuta el pecado.

Claro está que este contrariar la voluntad de Dios, presupone su libérrima *permisión*. Claro está que ninguna criatura puede ejecutar una acción que Dios *absolutamente* no quiere. Pero no es menos cierto que Dios *no quiere el pecado*, y que sin embargo el hombre *peca*, dando materia a Dios para que manifieste su inefable bondad en ordenar el mal, que el hombre hace, a un bien definitivo, y su justicia en sancionar la culpa de la voluntad libremente contumaz en el mal.

La energía mundial

Las grandes energías del Universo no son otra cosa sino el movimiento natural con que las cosas vuelven a su sitio, del cual, por alguna precedente combinación, habían sido apartadas. Los vientos y

huracanes, no son sino la furia con que el aire tiende a su posición de equilibrio, alterada por el calor; los ríos y torrentes y toda la fuerza hidráulica, de que tanto partido está sacando el hombre, no es sino el peso del agua elevada sobre el nivel que le corresponde según las leyes de su gravedad. La fuerza de los incendios y la energía de los combustibles, que mueven tantas máquinas y locomotoras, no nace sino de la afinidad química con que se reúnen el carbono y el oxígeno, separados por la vida vegetal en el transcurso de los siglos. La misma vida orgánica saca su energía de las combustiones o desintegraciones que se realizan en la complicada máquina del organismo. Si el calor no hubiera elevado el aire y el agua; si la vegetación no hubiera separado el oxígeno del carbono; si la vida animal no hubiera producido esos compuestos inestables, cuya resolución entretiene la energía de los vivientes, la Naturaleza sería *inerte*; carecería de las más poderosas energías que en ella descubrimos.

Una cosa parecida acontece en el mundo moral, *humano* en el más estricto sentido de esta palabra. Si Dios, por ese prodigio que acabamos de considerar, no hubiera colocado al hombre en esa manera de independencia hipotética, en que le pone la libertad; el hombre carecería de *energía moral*. Esa energía (*positiva*) consiste en la tendencia de la criatura a depender de su Criador, y desde el momento que el hombre *libre*, consiente en obedecer a esa ley de su misma esencia, desarrolla una potencialidad inmensa; su vida adquiere un valor en cierto modo *infinito*. Es la piedra que rueda hacia su centro, empujada por todo su peso, y arrolla cuantos obstáculos se oponen a su paso. Es el huracán, o el torrente arrebatado que corre a buscar su nivel. Es el incendio que todo lo

abrasa y derrite las piedras y hace fluir como arroyos las venas de metal.

Toda esa fuerza inmensa está encerrada en ese *quiero*, con que el hombre, libre por la maravillosa condescendencia de Dios, conforma su voluntad con la divina, volviendo a entrar en el torrente de la circulación universal, de que la libertad, en cierto modo le aparta, para dar lugar a su deliberación y libre determinación.

A este libre unir su voluntad humana con la voluntad divina, llamó Jesucristo, *su alimento*. Así decimos que el oxígeno es alimento del fuego, o que las materias oxidables son alimento de la vida. Es decir: que la voluntad humana realiza su condición natural al unirse con la de Dios, como el viento al lograr su equilibrio, o las aguas al alcanzar su nivel, o la roca al llegar a su centro, o los elementos químicos al combinarse según las leyes de su eterna afinidad.

De esta suerte es la libertad, un profundo misterio; pero misterio de tal naturaleza, que, por una parte, poseemos evidencia de que existe; y por otra, una vez conocido, derrama clarísima luz sobre una infinidad de problemas de otra suerte insolubles; y para decirlo en una palabra, es la clara antorcha que ilumina todos los valores humanos, sin cuya luz la humana existencia y el destino del hombre no se pueden comprender.

Al propio tiempo es la libertad un gran tesoro y un inmenso peligro. Es una verdadera espada de dos filos, con la cual podemos alcanzar una gloria inmensa o suicidarnos miserablemente, no sólo para esta vida efímera, sino para la vida sin término a que nos destina nuestra natural inmortalidad.

APÉNDICE

Libertad e independencia

He aquí dos conceptos frecuentemente confundidos, pero de suyo, no sólo bien distintos, sino entre sí profundamente armónicos.

Libertad dice señorío de nuestros actos, dominio de nuestras facultades. Es un concepto eminentemente *positivo*. El sér libre *puede* obrar en uno u otro sentido; puede suspender su operación...

Independencia es concepto *negativo*. Si sólo existiera en el Universo la materia inerte, increada, eterna, sería independiente (pues no habría de quien dependiese), pero no menos impotente para cualquiera determinación u operación.

De hecho, en el Universo no cabe la independencia, porque todos los seres dependen intrínseca, necesariamente, de un Sér supremo que a todos los sacó de la nada y los conserva en la existencia.

La libertad es un misterio, pero no un absurdo. La independencia de las criaturas respecto de Dios, es sencillamente absurda; pues, criatura dice relación intrínseca con su Criador, sér contingente, dice dependencia necesaria del Sér necesario. Dios pudo hacer al hombre *libre*, pero no puede hacerle *independiente*. El hombre puede abusar de su libertad rebelándose contra Dios; pero no puede substraerse a su dominio esencial.

El *privilegio*, la prerrogativa nobilísima inherente a la humana libertad, consiste sólo, en que por ella el hombre puede *depender libremente*, en vez de depender sólo necesariamente.

Para esto se nos dió la libertad : para que *quera-*

mos depender de Dios moralmente, ya que física y metafísicamente no podemos dejar de depender.

Y de esta suerte hacemos esa dependencia inevitable, voluntaria y meritoria, nobilísima y gloriosa.

Pero el que abusando de la libertad, en vez de emplearla para depender libremente, la emplea en rebelarse, pierde su privilegio, pero no por eso consigue una independencia imposible, sino cae bajo la *necesaria servidumbre* de la pena.

Depender de Dios es ineludible. La libertad es la elección que se nos da, entre depender libremente, moralmente, meritoriamente, o depender necesariamente, servilmente, dolorosamente.

Libertad y defectibilidad

También la *defectibilidad* es un concepto negativo y que, por ende, no debe confundirse con la libertad.

El hombre es libre para abrazar el mal, porque es defectible. Pero si no lo fuera, quedaría todavía libre para elegir el bien.

Esta libertad del hombre indefectible, podría ejercitarse en escoger entre dos bienes iguales; o aun en elegir un bien menor, dejando otro en sí mismo mayor, pero no necesario.

De hecho, Dios elige libremente la producción de las cosas criadas, sin que por eso deje de ser indefectible.

La voluntad humana de Jesucristo era indefectible por su unión personal con el Verbo divino; pero no por eso dejaba de ser libre.

La libertad es un *dominio*, una facultad positiva; mientras que la defectibilidad es algo negativo: una limitación que a veces depende del conocimiento imperfecto, y otras de la limitación de la misma voluntad.



CONFERENCIA TERCERA

*

Valores infinitos

I

Pequeñez física del hombre

1. Así como la percepción sensitiva del mundo ambiente es a propósito para extraviar nuestras apreciaciones y la recta estimación de los valores de la vida humana, así la consideración intelectual del Universo puede conducirnos a las más erróneas conclusiones, si no le damos por base el claro concepto de la libertad.

El hombre, colocado en medio del Universo material y espiritual, aparece verdaderamente como un *infinitésimo*; como algo infinitamente pequeño e insignificante; indigno, por ende, de atraer las miradas de su Creador.

¿Qué es el hombre en relación con la Tierra donde habita? La población actual de ella se puede calcular en 1,500 millones, y podría ascender a más de 2,000 millones. Las obras más gigantescas que el hombre ha realizado en el decurso de los siglos, no han sido parte para modificar de una manera sensible, la estructura

del globo terráqueo; y los tremendos choques de la guerra europea : las descargas simultáneas de millares de cañones de todos los calibres, las explosiones de centenares de toneladas de dinamita, todo ese esfuerzo colosal, el más gigantesco realizado por la Humanidad para suicidarse, no ha podido imprimir la más leve oscilación al planeta en que moramos. ¡ Tan pequeño es el hombre en comparación de sola la Tierra!

Y ¿qué es la Tierra en comparación del sistema solar? Uno de sus más modestos planetas. Sólo Júpiter, otro de éstos, es más de mil veces mayor que la Tierra, y el Sol es 300,000 veces mayor. Y con todo eso, ¿qué es el sistema solar en medio del mundo astronómico? Poco más que un punto imperceptible. El sol parece ser una de las más modestas estrellas, y todo nuestro mundo un insignificante rincón de ese Universo espléndido que comprende centenares de millares de estrellas, centros de otros mundos sin comparación mayores que el nuestro.

De manera que, si tomando al individuo humano como numerador, le vamos poniendo los denominadores que nos suministra esta consideración del Universo, le vemos irse reduciendo a un infinitésimo; a casi un *cero*.

$$\left. \begin{array}{l} \frac{1 \text{ (hombre)}}{2000,000 \text{ 000 (hombres)}} \\ \frac{\text{masa de la Tierra}}{300 \text{ 000 (masa del sol)}} \\ \text{infinitos soles} \end{array} \right\} = \frac{1}{\text{infinito}} = 0$$

Ante esa consideración brota espontáneamente de toda razón humana, aquella exclamación del Salmista :
¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él, Señor?

Pero esta consideración es parcial y grosera; pues atiende sólo a la *cantidad* y no a la *calidad*. Atiende a la *substancia* del sér humano, y no a la *dignidad* que se le recrece de su condición de criatura *libre*. Mas la *clave* para la recta inteligencia de los valores humanos es, como tenemos dicho, la libertad, por virtud de la cual hay en la vida humana *valores infinitos*.

1.er valor infinito : la libertad

2. Y en primer lugar puédesse considerar como *infinito*¹ el valor de la misma libertad; lo cual se demuestra fácilmente con este raciocinio :

La libertad contrapesa, en la infalible estimación de Dios, valores infinitos; luego su valor es infinito.

El raciocinio es evidente, y su antecedente se demuestra por lo que dijimos del aprecio que Dios hace de la humana libertad.

Por el *bien de la libertad* permite Dios males infinitos; es a saber : un número innumerable de crímenes y pecados, que se vienen cometiendo en el mundo desde hace más de 70 siglos, y que se cometerán, verosímilmente, hasta el fin del mundo, cuya fecha no es posible calcular.

Además, alguno de esos crímenes ha sido de infinita gravedad, como el *deicidio* : la pasión y muerte del Hijo de Dios, perpetrados por aquellos mismos a quienes había hecho tan insignes beneficios y tenía voluntad de salvar eternamente.

Sola esta consideración demuestra evidentemente el valor infinito de la libertad. Los hombres han

1. No tratamos con todo, de una infinidad *simpliciter talis*, en lenguaje filosófico.

puesto por obra una serie infinita de crímenes. Según la parábola evangélica, han apedreado y muerto a cuantos mensajeros les había enviado el Padre celestial, para exigirles el tributo de adoración. Y Dios no dice : queden, por tanto, privados de libertad, para que no me sigan ofendiendo. Sino decreta enviar a su mismo Hijo unigénito hecho hombre. « Veamos, dice (en la misma parábola) si respetarán a mi Hijo.» Mas ellos ponen en él sus manos, y le quitan la vida más cruelmente que a los anteriores enviados.

Y todo esto no acaece sin perfecta previsión de Dios. Dios pesa en su balanza todos aquellos crímenes, de gravedad infinita (por lo menos objetivamente), y halla que pesan menos, en su divina estimación, que el bien de la libertad. Quiere que los hombres se salven. No ahorra para ello ningún medio, ni aun la sangre de su unigénito Hijo; todo lo da a trueque de que el hombre se salve *libremente*.

Qué es pues : ¿ su salvación, o su libertad, aquello que tiene para Dios valor infinito? — No es su salvación; pues con efecto permite que se pierdan los hombres en grandísimo número; sino su *libertad*; pues, por no suprimirla, no sólo emplea medios de valor infinito, sino permite que se pierda un número casi infinito de hombres contumaces en su rebeldía.

El *valor infinito* de la libertad, queda, pues, demostrado con duplicada evidencia, ya que Dios le pospone la muerte temporal de su Hijo y la condenación eterna de aquellos mismos por quienes Cristo murió.

3. Todavía se podría confirmar este infinito valor de la libertad, por ser la obra más perfecta de Dios, después de la Encarnación del Verbo. Pues en ella se juntan los extremos más distantes, logrando que una criatura esencialmente *dependiente* consiga, en cierto

modo, *independencia física* de Dios, puesto caso que siempre está en manos de Dios quitársela, y siempre queda la criatura ligada con dependencia *moral*, a que Dios no puede renunciar por su esencial *santidad*.

Decimos *independencia física*; pues cuando el hombre, por el abuso de su libertad, puede ir contra la ley y voluntad de Dios, sólo tiene para ello potencia o capacidad física; y, a pesar de ella, le queda siempre la *necesidad moral*, la obligación, con que *debe* cumplir la ley de Dios y su voluntad santísima, de manera, que si no lo hace, caiga bajo la sanción proporcionada con que se restablezca el *orden moral*, exigido esencialmente por la *santidad* o rectitud esencial de Dios.

Así y todo (como ya dejamos dicho) la libertad resulta la obra *prima* del divino Artífice. De suerte que podemos decir: que así como la obra suprema del arte humano es el *autómata*: el mecanismo que ejecuta por sí mismo los más variados movimientos; así la obra suma del arte divino es la *libertad*.

Pero no insistimos en este argumento, por no ser tan eficaz, y quedar ya antes suficientemente declarado.

2.º valor infinito : la gloria de Dios

4. El segundo de los valores infinitos que juegan en la humana existencia, se halla en la capacidad del hombre, dotado de libertad, de *glorificar a Dios*, conforme lo dejamos explicado. Mas como la *gloria* de Dios, aun esta gloria extrínseca de que aquí se trata, es de dignidad infinita, claro está que la capacidad de producirla, es algo de infinito valor.

Que la gloria extrínseca de Dios sea algo de valor infinito, se demuestra por varias razones.

En primer lugar porque esa gloria de Dios es algo que Dios estima sobre todas las cosas; pues extendiendo su liberalidad a darlas todas a los hombres, incluso la gloria del cielo, ésa sola les niega y se reserva exclusivamente para sí. *Gloriam meam alteri non dabo.* Mi gloria no la compartiré con otro alguno.

También aquí se ofrece la comparación con el valor de la Encarnación del Verbo divino y la vida humana del Cristo. Dios amó al mundo con tal extremo, que le dió a su Hijo. Y no sólo se le dió para que se hiciera hombre y reinara sobre los ángeles y los hombres, sino para que muriera por la redención de éstos. Con todo eso, su gloria no se la quiso ceder ni dar. Luego, claro está que Dios manifiesta tener de ella estima infinita, y por ende ha de ser de infinita dignidad, y de valor infinito la capacidad de dar a Dios esa gloria que en tanto estima.

Además; todo el Universo creado y otros infinitos universos que Dios puede crear, no son capaces, sin el sér libre, de glorificar a Dios. Luego esta glorificación de Dios es algo que está sobre el valor de todo el Universo y de otros universos infinitos; luego es de infinito valor.

Finalmente: la facultad de poder *dar algo*, al que no necesita ni puede recibir de nadie por su perfección infinita, parece ha de mirarse como de infinita dignidad. Pero esta facultad es exclusiva de la criatura libre, de la manera que dejamos anteriormente explicado.

3.º : la malicia de la culpa

5. Pero si la facultad de alabar a Dios *libremente*, y por ende, glorificarle, es de dignidad en alguna

manera infinita (aunque proceda de pura dignación de Dios), no menos es infinito otro *valor negativo* que de ella nace, es a saber : la *rebeldía* de la humana voluntad, que se niega *libremente* a usar de esa facultad libre conforme a la voluntad y precepto de Dios.

Suelen los autores ascéticos ponderar la *malicia* del pecado, y atribuirle cierta razón de *infinidad*, por cuanto es *ofensa* de Dios. Siendo así que, la ofensa, crece en razón directa de la dignidad del ofendido, e inversa de la dignidad del ofensor. Como, pues, el ofendido por la culpa es Dios infinito, claro está que la culpa, en cuanto ofensa de Dios, tiene cierta razón de *infinidad*.

Este discurso es perfectamente sólido; pero acaso no se percibe su fuerza tan enteramente, por cuanto los ojos de nuestra consideración se fijan principalmente en la disposición de ánimo del que peca; el cual, las más de las veces, no se propone ofender a Dios, sino simplemente, condescender con sus viciosos apetitos.

6. El *valor infinito* del pecado acaso se descubre con más claridad, considerándolo (como es esencialmente) como *abuso* de la libertad.

Dios nos concede la libertad para que le alabemos y sirvamos *libremente*; ya que, si no es libre, la alabanza humana no es de valor. Dice, pues, Dios al hombre : Te he criado y te he colocado a la cabeza de las demás obras de mis manos, para que me alabes en nombre de todas ellas. Yo deseo esa alabanza tuya; la *quiero* seriamente; pero quiero que me la tributes con *libertad*, para que a mí me dé gloria y a ti te sirva de mérito. Yo podía necesitarte a darme esa alabanza, con sólo dejar de hacerte libre. Pero no quiero que sea así, sino que *libremente* me des eso único que en la Creación me complace.

Y ante esta intimación de su Criador; de su Dios, que le ha dado el sér y le ha ennoblecido con la más sublime de todas las prerrogativas, el hombre dice a Dios : *¡ No quiero !*

Esto es lo que hay en el fondo de todo pecado *perfecto*; es a saber : cometido con pleno conocimiento y deliberación. La materia sobre que el pecado versa es *indiferente*, con tal que sea tal, que sobre ella recaiga el mandamiento y voluntad de Dios.

Cuando decimos que hay pecados leves, por razón de la materia, sólo queremos decir, que falta en ellos la materia sobre que recae el precepto divino. Pero desde el momento que este precepto recae sobre una materia, siquiera sea por otros conceptos del todo insignificante, la infracción constituye un pecado mortal. Así sucede, vgr., en la materia de castidad, donde convienen los moralistas católicos, que no hay *materia leve*. Los pecados en esta materia, sólo pueden ser leves por falta de perfecta *deliberación*.

Mas si consideramos el pecado *perfecto*, grave, mortal, indudablemente hallamos en él una razón de infinidad : un *valor negativamente infinito*.

7. En efecto; por este pecado el hombre abusa de un bien de valor infinito; lo corrompe, lo pervierte; luego hace un daño de infinita estimación.

La libertad se asemeja en esto a los terribles explosivos que fabrica la industria moderna. Su fuerza expansiva es tan grande, tan violenta, que habilitan al hombre moderno para remover los mayores obstáculos opuestos a su actividad. Las moles de roca que los antiguos perforaban con el trabajo de millares de esclavos, aplicado durante una larga serie de años; y más recientemente cedían poco a poco ante el poder de la pólvora; hoy se quitan de enmedio con unos cuantos

cartuchos de dinamita o trilita, apenas introducidos en su seno.

¿Quién duda que esto constituye un valor, un poder de grande estima, de la industria moderna? Pero si el industrial imprudente o temerario emplea esos mismos explosivos contra sí, claro está que, el daño que le causarán, será proporcionado al provecho que de ellos pudo obtener usándolos juiciosamente.

Una cosa semejante acontece con la libertad. Es un poder de infinita estimación porque puede elevar al hombre a la incomprensible dignidad de *dar algo* a Dios. Pero por la misma causa, puede convertirse en un mal supremo, si el hombre abusa de ella, negándose a dar a Dios eso que Dios quiere le dé, y *puede darle* por virtud de su libertad.

En otra forma : la libertad puede dar *gloria* a Dios, la cual es de valor infinito; pero puede también negar a Dios esa gloria, que Dios quiere, y a que concede esa infinita estimación. Luego el acto libre por el que el hombre conscientemente *niega* a Dios esa gloria de su obediencia, destruye un valor, infinito positivo; luego tiene un valor *negativo*, dotado de la misma infinidad.

4.º : la vida eterna

8. Otros dos valores *infinitos* hay en la vida humana por razón del mérito; pues el hombre, por el buen uso de su libertad merece la vida *eterna*, y por el abuso de ella incurre en la eterna desdicha.

Ni la gloria de los justos, ni la pena de los pecados es infinita. Pero una y otra son *eternas*, y tienen, por ende, cierta razón de infinidad.

El hombre, por razón de la indestructibilidad natural de su alma, está destinado a una existencia sin fin. No ha de considerarse esto como una prerrogativa extraordinaria. Después de todo, este privilegio es común al alma humana y al átomo material. El átomo de hidrógeno que hoy nos bebemos en una gota de agua, existe desde el principio de la Creación, y conservará su existencia, salvo que Dios, en uso de su Omnipotencia, lo destruya, mientras dure el Universo. Esta es la condición de todas las entidades simples, y de ella goza por su simplicidad y espiritualidad el alma del hombre.

Por razón de ella está el hombre destinado a una existencia sin fin, eterna; y en este concepto, de infinita duración. Pero como los bienes y los males acrecientan su estimación en la medida de su duración, en este concepto, la vida eterna o la pena eterna, son de *valor infinito* y, por el mismo caso, tienen este valor los merecimientos y los deméritos que a la vida eterna se refieren.

El *mérito* participa de la dignidad de la libertad, pues la incluye como condición de su existencia. Donde no hay libertad no puede haber mérito. Merecer es, pues, prerrogativa del sér libre. Además, como el mérito va anejo al buen uso de la libertad, con que se da gloria a Dios : se le hace el supremo obsequio que puede ser capaz de hacerle una criatura; bien se entiende que el *mérito* pertenece a la esfera de los valores infinitos, aun aparte de esa infinidad que le compete por razón de la eternidad del premio merecido.

Esta es la firme base de todas aquellas ponderaciones que hacen nuestros ascéticos clásicos sobre el valor de la *gracia* divina, como condición indispensable para el merecimiento de la vida eterna. Pero nosotros no

queremos entrar en este terreno, sino ceñirnos a la consideración de los valores humanos en cuanto dependen de la libertad.

Esta consideración es suficiente para destruir las objeciones que el amor propio y la limitación humana oponen a la *eternidad de las penas*.

5.º : la pena eterna

9. Por razón se puede probar, por lo menos con probabilidad, que la desdicha de los que no se salvan debe durar eternamente. Pues el alma del pecito es tan naturalmente inmortal como la del bienaventurado. Todas las fuerzas juntas de la Naturaleza no son poderosas para ponerle fin. ¿Por qué razón, pues, habría de tenerle su desventura?

Pero a este razonamiento, opone el arguyente (que no puede reconciliarse con la idea de una pena eterna) la *Justicia de Dios*, que — dice, — no puede castigar con pena *infinita* una culpa que, por ser humana, nunca puede tener infinidad.

Es así, que la pena de los condenados nunca será *infinita*. Pero puede tener alguna manera de infinidad, es a saber : la interminable duración. Y esto justísimamente; pues es pena merecida con actos que tienen más de un concepto de infinidad, como abuso del infinito bien de la libertad, como denegación de la gloria de Dios, que infinitamente estima, y como menosprecio de una vida eterna digna de infinito aprecio por su duración y entidad, comoquiera que consiste en la posesión (aunque no infinita) de un infinito Dios.

Estos son los *valores infinitos* que hay en la vida humana, por razón de la libertad. Su conocimiento es

el único que puede abrirnos el sentido de nuestra existencia en el mundo, y resolvernos todas las dificultades que suelen objetarse.

II

El valor de la vida

10. Algunos consideran la *vida humana* desde el punto de vista de su duración, y entonces es lógico que la estimen efímera, pues realmente dura un breve momento. ¿Qué son — dicen, — cien años, que puede vivir un hombre, en comparación con la historia del mundo; y qué es la historia en comparación con los millones de siglos que ha necesitado el Universo para llegar en el proceso de su existencia, hasta el presente estado? Y todo esto ¿qué es, ante la eternidad de Dios?

De ahí todas esas comparaciones depresivas del valor de la vida temporal : breve soplo que apenas salido de los labios se pierde en el vacío; burbuja momentánea formada en el torrente rápido de la existencia mundial; flor abierta al amanecer y marchita a la tarde; instante de luz entre dos eternidades de sombra.

Otros consideran la acción física del hombre en el conjunto de la actividad universal, y sacan de esta consideración consecuencias no menos despreciativas.

¿Para qué está el hombre en la tierra? ¿Para padecer los males de esta existencia temporal, y volver a renacer luego indefinidamente, sumiéndose una y otra vez en este piélagos de dolores, de que no se emerge sino instantáneamente por la muerte?

Este concepto de la vida conduce al pesimismo budista; al ansia ardiente por extinguir el alma, ya sea anonadándola o sumergiéndola en el gran *Todo* de que por su desdicha salió.

Pero el concepto de la libertad, con los valores infinitos en ella vinculados, destruye esas falacias y nos descubre el verdadero sentido de la vida.

La cual es

El palenque de la libertad

11. Dios nos ha sacado de la nada y nos ha puesto « en manos de nuestro consejo. Nos ha añadido sus mandamientos y preceptos » y nos ha dicho : « Si quieres observarlos te conservarán... Te he propuesto el fuego y el agua; extiende tu mano a lo que quisieres. Delante del hombre están la vida y la muerte. » No la vida y muerte temporales, sino la vida y muerte eternas. « Lo que le pluguiere, eso se le dará. » (Eccli. XV, 14-19).

Dios nos ha hecho libres y nos ha concedido un *plazo* para ejercitar esa libertad. Nos ha mandado que usemos de ella para su alabanza y su gloria. Quiere que le glorifiquemos, pero porque eso no puede hacerse sino libremente, nos deja en cierto modo de *independencia* material, para que elijamos libremente la *dependencia moral* en que es justo y equitativo que vivamos respecto de él.

Si usamos como debemos de esa libre facultad, Dios se complace infinitamente en nuestra acción y nos da por ella un premio eterno.

Si nos negamos a glorificarle libremente, Dios no puede sin embargo renunciar por ello a su glorifica-

ción; y no habiendo conseguido la gloria de su Bondad, que nos hizo libres, habrá de buscar la de su *Justicia*, haciéndonos sentir el infinito peso de su condenación, que responde a los *valores infinitos* de la actividad libre.

La *gloria de Dios*, que consiste en la manifestación de sus atributos infinitos, no puede frustrarse. Sólo que Dios deja al hombre, que elija, entre ser materia de glorificación de su *Misericordia*, o serlo de su *Justicia*, tan infinita la una como la otra.

¿Qué se puede oponer a esto? ¿Quién se levantará contra un Dios que no quiere desplegar la gloria de su Justicia, sino contra aquellos que han rehusado libremente tributarle la gloria de su *Bondad*?

Responsabilidad regia

12. Pero ¿por qué nos puso Dios en esta alternativa? Porque *quiso*; como porque *quiso* nos dió el sér, como soberano Dueño que es de todas las criaturas existentes o posibles. Dios no pudo darnos elección entre ser y no ser; ni siquiera entre ser o no ser libres; pues *elegir* presupone existencia y libertad.

Hízonos porque quiso. Pero ya que nos hizo, dejó en nuestra mano lo que hemos de ser. Hízonos para manifestar sus atributos divinos. Pero nos dió a escoger, qué atributo queremos que manifieste en nosotros: su *Bondad* o su *Justicia*. Para eso nos dió la libertad; para eso nos añadió sus preceptos. Nos puso delante la vida y la muerte. Lo que eligiéramos eso nos dará.

Nos elevó a una dignidad en cierto modo infinita. Pero a toda excelencia o dignidad va aneja una proporcionada responsabilidad.

El príncipe pusilánime o avieso, que se lamentara de haber nacido en las gradas de un trono, por las responsabilidades que eso pone sobre él, sería digno del mayor desprecio, y sus quejas serían recibidas con escarnio por todos los hombres de razón.

No obstante : hay hombres desdichados que tienen, respecto de Dios, ese ánimo mezquino. Que preferirían que Dios no los hubiese criado, o ya que los crió, les hubiera dado la condición de los brutos, cuya única incumbencia es dejarse guiar por sus bajos instintos.

Pero la vida del hombre no tiene esa significación ni la puede tener, desde el momento que está adornado de la excelsa prerrogativa de la libertad.

Somos príncipes de regia estirpe, y no tenemos elección sino entre la gloria y la ignominia; ni es dado a nuestra condición nobilísima, optar por la vida animal propia de los seres más abyectos.

Conceptos erróneos

13. Algunos miran la vida humana como un *bien* efímero que conviene apresurarse a gozar. Otros como un *mal* prolijo de que es apetecible verse libre.

De los primeros es aquella voz que atribuye a los necios la divina Sabiduría : « Coronémonos de rosas antes que se marchiten. » Los segundos declaran que la vida no vale la pena de ser vivida; que la muerte temprana es preferible a la longevidad, y mejor que una y otra es la suerte del que nunca nació.

En realidad, uno y otro concepto desconoce el verdadero sentido de la humana existencia. La vida es un *bien*, no efímero ni pequeño, sino grande; pues es suficiente para asegurarnos una bienaventuranza eter-

nal; y los *males* que en ella nos rodean, no son males absolutos, sino *medios* dolorosos cuyo buen uso nos ha de conducir a un premio sin fin. Como dice el Apóstol de las gentes, las tribulaciones breves y momentáneas de esta vida, obran en nosotros un peso eterno de gloria; se entiende : son medios para obrarlo, mediante el buen uso de nuestra libertad.

Es erróneo mirar la vida presente como un *bien* por sí; es miope considerarla como un *mal*. Esta vida no es más que un *medio* para alcanzar la *verdadera vida*; es un *plazo* concedido al hombre para usar de su libertad y decidir con este uso, qué atributos divinos han de resplandecer en su creación : si la *Bondad* de Dios, glorificando eternamente a los que le glorificaron un instante; o la divina *Justicia* triunfando eternamente de la voluntad rebelde que le negó su libre glorificación.

Este es el verdadero *sentido* de la vida presente; éste es el criterio que nos conduce a la recta estimación de todos los valores humanos.

Con él se deshace la ilusión de las falsas virtudes y la alucinación de las viciosas dichas.

La virtud verdadera

14. Hubo filósofos que miraron la *virtud* como un bien absoluto, y pusieron en él el fin último del hombre y su suprema felicidad. Pero no es así. El fin último del hombre no puede ser otro que Dios, ni en otra parte puede hallar su felicidad completa. La *virtud* no es sino el *medio* que se da al hombre para llegar a Dios, mediante su libre glorificación.

En esto consiste la esencia de la verdadera *virtud*, y lo que la distingue de las virtudes soberbias de los

estoicos. Por eso enseñan a una voz los ascetas cristianos, que no hay virtud posible sin la humildad. ¿Qué quiere decir esto? ¿No nos enseñan los mismos doctores con la Sagrada Escritura, que la *caridad* es la reina y consumación de las virtudes?

Quiere decir que la razón común de las virtudes merecedoras de este nombre, es la voluntad libre que ofrece a Dios la gloria de su libre alabanza y servicio. Es el *quiero*, ofrecido libremente a toda orden emanada de la voluntad de Dios. Tributo necesario, cuando se trata de una voluntad de Dios preceptiva. Tributo voluntario, pero tanto más grato a Dios, cuando se trata de su voluntad que no preceptúa, pero significa un deseo.

El *santo*, el hombre consumado en la perfección cristiana, no es otro sino el que tiene constantemente puestos los ojos del alma en la voluntad de Dios, para decir *quiero*, a todo lo que aquella adorable voluntad quiere.

Los moralistas conceden frecuentemente el nombre de virtudes a ciertas maneras *regulares* de obrar. Por eso definen la virtud como *hábito* operativo. Pero esas virtudes *morales* no constituyen el *santo*, sino cuando mucho, el hombre de buenas costumbres. Y así vemos que se hallaron en muchos gentiles.

La virtud *cristiana*, la virtud verdadera, la que hace *grato a Dios*, es el rendimiento de la voluntad libre, ante cualquiera manifestación de la voluntad divina, ya llegue a su conocimiento por el dictamen de la razón natural, ya por la promulgación de cualquiera ley positiva, o por cualquiera combinación providencial de las circunstancias.

Y ésta es, no sólo la verdadera virtud, sino la *única* virtud verdadera. Porque no consiste la virtud

cristiana en macerar el cuerpo con ayunos o despedazarlo con azotes; no consiste, como creen los supersticiosos budistas o hinduistas, en extenuar las fuerzas corporales o extinguir la sensibilidad. Todo eso se compadece con una voluntad rebelde; aquella que denuncia el profeta que dice: «en el día de vuestro ayuno se halla vuestra voluntad».

Por el contrario, cabe una verdadera santidad en la vida *completa* del que goza de cuantos bienes honestos ha esparcido Dios en este mundo. Del que, agraciado con una salud cumplida y un ánimo abierto a todo lo bello, reconoce en todo cuanto goza la bondad de Dios que se lo da para que por ello le alabe; y rinde toda su voluntad a Dios, y le glorifica con alegre corazón por todos sus beneficios.

La austeridad

15. Es cierto que, en diferentes épocas, se ha introducido en ánimos santos y verdaderamente cristianos, un criterio pesimista o austero, como efecto de duras circunstancias o como reacción contra un medio ambiente sensual y corrompido.

Los primeros cristianos, rodeados de peligros de muerte y perseguidos con terribles suplicios, y obligados por otra parte a reaccionar contra la sensualidad hedionda del paganismo, pudieron a veces dar a sus ideas religiosas ese tinte sombrío que hallamos en Tertuliano (bien que éste acabó por incurrir en herejía, dejándose llevar de su rigorismo). Entonces pudo inclinarse su devoción principalmente al *Crucificado*, en quien no se descubre figura ni hermosura, y que no tiene parte sana desde la planta de los pies a la coronilla de la cabeza.

¿Pero quién duda que es tan cristiano como el de aquellos perseguidos fieles, el espíritu del seráfico poeta de Asís, que percibe las bellezas del Universo como resplandores de la bondad y hermosura del Creador y le eleva por ellas himnos de entusiasta alabanza?

Si Job en su muladar, declara dichoso al abortivo que no llegó a ver la luz, David, en el esplendor de la realeza, entona salmos de júbilo y alaba a Dios y danza con alegría delante del Arca santa.

No hay que confundir esas modalidades del espíritu humano de los fieles, en diferentes épocas y situaciones, con el espíritu peculiar del Cristianismo; para el cual la vida tiene una significación constante, como *medio* de la divina glorificación, que se obtiene por el buen uso de la libertad.

Los que quitan los ojos de esto esencial, y los fijan con exclusivismo en modalidades accidentales, llegan a conclusiones falsas, que sirven frecuentemente de pretexto para impugnar nuestra santa Religión, atribuyéndole cosas que no profesa.

Es frecuente echar en cara al Catolicismo, que aborrece el cuerpo y odia la belleza física. Pero esto es falsísimo. Lo que aborrece el Cristianismo es la servidumbre de la carne y de sus nefandos deleites. Lo que odia es el pecado, a que provoca a veces la hermosura sensual. Pero todo lo que es verdadero, todo lo que es bello, todo lo que es beneficio de Dios y huella de su bondad en la creación de los seres; eso el Catolicismo lo abraza y lo estima conforme a su dignidad, *subordinando* siempre, conforme a la voluntad de Dios, lo inferior a lo superior, y considerando como bien supremo, la glorificación de Dios, y como único verdadero mal, la rebeldía contra su voluntad santísima.

Por no tener bien asentados estos principios, se

oponen contra el Catolicismo muchas calumniosas especies, y hay muchos cristianos que no gozan la dicha a que tendrían derecho, ni corren por el camino de la virtud con la celeridad que podrían y deberían.

El *valor* de nuestra existencia depende de la libertad. Y la *gloria* de Dios y el *mérito* de la vida eterna, están vinculados puramente en el buen *uso* que hacemos de ella.¹

La libertad es la corona de nuestra frente, y Dios no quiere de nosotros sino que la rindamos a sus pies, como en hermosa imagen del Apocalipsis se expresa. En esto consiste la verdadera virtud, en esto la única santidad. Todo lo demás, o son *medios* para esto, o no tiene valor alguno.

1 Supuesta, claro está, la gracia, que nunca se nos niega.





CONFERENCIA CUARTA

*

Solución de grandes problemas

La libertad y la presciencia divina

1. Casi todas las veces que hemos tratado de la libertad, ante un público escogido e invitado a presentarnos sus dificultades, se nos ha propuesto la que se ofrece cuando queremos conciliar la libertad humana con la divina presciencia de nuestros actos.

Es evidente que Dios conoce, *desde su eternidad*, todas las acciones que todos los hombres han de realizar en el decurso de los tiempos. ¿Cómo, pues, pueden ser éstas todavía libres? ¿No quedan ya prede-terminadas indefectiblemente por la infalibilidad de la divina ciencia que tiene de antemano noticia de ellas?

Esta objeción es célebre en los tratados filosóficos y teológicos acerca la libertad de los actos humanos. Pero con todo, no ofrece tanta dificultad como la conciliación entre la libertad humana y la Omnipotencia divina, a que nos hemos referido anteriormente, y que constituye el verdadero caballo de batalla, en la controversia tres veces secular entre tomistas y suaristas.

La dificultad que ofrece la conciliación entre la libertad y la divina presciencia, es puramente *relativa*, nacida de la dificultad que tenemos para concebir de una manera clara, la diferencia o relación entre el *tiempo* y la *eternidad*.

Las acciones humanas se realizan sucesivamente en el *tiempo*. Dios las ve todas de una vez en su *eternidad*. Mas la eternidad no es algo sucesivo, como lo es el tiempo; es un eterno *ahora*; inmutable, indivisible, sincrónico con todos los tiempos.

En toda acción libre podemos distinguir tres instantes: el de la deliberación, el de la resolución, el de la ejecución. Llamémoslos *a*, *b* y *c*. Dios conoce que, en el instante *a*, la voluntad se halla indiferente para obrar o dejar de obrar en la materia de que se trata; conoce que en el instante *b* se resuelve libremente a obrar o no obrar; y conoce que en el instante *c*, obra con efecto o no obra. Pero todo esto lo conoce *en* su eternidad.

¿El conocimiento que Dios tiene *ab aeterno* de lo que acaecerá en el instante *c*, *predetermina* este acaecimiento para el instante *a*? No, en manera alguna. Antes en su misma eternidad, conoce Dios que, en el instante *a*, la elección está indeterminada; luego, como la Ciencia divina sea infalible, es absolutamente necesario que en el instante *a*, se dé con efecto dicha indeterminación.

Pero como nosotros concebimos la eternidad, no como un *instante eterno*, sino como una indefinida *sucesión* de momentos, padecemos la ilusión de que, viendo Dios eternamente lo que sucederá en el instante *c*, no puede ser indeterminado en el instante *a*.

2. Para ayudar a nuestra concepción, sirve comparar la eternidad con el *centro* de una circunferencia

infinita, que es el *tiempo*. Todos los puntos de la circunferencia equidistan del centro. Asimismo, todos los instantes del tiempo equidistan de la eternidad, para la cual son igualmente presentes. Por eso, para Dios, no hay pasado ni futuro, sino un eterno presente; un indeficiente *ahora*, que coexiste con todos los instantes del tiempo, a medida que ellos van llegando a la existencia; sin mudanza de la eternidad, por más que el tiempo se muda en constante flujo.

Podemos ofrecer de esto una demostración gráfica.

El *tiempo* se desarrolla, a nuestro entender, como algo rectilíneo. Señalemos, pues, tres instantes de tiempo *a*, *b*, *c*, en una línea vertical.

Considerados estos tres instantes por otro sér finito, vgr., el hombre, les corresponden otras tres percepciones sucesivas equidistantes *a*, *b*, *c*.

$$\begin{array}{l} a \dots\dots\dots a \\ b \dots\dots\dots b \\ c \dots\dots\dots c \end{array}$$

Las líneas que unen *aa*, *bb*, *cc*, son paralelas (por ser la misma la distancia entre *a*, *b* que entre *a*, *b*, etc.)

Pero si esos tres instantes son considerados por Dios, *en su eternidad*, por un solo conocimiento eterno *e*, la gráfica correspondiente será

$$\begin{array}{l} a \\ b \dots\dots \text{infinito} \dots\dots e \\ c \end{array}$$

A, *b*, *c*, para nosotros están en línea recta. Pero para Dios están en un arco de radio infinito, equidistantes por ende del centro *e*.

Desde *e*, ve Dios nuestra acción indiferente en el instante *a*, sometida a la elección en el instante *b*, y ejecutada en el instante *c*. Y esto no menoscaba nuestra libertad; al contrario : la confirma. Si Dios viera mi acción determinada en el instante *a*, eso sí que suprimiría mi libertad; pero en ese instante no la ve determinada, sino indeterminada; para lo cual no empece, que la vea determinada en el instante *c*.

A nuestro juicio, esta explicación es concluyente. Si queda todavía alguna oscuridad, depende de la natural dificultad que ofrecen a nuestra inteligencia finita, los conceptos que miran a lo infinito, uno de los cuales es el de la *eternidad*.

La libertad y la Omnipotencia

3. Cuanto a la conciliación de la libertad con la Omnipotencia, se halla en la infinita *dignación* de la divina Bondad, que no es menos infinita.

Dios procede con la criatura, para dotarla de la prerrogativa de la libertad, como un gigante pudiera proceder con un niño pequeñito, tomándolo en sus brazos y elevándolo hasta su mayor altura.

¿Cómo podría un niño de dos años, dar un bofetón a un gigante de dos metros? Claro está que no podría abofetearle, por la gran distancia a que se halla de su rostro. Pero supongamos que el gigante toma al niño en sus brazos, y levantándolo hasta la altura de su rostro, le dice : Haz lo que quieras : bésame o abofetéame. En este caso, claro está que la pequeñez del niño no sería obstáculo para que hiciera lo uno o lo otro, a su elección.

Pues, parecido a esto es lo que hace Dios con el

hombre. El hombre ni podría existir, ni menos elegir cosa alguna si Dios, por su mera dignación, no lo sacara de la nada a la existencia, y le diera la facultad de obrar libremente : uno y otro con dependencia *esencial* y por el tiempo de su *beneplácito*. Pero dado que Dios lo quiere así, ¿quién osará decir que no puede hacerlo? Podrá el hombre ignorar eternamente el modo; podrán los teólogos disputar sobre ello hasta el fin de los siglos; pero decir que no es *posible* a la infinita Sabiduría y Omnipotencia, sería manifiesta temeridad, desde el momento que no se descubre en ello absurdo ninguno.

Ahora bien : ¿qué razón pudo tener Dios para conceder al hombre esta maravillosa prerrogativa? Ya lo dejamos dicho : quiso ser glorificado por él, mediante el buen uso que el hombre hiciera de su libertad, reservándose, al propio tiempo, manifestar la gloria de su Justicia, con el que libremente le rehusara ese debido tributo.

Y he aquí de qué manera, una vez comprendido el misterio de la libertad, se iluminan a nuestros ojos todos los demás misterios de la divina economía.

El fin del hombre

4. Reflejemos, en primer lugar, esa esplendorosa luz, sobre los grandes problemas del *origen* y *fin* del hombre.

San Ignacio de Loyola nos enseña, en el comienzo de sus Ejercicios espirituales, la verdad fundamental de nuestra fe : que el hombre ha sido criado por Dios, para que le *alabe*, le haga reverencia y le *sirva*, y *mediante esto*, salve su alma.

Que el hombre ha sido *criado*: de la *nada* cuanto a su alma, y de la materia antes creada, cuanto a su cuerpo, verdades son que demuestra con evidencia la Ciencia cristiana, sin necesidad de otra luz que la natural de la razón, ilustrada por los progresos de todas las ciencias¹.

Pero ¿para qué crió Dios al hombre, y sobre todo: para qué le dotó de libertad?

— Para que le tribute su libre *alabanza*; para que libremente le *sirva*, cumpliendo sus mandamientos.

Mas ¿qué puede importarle a Dios esta alabanza de un sér insignificante? ¿Cómo puede complacerse en su servicio o enojarse por su deservicio?

He aquí la dificultad en que tropiezan, los que no han penetrado el misterio de la humana libertad: la más egregia de las obras de Dios, y que hace al hombre que la posee, verdadero *rey de la Creación*, cabeza de ella, hierofante del mundo, corego de todas las criaturas que, cada una a su modo, parece que se esfuerzan por pregonar la gloria de Dios.

La libertad es la única de las obras de Dios que puede *darle algo*, de la manera única que es posible dar una criatura a su Criador. Es la única que puede *glorificar* a Dios, de la única manera que puede ser Dios glorificado, fuera de la gloria intrínseca que tiene en su misma infinita perfección.

¿Qué importa que el hombre sea como un gusanito que se arrastra en la superficie de la Tierra? Ese gusanillo, insignificante por su mole, tiene en su inteligencia luz para conocer a su Hacedor, y en su libertad tiene la llave de la glorificación extrínseca de su Dios.

¿Qué importa que el mundo humano, de que el hombre es partícula mínima, sea a su vez granito de

1 Véase esta demostración en *Nuestra fe*, conf. III

arena perdido en la inmensidad del cielo astronómico? En ese granito de arena resuena la alabanza libre de Dios, única que puede complacerle singularmente en toda la inmensa Creación.

La salvación

5. Y este concepto, que hace parecer tan razonable, que Dios infinito se ocupe en las acciones del hombre, por pequeño y finito que éste sea; nos da asimismo la clave para comprender el misterio de la salvación.

« *Mediante esto* » (dice S. Ignacio), esto es : mediante que alabe y sirva a Dios, ha de *salvar* el hombre su *alma*.

La Filosofía nos demuestra que el alma humana es *naturalmente inmortal*; es decir, destinada por su propia naturaleza a una existencia ilimitada. Pero ¿cuál será su suerte en esa existencia sin fin, después que haya descrito la breve órbita de su vida terrena?

La felicidad o infelicidad (aun de grado ínfimo) de una existencia eterna, ¿no tiene cierta manera de valor infinito? ¿Cómo puede el hombre *merecer* un infinito bien? ¿Cómo puede acarrear, como *justa* pena, un mal en cierto modo infinito?

Ya lo hemos visto : la *libertad* nos da la solución de estos tremendos problemas, por cuanto presta a las humanas acciones muchos respectos de infinitud.

Dios hace con el hombre, por el hecho de crearle libre, una especie de *cuasicontrato* : aquél que se halla en el Eclesiástico, y a que nos hemos referido anteriormente :

« Dios (dice) formó al hombre desde el principio y le dejó en manos de su consejo. Añadióle sus man-

damientos y preceptos. *Si quieres* observar los mandamientos, te conservarán... Te ha propuesto el fuego y el agua; extiende tu mano a lo que quisieres. Delante del hombre están la vida y la muerte..., lo que le pluguiere, eso se le dará » (XV, 14).

Dios creó el mundo para manifestar en él sus atributos. Mostró su Omnipotencia en la creación de las inmensas moles de los astros y en darles sus vertiginosos movimientos. Mostró su Sabiduría en la organización de ese reloj astronómico que va marcando el paso de los siglos, y en la organización, mil veces más admirable, de la vida, desde el protozoo hasta el hombre. Mostró su Bondad en ofrecer al hombre los medios para glorificarle, y los premios infinitos que por esa glorificación voluntaria le reserva. ¿Cómo podría manifestar la terrible gloria de su Justicia?

¡Lejos de nosotros los blasfemos delirios de un Calvino o Jansenio, que afirmaron, haber criado Dios a cierto número de hombres predestinados para el infierno, como materia vil en quien su Justicia se demostrase! Pero ¿qué justicia sería ésa, que se cebara en el castigo de seres creados por su Autor para el mal, y destituidos de libertad de elección para evitarlo?

En cambio, una vez penetrado el misterio de la libertad, aparecen llanas aun esas terribles verdades.

6. Dios a todos los hombres crió para el Cielo. En la sentencia que fulminará contra los réprobos, no les dirá : id al fuego eterno que creé para vosotros; sino como dice nuestro divino Salvador : « ¡Id al fuego eterno, que preparé para castigar la rebeldía del diablo y de los ángeles que le siguieron! »

El infierno no pertenece, por decirlo así, a la creación *primaria*. No creó Dios desde el principio un infierno donde manifestar su poder en seres infelices, predesti-

nados por su Autor a los eternos suplicios. El infierno es una *consecuencia* del pecado de los ángeles rebeldes. Para ellos se dispuso, en vista de su rebeldía: *paratum diabolo et angelis ejus*, conforme a la expresiva frase del Señor.

Dios quiere seriamente (eficazmente), que todos los hombres se salven; a todos da los medios suficientes para ello. Aun el más rudo salvaje, nacido en el desierto y criado en la más abyecta idolatría, recibe de Dios aquella *luz*, que, como dice el Discípulo amado, *ilumina a todo hombre que viene a este mundo*. Y si fielmente sigue los fulgores pálidos de esa luz, Dios le va iluminando cada vez con más vivos resplandores, para que llegue al término de su eterna salvación.

Es verdad que recibimos mayor luz los que hemos tenido la dicha de nacer en la Iglesia católica, y ser incorporados a ella desde luego por el santo bautismo. Pero luz *suficiente* se da a todos, y a ninguno se pide más de lo que se le dió. Mas esa luz es un *talento* que hay que negociar por medio de la libertad. El uso o abuso de ésta es, en definitiva, lo que se premiará o castigará: lo que formará el pábulo de la divina Misericordia o de la divina Justicia.

Y ahora entenderéis de raíz aquellas palabras de S. Ignacio, tan llenas de profundo sentido: «*mediante esto salvar su alma.*» ¿Qué es *esto*, mediante lo cual hemos de salvarnos? El buen *uso* de nuestra libertad.

El Universo, para el hombre

7. Mas prosigue el autor de los Ejercicios espirituales: «Y todas las demás cosas sobre la haz de la

tierra han sido creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.»

De nuevo se escandaliza aquí la humana presunción, disfrazándose hipócritamente con capa de humildad. ¿Cómo es esto posible? ¿Todas las demás cosas creadas para el hombre? — Sí; y no sólo las de la haz de la tierra (como limita S. Ignacio) sino todas las del Universo inmenso : el sol que alumbra nuestros días, y la luna que esclarece nuestras noches, y las estrellas que nos guían en nuestros caminos, y todos los cielos que *narran la gloria de Dios*.

Pues ¿a quién *narran* esa gloria? ¿A Dios? No; porque ni tienen inteligencia para conocerle, ni menos libertad para glorificarle. Nos cuentan esa gloria a nosotros, para movernos a dársela; a nosotros, que somos los únicos que se la podemos dar, gracias a la prerrogativa de la libertad.

Hay un argumento muy sencillo, que demuestra evidentemente que creó Dios para el hombre todo el Universo. Todas las criaturas hizo Dios para su gloria. Pero esa gloria no se la puede dar más que la criatura libre. Luego todas las cosas hizo para su criatura libre, para *ayudarla* a glorificar a su Criador.

Y no me vengáis con esos cálculos abrumadores de moles y distancias; porque nada de eso me podrá hacer cambiar de opinión, mientras no me demostréis que Dios puede obtener de esa creación infinita, otra gloria que la que le tributan los seres racionales y libres.

Indiferencia de todo lo creado

8. Finalmente; la última parte del *fundamento* que nos propone S. Ignacio, se ilustra igualmente con

la doctrina de la libertad, es a saber : la *indiferencia* que tiene para nosotros la *materialidad* de todas las criaturas, que no son otra cosa sino *instrumentos* para el *uso* de nuestra libertad. Esto es lo único *formal* de la humana existencia ; todo lo demás : la riqueza o la pobreza, el honor o el deshonor inculpable ; la salud o la enfermedad, la longevidad o la vida breve ; todo es *material* y de poca estima y momento : *indiferente* para la consecución de nuestro fin.

Esta manera de concebir la vida humana, no sólo es la única racional, sino está perfectamente libre de la nota, que se ha tratado de imprimirle, de que destruye o amengua las humanas *iniciativas*.

La *indiferencia* que propone el autor de los Ejercicios espirituales, nada tiene que ver con la *apatía*, ni mucho menos con la *irresolución*, que esterilizan la vida humana, privándola de provechosa actividad. Antes al contrario ; opera una *concentración* de todos los pensamientos y deseos en un objeto único, por una parte, dotado de infinito y permanente atractivo, y por otra, el único enteramente digno de ser apetecido, y siempre asequible para el hombre, mientras peregrina por la presente vida.

Los deseos de las cosas criadas, por una parte son múltiples ; por otra se fundan frecuentemente en una falsa estimación de ellas, y finalmente, no siempre se pueden realizar.

De ahí resulta la *dispersión* de nuestras energías en muchos objetos, con evidente debilitación de su intensidad y eficacia ; la *inconstancia* de nuestra actividad, que ora se dirige hacia una cosa, ora hacia otra, según que varía la estimación de ellas o la intensidad con que hirieron nuestros sentidos ; y por fin, la decepción, cuando no hallamos en el objeto poseído la bondad

que nos habíamos imaginado, o la desesperación y desaliento, cuando se frustran nuestros conatos para conseguirlo.

Claro está que, la muchedumbre de los objetos apetecibles ha de causar dispersión del esfuerzo, si queremos conseguirlos todos; o *irresolución*, si vacilamos en la elección de uno, no teniendo abnegación para renunciar a los demás; o inconstancia, si nuestros deseos revolotean de uno en otro.

Por el contrario : quien mira todas las cosas como *medios*, en absoluto *indiferentes*, para la prosecución de un *fin único* a que con toda su alma aspira; ése no puede vacilar ni sentir dificultad en resolverse; sino ha de concentrar todas sus fuerzas, todos sus anhelos en una sola actividad constante y tenaz.

9. A lo cual se añade que ese objeto supremo de sus ansias, *siempre es asequible*, nunca se frustra, *si queremos*; siempre está al alcance de nuestra mano, con sólo que queramos de veras; con sólo que dirijamos hacia él toda nuestra *libre* actividad.

En orden a conseguir este fin supremo, siempre estamos a tiempo de rectificar nuestra conducta, de enmendar nuestros yerros, de reparar nuestras faltas. *Siempre*, mientras nos dura la vida.

Este es el único camino donde no hay decepciones; donde no tiene razón de ser el desaliento; donde con bonanza o entre tormentas, podemos adelantar constantemente hacia el puerto de nuestros deseos.

El hombre concibe naturalmente planes y forma proyectos, en orden a la consecución de su fin. Pero se cruza en su camino la enfermedad, que le postra en el lecho y le inutiliza para la acción virtuosa por él proyectada. Mas ¿qué importa esto? La aceptación voluntaria, libre, sumisa, de su enfermedad, le condu-

ce, no sólo sin rodeo, pero aun más derechamente, a aquel mismo fin a que aspiraba con sus proyectos de actividad virtuosa.

¿Es la pobreza, el deshonor injusto, lo que ataja sus planes? ¿Qué importa? Con aceptar como de la mano de su Criador esas penalidades, avanza hacia el logro de su fin con la misma rapidez o mayor, y generalmente por camino más seguro.

¿O será la muerte la que se cruza en su camino? Pero desde el momento que la acepta humildemente como intimación de la voluntad divina, no le impide, sino le acelera; le lleva de un lance al término a donde él aspiraba a llegar al cabo de muchas y trabajosas jornadas.

El Patriarca de Idumea se dirigía apaciblemente hacia su fin, llevando consigo la carga de su familia, de sus ganados y siervos y riquezas. Súbitamente una serie de infortunios le priva de todo aquello que a los ojos del mundo constituía toda su fortuna. Pero el santo, ilustrado con la verdadera luz, prorrumpe en aquella expresión suprema de la *indiferencia* virtuosa: El Señor me lo dió y el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor! Y con este solo empleo soberano de su *libertad*, con que *quiere* lo que Dios quiere y le envía sin consultar su voluntad; con este solo acto, merece más Job que con todas sus anteriores limosnas y obras de beneficencia y de justicia y de piedad.

Job en el muladar no es un hombre *frustrado*; no es un *vencido* en la lucha de la vida. Al contrario: es un triunfador que no tiene ya más que alargar la mano para tocar la meta y recibir la corona.

10. Pero esto es el *hombre racional*, que no destruye ni aniquila al *hombre sensitivo*. Por eso Job se

lamenta en su muladar y da salida al dolor que oprime sus sentidos. Mas ¿qué mucho que se lamente Job, cuando el mismo Cristo : el Hombre-Dios, se lamentó en la Cruz, del interior abandono en que le dejaba agonizar su Padre celestial?

Nuestra Religión, con ser divina, no niega nada de lo humano. Concede sus derechos al hombre sensitivo. Sólo le veda que oprima al *hombre racional*, que le abata y le sumerja en el lodo de la tierra; que quiera medir sus esperanzas inmortales, por la mezquindad de sus aspiraciones efímeras.

La *indiferencia* ascética, cristiana, no es, pues, *apatía*, ni la supone, ni la exige. No es más que la superioridad de la *razón* sobre el sentido, única que puede encauzar de un modo eficaz y fecundo las humanas energías, reduciéndolas a un común denominador : el buen *uso* de la libertad para *gloria* de Dios y salud de la propia alma.

El origen del mal

11. Hay finalmente otro problema, de otro modo insoluble, a que da solución adecuada el conocimiento de la humana *libertad* : tal es el del *origen del mal*.

La *existencia* del mal, así físico como moral, en el mundo que habitamos, es tan evidente, que sólo han tratado de negarla algunos ilusos; bien que aun éstos, más que negar la existencia del mal, tratan de persuadirnos de que tenemos en nuestra mano un fácil remedio.

El *mal existe* : el mal físico, lo sentimos dolorosamente todos los hombres, desde que lloramos al nacer, hasta que, al morir, derramamos la postrera lágrima. También sufrimos por el mal moral, aunque no todos

tengamos la misma conciencia de él. Hay males morales que escapan a la percepción consciente, o por su índole, o porque la conciencia del sujeto que no los percibe, se ha encallecido por varias maneras. Pero es un *hecho* de conciencia *universal*, que hay actos *malos*, actos que no se debían ejecutar y que no obstante ejecuta el hombre, *abusando* de su libertad.

El problema acerca del *origen* del mal dió lugar en tiempos antiguos a toda una serie de herejías, más o menos distintamente empalmadas con la antigua concepción *dualista* de los iranos, que consideraban la Divinidad como formada por dos Principios contrarios entre sí : el Principio del bien y del mal.

El mal físico (decían) existe independientemente de la humana voluntad. Luego hay que buscar su causa fuera del hombre. El mal moral, aun cuando proceda inmediatamente de la voluntad del hombre criminal ¿no tiene causas anteriores?

¿No hay una criminalidad *ingénita* o *congénita*? Por lo menos, Dios, que supo, antes de dar la vida a un hombre, que habría de ser criminal ¿no es *autor* del mal moral por el hecho mismo de la creación de tales seres?

He aquí los problemas que fatigaban y extraviaban las inteligencias de los antiguos *gnósticos*, y acosan todavía las conciencias entenebrecidas de muchos contemporáneos nuestros. Y en efecto, el *problema del mal* sería del todo insoluble, si no contáramos para su resolución, con el factor de la humana *libertad*.

12. El mal *moral*, el único mal verdadero, absoluto, no tiene otro origen que la libertad humana. Dios no lo *hizo*, porque no es un *ente*; Dios no lo *quiere*, no es *autor* de él; antes lo aborrece con todas las infinitas fuerzas de su Santidad esencial. ¿Cómo, pues, puede llegar a la existencia? Porque Dios hizo

al hombre *libre* y, para que efectivamente lo fuese, dejó a su arbitrio el cumplimiento o quebrantamiento de la divina ley. Dios quiere que su Ley se cumpla; pero que se cumpla *libremente*, y en gracia de este bien de la libertad, permite el sumo *mal* del pecado : el mal moral.

Pero ¿no hay hombres *determinados* al crimen? Así lo dicen los calvinistas y todos los deterministas; pero no se percatan de que, al asentar tan absurda proposición, niegan implícitamente la existencia del pecado : del mal moral. Pues desde el momento que un hombre obra sin libertad, sus actos no pueden ser pecaminosos.

El hombre destituido de libertad — *predeterminado* a un género de acción, ya sea a priori, o ya por el concurso inevitable de circunstancias que le fuercen a obrar en determinado sentido — es *impeccable*. Podrá sí, ejecutar la *materialidad* de los actos más repugnantes : podrá como Edipo, mancharse con el parricidio y el incesto maternal; pero no pecará. En sus acciones no habrá mal moral, como no lo hay en la crueldad del león, ni en la voracidad del lobo, o en la astucia de la zorra.

Y así como Dios no se desagradea del veneno de la serpiente, ni de la saña de la hiena; porque él mismo les dió esas cualidades para su sustento y defensa; así no se desagradaría de ningunas acciones de los hombres, que ellos practicasen sin libertad. De tales acciones, Dios sería autor; y de él dice la Sagrada Escritura : *nihil odisti eorum quae fecisti*; no aborreces cosa alguna de las que tú has hecho.

Lo único que Dios puede aborrecer, es lo que no puede hacer; lo que hace el sér libre contra su Ley y sería prohibición. Esto y no otra cosa es el mal moral.

El pecado y la Justicia de Dios

13. El cual es mal *absoluto*, y se llama en cierto sentido *mal de Dios*; no porque pueda inferir a Dios *daño*, sino porque le necesita a destruirlo, so pena de renunciar a su divina Justicia, atributo tan esencial en él como la Omnipotencia o la misma Esencia divina.

Si Dios no castigara el pecado, dejaría de ser justo, y por ende, dejaría de ser Dios. En este sentido el pecado es mal de Dios, es enemigo de Dios; bien que enemigo fatalmente destinado a la derrota; mal que tiene aparejado el remedio en las sanciones de la divina Justicia.

Ni el hombre que peca libremente, ni el demonio que conspira con él, son *poderes* independientes de Dios; dotados de alguna facultad que no reciban de Dios. Esto sí que nos conduciría al dualismo persa o maniqueo.

La facultad de pecar, de ofender a Dios, no es otra cosa que la misma libertad mirada por su aspecto negativo. Para que la libertad sea facultad de dar gloria a Dios, es menester que tenga este reverso: la facultad de negar a Dios esa gloria. Pero lo uno y lo otro lo recibe solamente de la *dignación* de Dios. Dios es quien da al hombre esa facultad de glorificarle u ofenderle; no para que le ofenda y haga el mal moral; sino para que, obrando el bien libremente, le glorifique. Ya que, en otra hipótesis, la glorificación de Dios no sería posible.

Las pasiones

14. Pero ¿y las inclinaciones pecaminosas, no proceden de Dios como Autor?

A esto se puede contestar que no hay ninguna inclinación *intrínsecamente* pecaminosa. Esas inclinaciones que llamamos pecaminosas, y a las que damos el nombre de *pecados capitales*, porque son como fuentes de donde nacen todos los pecados; no son malas intrínsecamente, o si se quiere: son males *físicos*, pero en manera alguna males *morales*.

Son las *resistencias* que Dios ha puesto en nuestra naturaleza, para acrecentar el *potencial* de la libertad, en que hemos dicho que consiste la *virtud*.

La *ira*, en cuanto inclinación a enojarnos, no es mala moralmente; pues si bien puede ser ocasión y fomento del pecado de ira, es al propio tiempo materia de la virtud de la mansedumbre, la cual no tendría merecimiento en quien se hallara destituido de la inclinación radical a airarse.

La *liberalidad* sería de poco aprecio en quien ninguna inclinación sintiera a los bienes de que se desprende. Por eso no estimamos el donativo que uno hace de lo que de nada le sirve; hacia lo cual no experimenta esa propensión que es raíz de la avaricia.

Y quien se hallara libre totalmente de inclinación sexual ¿qué mérito tendría en vivir casto? O ¿le tiene el inapetente, en abstenerse de la gula? ¿O el activísimo por temperamento, en no entregarse a la pereza?

Como la electricidad no puede conservarse en un cuerpo sumergido en un medio conductor, la virtud no

puede existir, o por lo menos, no puede alcanzar elevado potencial, donde no halla el contraste de las pasiones e inclinaciones naturales que se le oponen.

Por eso Dios nos ha dado esas inclinaciones: para que sigamos su dirección viciosa; sino para que, contrarrestándola, le glorifiquemos tanto más, cuanto obramos con libertad más intensa.

Y esto decimos, aun sin salir del orden puramente natural de los actos humanos. Pues fuera de él, Dios ayuda siempre al hombre con su gracia, que le da, por lo menos, suficiencia para resistir a todas sus pasiones y a las seducciones del medio ambiente.

15. Es, pues, un desatino hablar de *criminales natos*. Esos hombres, o son *amorales*, o han sido destinados por la Providencia para alcanzar un alto grado de moralidad, resistiendo a esas inclinaciones vehementes que, de suyo, los empujan hacia el mal.

Con todo, cuando tales inclinaciones son más violentas que de ordinario, no hay dificultad en considerarlas como *mal físico*, de la misma manera que lo son la *enfermedad*, que inhabilita para los ejercicios virtuosos de la acción honesta (aunque dejando abierto el campo de la meritoria paciencia), o la *pobreza* inculpable, que pone obstáculos a determinados géneros de acción, o la falta de talento, la educación perversa, y otras muchas circunstancias exteriores, que encogen extrínsecamente la esfera de acción de la libertad moral.

Es cierto que esos males *físicos*, no son males *absolutos*; puesto que pueden convertirse en *medios* de acrecentar la virtud y obtener con mayores ventajas el último fin; como lo hemos declarado acerca de las pasiones.

16. Pero todavía nos costaría trabajo comprender, por qué la Providencia divina dejó caer esos males

físicos sobre el linaje humano, si no viniera a darnos nueva luz otro dogma católico : el de la *caída original*.

Es, pues, cierto, que Dios *pudo* crear al hombre en su presente estado ; como quiera que nada hay en él, independiente de su libertad, que sea *mal absoluto* ; que no sea *reducible* al bien de la virtud y de la gloria de Dios. Pero *de hecho* Dios no creó así al hombre desde el principio ; sino, habiéndole creado en otra situación incomparablemente más dichosa, él, por el primer abuso de su libertad, se privó de ella, y se condenó a nacer rodeado de las presentes miserias.

La verdad de la *caída original*, en cuanto comprende la idea del *pecado* propiamente dicho, que se transmite por generación a todos los descendientes de Adán, es un *misterio* de fe, que excede a la comprensión de nuestra inteligencia.

Pero el *hecho* de que la Humanidad presente no está íntegra ; que no nace en un estado *perfecto*, atendida la índole misma de la naturaleza racional ; es una verdad que puede alcanzarse por sola razón y demostrarse científicamente, como lo procuraremos, Dios mediante, en la siguiente conferencia.





CONFERENCIA QUINTA

*

La caída original

Negación naturalista

1. Uno de los dogmas más reciamente impugnados por el Naturalismo moderno es el del Pecado original, con que, según las enseñanzas de la fe católica, nacemos todos los descendientes de Adán, excepto sola la Santísima Virgen.

El Naturalismo, explícita o implícitamente, niega este dogma, y se empeña en suponer que la *naturaleza humana* tal como se halla en nosotros, está *íntegra*; es la que debe ser; y si admite la existencia de un Dios personal, entiende que es tal como Dios la concibió *ab aeterno* y la realizó en el tiempo.

No vamos a detenernos ahora en señalar la infinita serie de erróneas consecuencias que se deducen hoy de esta doctrina naturalista. Bastará para nuestro actual intento, que no es otro sino guiar a la recta

estimación de los *valores humanos*, demostrar, como vamos a hacerlo : que nuestra naturaleza no está actualmente *entera*, sino menoscabada.¹

Argumento

2. Esto creemos se demuestra evidentemente con el siguiente sencillo raciocinio : Si la naturaleza humana estuviera íntegra (no se hallara menoscabada por algún vicio interno), podría *fácilmente* conocer, y cumplir *perfectamente* la *Ley natural* en su totalidad. Pero en su estado presente, ni puede conocer fácilmente, ni cumplir con perfección, totalmente, la *Ley natural*. Luego es preciso convenir en que padece algún interno detrimento : en que no se halla en su estado de integridad.

La primera proposición de este raciocinio es bastante clara. En efecto : todos los seres *cumplen perfectamente* todas las leyes de su naturaleza. No tenemos más que poner los ojos en los vivientes vegetales e irracionales, y hallaremos que se realiza en ellos esta verdad. Los irracionales están dotados de un instinto infalible que los guía al cumplimiento de las leyes de su naturaleza. Parece, pues, lógico que, el sér racional, debería gozar de una facultad no menos certera, para conocer la ley de la suya.

Pues hay que advertir que tratamos de la *Ley natural*, escrita en la misma naturaleza del hombre. Aquella ley de que decía el Orador romano, que no somos

1 No hablamos en el sentido que Bayo, como si Dios no hubiera *podido* crear al hombre como ahora está. Pero es más congruente con su bondad infinita haberle creado en un estado mejor. Y esto lo dicta la razón, como se verá por los siguientes argumentos.

enseñados, sino hechos conforme a ella. Ley que, por tratarse de la criatura racional, no es sólo *física*, sino también *moral*, esto es, tal, que debe ser conocida por la inteligencia y seguida por la libre voluntad.

Ahora bien : no es menos cierto que la Humanidad tiene dificultad grande en *conocer* esta ley de una manera total y perfecta; aun sin contar con la dificultad mayor que siente, una vez conocidos sus preceptos, en *cumplirla* de una manera total.

La dificultad de conocer *toda* la ley moral, es tan grande para el hombre, que *de hecho* no lo ha alcanzado sino a la luz del Catolicismo. En todos los pueblos que viven fuera de la Iglesia católica, hallamos, no sólo quebrantamientos, sino *desconocimientos* de alguna parte de esa Ley moral.

De donde se siguen con grande eficacia dos conclusiones : que el hombre tiene *suma* dificultad para conocer toda la Ley moral; y que la Iglesia única donde ha sido siempre perfectamente conocida, es la única verdadera.

Mas como decíamos en nuestro primer silogismo; de este hecho : que la Humanidad conoce difícilmente y no puede cumplir perfectamente toda la Ley moral, se sigue, que no goza la integridad de sus fuerzas intelectuales y morales; que está herida, que está menoscabada por algún vicio intrínseco... Hasta aquí nos guía la razón científica. Cuando se trata de concretar la explicación de este hecho, completa sus enseñanzas la fe, con el *dogma* de la Caída original.

Pero ¿podemos demostrar realmente, que, fuera del Catolicismo, ni siquiera se conoce perfectamente toda la Ley moral?

El problema sexual

3. Por desgracia esta demostración es harto fácil, y se halla principalmente clara en la resolución diversamente formulada del *problema sexual*.

La clave para la resolución de este problema nos la da la consideración de dos de sus consecuencias más importantes: la *condición de la mujer* y la *educación de los hijos*.

En el actual estado de la cultura moderna, nadie habrá que no confiese la *igualdad espiritual* de la mujer y el varón. Pero de esta igualdad se sigue la necesidad de la *monogamia* absoluta; luego el problema sexual no puede resolverse sino en el sentido de esta absoluta monogamia.

Hemos de declarar de propósito los términos de nuestro raciocinio.

Apenas se necesita decir que entendemos por monogamia absoluta o perfecta, la unión de un varón con una sola mujer, para mientras dure la vida de ambos, según la fórmula católica: *Unus cum una et in perpetuum*; uno con una perpetuamente, se entiende, hasta que la muerte de uno de los cónyuges disuelva el vínculo conyugal.

A esta monogamia se opone, no sólo la *poligamia simultánea*, que permite al varón tener varias mujeres a la vez; ya sea con igualdad de rango (como entre los musulmanes), ya simultaneando con el matrimonio legítimo, el uso sexual con otras mujeres, habitual o fortuito; sino también la *poligamia sucesiva* que permite el repudio o divorcio para pasar, en vida del cónyuge, a nuevos enlaces.

Todos estos géneros de poligamia, decimos, se oponen a los derechos de la mujer, nacidos de su *igualdad espiritual* con el varón.

Igualdad *espiritual* que hoy no habrá, creemos, nadie que rehuse. No es del mismo modo demostrable la igualdad *absoluta* entre los dos sexos, que pretenden los *feministas*. Desde luego, más que igualdad, sería menester admitir una *equivalencia* entre las cualidades masculinas y femeninas, evidentemente distintas en lo físico, y, aunque no con tanta evidencia, harto diversas asimismo en lo intelectual y moral.

Pero nosotros podemos y debemos prescindir de toda esta materia discutible. Haya o no diferencia o equivalencia entre las cualidades femeninas y masculinas, hoy no puede negarse la igualdad *espiritual* entre el varón y la mujer.

Esta manera de concebir es de origen genuinamente cristiano; pero hoy la admiten aun los hombres modernos más distanciados de las doctrinas y prácticas del Cristianismo.

La mujer, no menos que el varón, es un sér *racional*; un sér dotado de *personalidad moral*; y aunque no todas las legislaciones han llegado al punto de atribuir al varón y a la mujer *igualdad de derechos*, van indudablemente por ese camino, y la emancipación de la mujer es un hecho, por lo menos para la que no se resuelve a contraer matrimonio.

Ahora bien; de esta igualdad *espiritual* (preferimos llamarla así para evitar discusiones innecesarias), se sigue la necesidad de reconocer los *derechos del corazón* de la mujer, no menos que los del varón.

Pero es así, que *toda forma de poligamia* vulnera los derechos del corazón de la mujer, y generalmente la reduce a condición *servil*; luego toda forma

de poligamia es contraria al Derecho natural; al derecho fundado en la misma Naturaleza, que dió esa espiritual igualdad a la mujer y al varón.

Para demostrar la principal de nuestras afirmaciones: que toda poligamia reduce a la mujer a una condición servil, o por lo menos, a una condición de espiritual inferioridad, y atropella los legítimos derechos de su corazón, basta recorrer las diferentes formas de poligamia.

La poligamia

4. Y comenzando por la *perfecta*, es a saber: por la poligamia simultánea, que permite al varón tomar varias mujeres legítimas, claro está que reduce a la mujer a la condición de sierva.

El hogar doméstico, la familia, constituídos por un varón con varias mujeres, es imposible, si no se atribuye al varón autoridad *despótica* sobre ellas; o lo que es igual: si no se reduce a las mujeres a la condición de siervas de su marido.

Esto lo demuestran a una voz la razón y la Historia. Si aun en el hogar cristiano, perfectamente monógamo, suele hacerse imposible la cohabitación de varias mujeres de diferentes derechos respecto del varón: la madre, la esposa, la hermana; ¿cómo esperar que se estableciera la armonía familiar entre varias *esposas* con los mismos derechos al corazón de un solo esposo? Para esto no hay más que un remedio: *negar* los derechos de todas, entregándolos al arbitrio del marido. Y esto que dicta la razón, lo confirma la Historia; pues donde quiera hallamos la poligamia, encontramos a la mujer reducida a la condición de *sierva*. Su servi-

dumbre podrá haber sido más o menos dura, según las costumbres y estado social de cada pueblo; pero sierva, lo ha sido siempre. En el hogar bígamo de Jacob, si Raquel ejerce cierto imperio por el amor, Lía vive en indudable servidumbre, y ha de comprar a su rival un favor pasajero del esposo común, con las mandrágoras de su hijo. Y eso que se trataba allí del hogar patriarcal de un varón santo.

La Ley Antigua

5. Mas aquí nos sale al paso una objeción, que no es posible dejar en pie. Si la poligamia es contraria al Derecho natural ¿cómo la admitió Dios en el Antiguo Testamento?

En primer lugar Dios no *instituyó* la poligamia. La Sagrada Escritura nos dice que fué introducida por Lamech, el primer bígamo, y lo menciona como hecho reprehensible.

A medida que los hombres se fueron separando del servicio de Dios y olvidándose de las primitivas nociones de la Ley moral, la poligamia se acrecentó hasta degenerar en aquellos absurdos extremos, que entregaban a un Príncipe centenares y aun millares de mujeres, como se dice del rey Salomón y de Asuero.

Cuando Dios dictó sus leyes a Moisés, la poligamia era un hecho universal entre los pueblos orientales, como lo era la esclavitud. Por eso Dios no quiso suprimirlas del todo, sino contentóse con suavizarlas en la Ley Mosaica.

Pero así y todo ¿esta tolerancia divina, no prueba que la poligamia no es contraria a la Ley natural?

Antigua servidumbre de la mujer

6. No lo prueba; pues la mujer, en la antigua Ley, estaba sujeta a una condena, en virtud de la cual, justamente podía ser sometida a *servidumbre*.

La razón principal, por qué es contra la Ley natural la poligamia, es, su tendencia a esclavizar a la mujer. Pero la mujer del Antiguo Testamento estaba sufriendo una justa condena, impuesta a la primera mujer en el Paraíso : *Eris sub potestate viri*; vivirás sometida a la potestad del varón.

De la misma manera que la libertad física es de Derecho natural para todo hombre, pero el que ha incurrido en una condena puede ser legítimamente privado de dicha libertad y encerrado en una cárcel; la mujer, por ley natural, tiene derecho a la monogamia; pero pudo perder temporalmente este derecho por la condena en que justamente incurrió.

Tal era el estado de la mujer en la Ley Antigua, hasta que Cristo la redimió de aquella sentencia de servidumbre, y la restituyó a su antigua nobleza y libertad.

Así lo dice expresamente el Señor, en el Evangelio, afirmando que Moisés permitió a los israelitas el divorcio, por la dureza de su corazón; pero al principio, dice, no fué así; sino crió Dios un solo varón y una sola mujer, y los unió en matrimonio perfectamente monógamo.

Pero no sólo es contra el Derecho natural de la mujer *redimida* la poligamia simultánea perfecta, sino toda clase de poligamia.

En primer lugar, la poligamia simultánea imperfecta, que permite solamente al varón tener otras mu-

eres de condición inferior (*concubinas*) o juntarse con ellas con uniones fortuitas, no sólo viola los derechos del corazón de la legítima esposa, sino *presupone* la *servidumbre* de esotras esposas o concubinas inferiores. Esto es tan claro, que no necesita mayor declaración; pues si el vínculo conyugal importa igualdad entre ambos consortes, más necesariamente excluye la *desigualdad* de varias mujeres de un mismo varón; donde las mujeres de orden inferior, no sólo tienen carácter servil respecto del varón, sino respecto de la esposa principal.

En la Ley Mosaica y en la más antigua de Hammurabi, se aconseja a la esposa estéril, que dé a su marido una de sus esclavas, para que cohabite con él y le dé los hijos que la esposa legítima no le puede dar. Así lo hicieron, Sara con Agar, y Raquel y Lía con sus esclavas Bala y Zelfa. Pero salta a la vista que tales instituciones presuponen siempre la *esclavitud* de la mujer; y generalmente (como enseguida lo haremos ver) toda poligamia supone alguna *servidumbre* femenil, y es por ende contraria a la Ley natural.

La poligamia pervierte a la mujer

7. Por eso observamos en la historia de los pueblos polígamos otro fenómeno singular, aunque perfectamente lógico: que la poligamia hace a la mujer *mala*.

Así como la esclavitud hizo *malos* a los siervos, criándolos en el aborrecimiento y enseñándoles toda clase de astucias y vilezas para vadearse en su miserable situación; así la poligamia, como contraria a las aspiraciones naturales del corazón femenino, *pervirtió* a la mujer.

La Literatura arábica y la de los moriscos españoles está llena de la preocupación acerca la *malicia* ingénita de las mujeres. Véase vgr. el *Sendebâr* o Libro de los engaños y los asayamientos de las mujeres¹, con sus varias refundiciones españolas; las Mil y una noches, y otros libros cuyo eco, contrario a la bondad de las mujeres, repercute en nuestra antigua literatura.

¡Cuán rudo contraste forma con esa concepción musulímica de la *malicia mujeril*, la caballeresca, de origen germano-cristiano, en que se ensalza a la mujer y el amor casto, hasta una adoración casi divina! Es así, que la castidad del varón enaltece a la mujer, al paso que su lujuria la degrada y reduce a servidumbre.

Porque, por ineludible necesidad, la lujuria, que esclaviza al varón moralmente, exige la esclavitud legal o social de la mujer que le sirve de pábulo.

Nuestra época se ufana atribuyéndose la gloria de haber suprimido la *esclavitud* y la *trata* de negros. No ha hecho sino seguir la inclinación impresa por el Cristianismo a las sociedades modernas; pues, reconocida por el Evangelio la *fraternidad* universal, se había de llegar, tarde o temprano, a la supresión legal de la esclavitud.

Pero antes de gloriarnos de este honor de nuestra edad, hemos de examinar sinceramente, si es verdad que se haya acabado de un modo definitivo la *esclavitud* y la *trata*.

A priori podemos dudar de ello, pues la esclavitud de la mujer no puede acabar de hecho, mientras la liviandad del varón no acabe. Y ¿podemos gloriarnos de que la cultura moderna ha puesto fin a ésta?

Mas no se necesita una prolija investigación. El mismo nombre de *trata* que hallamos frecuentemente

1 Cf. Menéndez y Pelayo, *Historia de la novela*, t. I.

en la Prensa, nos advierte, que la esclavitud no se ha extinguido. Sólo que la *trata* era antes de negros, y ahora nos vemos precisados a protestar contra la *trata de blancas*.

La poligamia legal se ha suprimido; pero queda abierto el campo a esotra poligamia del adulterio clandestino, que nuestro Código penal no castiga; que una conciencia social laxa, no estigmatiza; pero que no menos lesiona los derechos del corazón de la esposa, y la dignidad humana de la concubina, reducida a una manera de esclavitud del vicio.

El divorcio

8. Pero hasta aquí hemos tratado sólo de la poligamia simultánea. Hay otra poligamia *sucesiva*, anti-guamente legalizada por el *repudio*, y en la actualidad por el *divorcio*, admitido, con más o menos amplitud, en todas las legislaciones modernas no influidas por la Iglesia católica.

Con todo eso, el *divorcio* es asimismo contrario al Derecho natural, por las mismas razones que la poligamia simultánea: porque determina la inferioridad de la mujer y pone obstáculo sustancial a la debida educación de la prole.

El *matrimonio* es (aparte del sacramento) un contrato bilateral, oneroso, en que, según ley de justicia, se debe guardar la igualdad entre las partes contratantes. Pero esta igualdad no se guarda nunca, donde queda abierta la puerta para el divorcio.

Porque cuanto a la *materia*, es muy desigual lo que al matrimonio aportan el varón y la mujer. Esta aporta su belleza, que se marchita; su juventud, que se agosta; aporta todo su sér físico y moral. El varón

no aporta nada de esto, si no se cierra indefectiblemente el camino de una futura disolución. Pues a los diez, a los quince años de matrimonio, el varón está con poca diferencia como el día que lo contrajo; mientras la mujer, madre tal vez de ocho o diez vástagos, ha perdido toda probabilidad de poder contraer nuevas nupcias.

De ahí que el matrimonio sea contrato esencialmente *desigual*, y por ende, *injusto*: contrario a la Ley natural, desde el momento que no es indisoluble para mientras dura la vida de los cónyuges.

Es verdad que la mujer, que resultaría perjudicada por el divorcio, pudiera hacerse digna de ese castigo por su infidelidad. Pero la Iglesia católica no admite tampoco el divorcio por causa de adulterio, ni puede sostenerse que sea de Derecho natural; pues semejante divorcio no frustraría menos la debida educación de los hijos, y además abriría la puerta a una serie de crímenes, ordenados a provocar el adulterio o a simularlo.

9. Y como la poligamia simultánea *pervierte* a la mujer, así también la pervierte el divorcio, como algo contrario a sus naturales aspiraciones y derechos; la hace naturalmente *egoísta* y la despoja de la ilimitada abnegación que brota espontáneamente del corazón femenino, colocado en las condiciones que se le deben, y que es tan necesaria para cumplir en toda su extensión los deberes de la maternidad.

La mujer amenazada con el repudio para el día que haya perdido sus atractivos ¿cómo pensar que no cuidará de conservarlos lo más que pueda; ahorrándose, como esposa y como madre? ¿Con qué derecho le exigiremos que no mire para su *mañana*, si no le aseguramos para mañana la posesión de su casa y familia?

Mas una mujer, esposa y madre, sin abnegación; una esposa que mira por sí, una madre que se economiza; son algo profundamente inmoral, innatural; son la corrupción de lo más bello y sublime que prepararon la naturaleza racional y el temperamento femenino.

Y hasta aquí sólo nos hemos fijado, para demostrar la necesidad de la monogamia *perfecta*, en los derechos y aspiraciones de la mujer. Fijemos brevemente la atención en las necesidades de la educación de los hijos, que aporta otra prueba no menos eficaz en favor de la misma tesis.

La educación de los hijos

10. La *educación moral*, que es la parte más importante y difícil de la educación de los hijos, exige *unidad* en su principio, constituido, como para la generación, por el padre y la madre. La experiencia demuestra, lo que la teoría indica : que para la perfecta educación moral de los hijos, ni basta la energía del padre ni la ternura de la madre. Es necesaria una combinación de estos dos ingredientes; pero esta combinación debe llegar a un completo grado de unidad.

Si suele ser pernicioso para la educación, haberse criado los hijos con solo el padre o sola la madre, es totalmente ruinoso para ella, proceder de consortes *desunidos*. Si el padre tiene principios distintos que la madre; si las costumbres de uno discrepan de las del otro; cada uno arruina lo que el otro procuró edificar, y el resultado de la educación es cero, o cosa peor; porque no es mera negación, sino privación. En el orden de los principios, produce el escepticismo prác-

tico; en el orden de las costumbres, el desarreglo y el predominio de las fuerzas inferiores.

Mas esa *unidad* de un principio dual, no puede obtenerse ordinariamente sino por el matrimonio indisoluble y único. El copioso folk-lore que se halla en casi todos los pueblos monógamos, acerca de las *madrastras*, facilita la inteligencia de lo que deben ser las intimidades de la familia polígama.

La lucha, más o menos disimulada, entre las varias esposas, se acrecienta con el auxilio que a cada una de ellas prestan sus hijos. Con la diferencia de que las mujeres son *siervas*, pero sus hijos no están sujetos a la misma servidumbre.

Véase en la Sagrada Escritura, la historia íntima de la familia de David, y se podrá formar idea de lo que había de ser una familia polígama.

¿Y el divorcio? Prescindamos de que la sola *posibilidad* de él ha de restar a la madre la abnegación y espíritu de sacrificio indispensables para la buena crianza y educación de sus hijos. ¿Cómo se terminará la educación de éstos una vez separados sus padres? ¿Qué educación *moral* ha de ser posible en esos hogares, donde los hijos quedaron con el padre, casado ya con otra mujer, y las hijas con la madre, enlazada con otro varón, y separados ambos por el desprecio o el odio que rompió el vínculo primero?

Si la educación de los hijos de un primer matrimonio se hace tan difícil cuando, arrebatado un cónyuge por la muerte, pasa el otro a segundas nupcias ¿qué será, cuando a esta dificultad se agrega la supervivencia de un padre odiado o de una madre despreciada? Si la perpetuidad del matrimonio no fuera *natural* por otras causas, la educación de los hijos la haría indispensable y la hubiera creado.

Luego los más sagrados derechos de la mujer y de los hijos quedan conculcados por toda pluralidad de nupcias que implique infracción de la perfecta monogamia; luego ésta es de Derecho natural.

Gloria del Catolicismo

11. Con todo eso : esa monogamia *perfecta* no se halla sino en la Iglesia católica. De este hecho innegable se derivan las dos consecuencias que dejamos indicadas : que el hombre en su actual estado, tiene suma dificultad en conocer enteramente, y mayor dificultad en cumplir con perfección, *toda* la Ley natural; y por ende : que su naturaleza está actualmente *viciada*; pues si estuviera *íntegra*, podría, como todos los seres naturales, seguir fácilmente todas las direcciones y exigencias de su propia naturaleza.

Y como *corolario*, se infiere de ahí también esotra verdad : que la Iglesia católica profesa la *única religión verdadera*. Pero en esto no pensamos insistir ahora de propósito.

Que fuera de ella no se observa *en ninguna parte* una monogamia *perfecta*; se demuestra facilísimamente.

Comencemos por los más cercanos a ella : por los *cristianos a medias*, que se llaman *protestantes* o *cismáticos*. Todos ellos admiten el *divorcio*.

Sabida es la vergonzosa claudicación de los hierofantes del protestantismo (Lutero y Melancton) los cuales llegaron a admitir la *bigamia*, exigida por el Landgrave Filipo de Hesse ¹. ¿A dónde no hubieran llegado con sus debilidades, si la presencia purificadora

1 Cf. Marx, *Historia de la Iglesia*, p. 508.

de la Iglesia católica no los hubiera contenido? Pero no discurramos sobre lo que *hubieran* hecho, sino sobre lo que hacen.

So color de restablecer el *texto* primitivo de los preceptos del Decálogo, los protestantes lo han devuelto a la forma laxa del Antiguo Testamento, y dicen con Moisés : No adulterarás; por más que Jesucristo incluyó a los fornicarios en la misma condenación que los adúlteros. Bien se ve que, dentro de ese precepto, cabe la barraganía en personas solteras, y queda impune la fornicación simple. ¡Cuántas abominaciones se permiten a la justicia protestante!

Y con los protestantes, los cismáticos griegos y rusos, admiten el divorcio con más o menos amplitud.

Mas si salimos de este terreno semi-cristiano, a las sociedades que conservan el mahometismo o el paganismo antiguo o practican un paganismo moderno, en todas hallamos el divorcio. En nuestro mismo Código penal, obra de una época revolucionaria, vemos impune el adulterio del varón, con tal que no atropelle los más elementales respetos del exterior decoro; y permitido el trato ilícito entre personas mayores de edad.

De suerte que es un hecho innegable, que fuera de la Iglesia Católica, se infringe, más o menos absolutamente, el precepto natural de la monogamia; y esto, no sólo por debilidad (pues así también se hallan quiebras dentro del Catolicismo), sino por *sistema*; porque se desconoce y niega abiertamente la *Ley natural* en esta delicada materia, tan resbaladiza para la pasión, y de tan incalculable transcendencia para el orden social.

Dualismo humano

12. La *discordancia* existente entre las dos partes que integran el compuesto humano, y constituyen su dualismo, en ninguna materia se demuestra tan palmariamente como en el problema sexual.

El hombre, como *sér racional*, es perfectamente monógamo, según dejamos demostrado. Mas su naturaleza *animal* propende vehementemente (sobre todo en el varón) a alguna forma de poligamia; por lo menos a esa poligamia laxa de las uniones fortuitas. Luego los apetitos racional y animal, no sólo son en el hombre *distintos*, y acusan un dualismo en sus principios constitutivos, sino tienen tendencias contradictorias. Lo cual no se advierte en ningún animal, ni se puede atribuir a la Naturaleza íntegra, no viciada de antemano.

El hombre (varón) no tiene ninguna de las características de los animales monógamos, en los cuales el celo afecta de un mismo modo al macho y a la hembra. En términos que, si hubiéramos de juzgar al hombre (varón) como *bestia*, antes le tomaríamos por polígamo que por monógamo. Pero considerado como *racional*, la monogamia es una ley de su naturaleza. ¿Quién no ve en esto una *contradicción*; un principio de lucha perpetua en la misma naturaleza humana, cual no se halla en la naturaleza de ningún animal? ¿No indica esto claramente, que la naturaleza del hombre no está en su estado prístino?

Esto se descubre todavía con más claridad, considerando que, si por una parte el hombre, en su actual estado, tiene vehemente inclinación a las infracciones de la monogamia absoluta, estas infracciones no van nunca libres de pesada sanción.

13. Y en primer lugar, conviene advertir aquí, que, por más que la inclinación sexual sea tan grande (sobre todo en algunos varones), la Medicina moderna ha demostrado que no es *incoercible*, y que su inhibición *nunca* puede ser dañosa para el organismo.

Ya puede ser que el *vicio* llegue a formar una necesidad ficticia, o un hábito tal, que prevenga la deliberación de la voluntad, o se imponga a ella. No es menos cierto que la sobreexcitación de los sentidos, producida por espectáculos libidinosos, combinados con determinada forma de alimentación, acrecientan hasta lo sumo la dificultad de la continencia. Pero *nunca* puede acusarse a la Naturaleza de *exigir* la transgresión de la ley de la castidad; antes nunca deja de *vengearse*, castigando su incumplimiento. Después de un período de vacilaciones cobardes, la Medicina moderna *seria*, científica, restablece el aforismo de Epicuro: que el uso sexual a nadie es beneficioso, y que, aquél sale mejor librado, para quien deja de ser nocivo. Véanse las autoridades facultativas que recogimos acerca de este punto en nuestro libro *La Educación de la Castidad* (3.^a ed. págs. 165 y sigs.) La razón por qué nunca puede ser dañosa la abstención del uso sexual es, porque la Naturaleza ha provisto al organismo de válvulas, y reabsorbe la secreción seminal para nutrir el sistema cerebro-espal.

Al contrario: todo abuso del comercio sexual acarrea rebajamiento de la vida y actividad intelectual. Esto se ve a la legua en los jóvenes que se entregan a las prácticas solitarias.

Las víctimas

14. El desorden sexual nunca carece de *sanción*. En todo abuso, en esta materia, hay siempre una *victi-*

ma. La víctima es unas veces la doncella inocente; otras es la paz de una familia, que por el adulterio se sacrifica y destruye. En el caso que a algunos considerados parece *menos* pernicioso, se contribuye al sacrificio y destrucción de *víctimas humanas*, a quienes una sociedad hipócrita y corrompida ha segregado y lanzado de su seno, para inmolarlas a la lujuria de los hombres deshonestos.

En las sociedades modernas se tolera la *prostitución* como un *mal menor*. No queremos discutir su *minoridad*; la abonan testimonios gravísimos, que debemos respetar. Pero para protestar contra esa práctica, resto del Paganismo, nos basta descubrir en ella la verdadera *inmolación de víctimas humanas*; pues segrega un número de débiles mujeres, compelidas generalmente además por la pobreza, y las condena a ser ludibrio de sus vicios, oprobio de la sociedad y pasto de enfermedades repugnantes que las conducen a una muerte prematura y miserable.

El Paganismo las trató menos inhumanamente : las consideró como esclavas de una diosa, en una época en que los dioses exigían sacrificios humanos.

El Cristianismo no puede transigir con esa práctica; pues para él, toda criatura tiene un valor absoluto, como destinada a un fin sobrenatural y eterno. No es lícito al cristiano sacrificar el fin eterno de un solo hombre, aunque con esto pudiera salvar a todos los demás, y cerrar, detrás de aquel infeliz, las puertas del infierno.

Si la Iglesia no ha fulminado más violentos anatemas contra esa llaga social, se debe a la misma causa que la hizo proceder lentamente en la abolición de la esclavitud : la desconfianza de ser obedecida si urgía sus preceptos con demasiada violencia.

Pero además de hacer lo que puede para lograr la abolición, la Iglesia *nunca* ha tenido la menor connivencia con este crimen. A nadie jamás, por ningún título imaginable, se ha permitido el uso de este medio, y claro está que, desde el momento que cesara la práctica, la misma corruptela vendría a desaparecer.

15. Y desaparecerá. Como la esclavitud de los cuerpos ha desaparecido. El Cristianismo no derriba los muros con la piqueta ni con la dinamita. Pero siembra al pie de ellos una semilla, y la semilla crece y se convierte tarde o temprano en un árbol poderoso, que derruye el muro con su propia vitalidad.

El sacrificio de la mujer acabará, si no de otra suerte, por la *nivelación* a que aspiran los socialistas. Pues el día que no existiera la pobreza, la deshonestidad dejaría de hallar víctimas.

Pero para que la mujer obtenga todos sus derechos, no hay otro camino sino que el Cristianismo llegue a encarnar totalmente en las costumbres. Sólo entonces, reducida la sensualidad a la norma de la razón, iluminada por los resplandores de la fe, la *racionalidad* triunfará de la *animalidad*, y sometiéndola por medio de la *virtud*, restablecerá el equilibrio, roto por la caída originaria de nuestra naturaleza.

Entretanto, la misma lucha de la sensualidad contra la razón, manifestada en tantas desviaciones de la Ley moral, no sólo toleradas, sino canonizadas por los pueblos que viven lejos de la Iglesia católica, son una demostración evidente de que nuestra naturaleza no está íntegra; de que está herida en sus fibras más íntimas. Hecho que puede comprobarse a parte de la revelación, pero que no se explica satisfactoriamente sino por el dogma del *pecado original*, tal como lo declara el Catolicismo.



CONFERENCIA SEXTA

*

El dualismo humano

1. La interna contradicción que se acusa en muchas manifestaciones de la vida humana, constituye una inquebrantable prueba del dualismo de nuestra naturaleza.

Si nuestra naturaleza fuese simplemente *animal*, se aquietaría en la satisfacción de sus apetitos animales. Si (como han pretendido algunos espiritualistas del talle de Platón y Descartes) fuera un puro *espíritu*, domiciliado en un organismo corpóreo, éste podría, cuando mucho, estorbarle la ejecución de sus deseos, pero no lograría extraviarlos. Como el mal vehículo impide a veces que el tripulante de él llegue al término propuesto; pero no le estorba para concebirlo y proponérselo.

En la primera de estas conferencias vimos el carácter avasallador que ejerce en el hombre el conocimiento sensitivo; tan diferente de la ineficacia que suele acompañar al conocimiento racional. En la anterior, acabamos de ver cuánto cuesta al hombre, en su actual esta-

do, no sólo cumplir perfectamente, sino aun conocer totalmente, las exigencias de su propia razón : de su naturaleza racional, que es la específica, la que le distingue de los brutos animales.

El hombre (el varón) en cuanto *bestia* es inclinado a la poligamia; en cuanto *racional* (varón y mujer) es monógamo. De hecho nos demuestra la Historia que, en razas y épocas enteras, ha practicado la poligamia (esto es : vivido a lo *bestia*); hay más : que sólo en su época primitiva, harto breve, y en la Iglesia católica, ha conservado la *tesis* : el conocimiento claro y la exigencia racional de la monogamia *absoluta* enteramente conforme a la Ley natural.

Mas antes de insistir en las consecuencias que se deducen de estos hechos, conviene fijarnos en algunos otros, que no menos demuestran la dificultad que experimenta el hombre, en su estado actual, para conocer enteramente la Ley natural y cumplirla con perfección. Esto último, profesa la Teología católica, que no es posible *moralmente*, sin el auxilio de la divina gracia.

I

El lenguaje y la veracidad

2. La segunda materia en que advertimos esa dificultad, es lo que a la *veracidad* atañe.

El lenguaje ha sido dado al humano linaje para que podamos comunicar nuestros pensamientos a nuestros semejantes; para que el verbo de nuestra mente, pueda exteriorizarse merced al verbo oral o escrito o expre-

sado por gestos : que todo esto se comprende bajo la designación del lenguaje.

El lenguaje es el instrumento de la vida de relación, y fundamento indispensable para el hombre, de su vida social, sin la cual no puede vivir una vida propiamente humana.

Los demás animales, aun aquellos que viven en sociedad, pueden prescindir del lenguaje, porque no tienen nada que decirse. Después de todo, cada uno de ellos hace exactamente todo cuando puede y le pertenece, movido a ello por la necesaria presión del instinto.

No necesitan las avecillas del lenguaje, para enseñar a sus pollitos a fabricar el nido, por artificioso que éste nos parezca. Con sólo comunicarles por la generación su naturaleza específica, les dan con ella toda la enseñanza y educación propias de su especie; y el corderillo huirá del lobo, sin que la oveja le haya explicado los peligros que ofrece su vecindad; y el ave, madre por vez primera, empollará sus huevos todo el tiempo necesario para avivarlos, sin que nadie le haya dado acerca de ello, la más mínima lección.

Y lo propio acontece en las sociedades de las abejas o las hormigas, donde no es menester dar reglamentos ni ordenanzas; porque, en cada caso, a cada uno le dice su instinto lo que debe hacer; incluso las demostraciones exteriores que ha de dar de sus impresiones, para anticipar a sus compañeros lo que ha percibido antes que ellos.

En la sociedad humana no hay nada de esto. El hombre al venir al mundo, no trae esa educación instintiva. Necesita recibirla de sus padres, en gran parte por medio de la palabra; necesita valerse de ésta para manifestar a sus prójimos sus indigencias y sus deseos.

Pero para todo esto es *fundamento* indispensable, contar con la *veracidad* del lenguaje.

3. La vulgarísima fabulilla del pastor necio, que por tres veces pidió auxilio contra un lobo que no venía, y a la cuarta cuando el lobo realmente vino, se vió abandonado por sus burlados compañeros, es un expresivo símbolo de esta ley : que el valor del lenguaje estriba enteramente en su veracidad; por donde el que se priva del crédito de veraz, hace algo así como si se privara del instrumento de su vida de relación con sus semejantes.

Ahora bien : ¿quién nos garantiza la veracidad del lenguaje? Sin duda no otro que el *uso constante* de decir la verdad. Que nuestros prójimos *pueden* mentir, todos lo sabemos por el mismo testimonio de nuestra conciencia que nos acusa la posesión de semejante abusiva facultad. Pero esto no obstante, si vivimos entre personas que *nunca* mienten, no se nos ocurre siquiera la duda, acerca de la seriedad y veracidad de sus palabras; por lo cual el lenguaje adquiere entre nosotros *todo su valor*.

Al contrario, cada vez que sorprendemos una mentira, sufre un quebranto la seguridad que por ventura teníamos, acerca la veracidad de nuestros prójimos, y el valor de sus palabras; y claro está que la repetición de esos golpes ha de acabar por arruinar el fundamento de la confianza, único que da valor al humano lenguaje.

Poned una sociedad en que los hombres mintieran un 50 por ciento de las veces que hablan : la vida social sería allí imposible; pues, teniendo, en cada caso, igual número de razones para creer que quien me habla, miente o dice la verdad, sus palabras carecerían absolutamente de valor para mí. Las expresiones veraces y las mentirosas, obrarían como dos fuerzas iguales y

contrarias, que se destruyen mutuamente, y darían un cero de credibilidad y confianza, con lo cual vendrían a imposibilitar la vida de relación : la vida social.

Las mentiras

4. Diréis que ésta es una hipótesis imposible; pues, como advierte Balmes, aun los hombres más embusteros, dicen un número de verdades incomparablemente mayor que de mentiras. Pero no es menos cierto que *cada mentira* descabala, siquiera sea en una parte mínima, el valor del humano lenguaje. De elementos mínimos, se forman las cosas máximas. El mar se forma de gotas de agua, la tierra de granitos de arena; los huracanes, con el peso insignificante de moléculas de aire, etc., etc.

De la misma manera : la *cantidad* del detrimento que produce una mentira, en la credibilidad del humano lenguaje, no sirve para destruir el raciocinio siguiente, que demuestra su intrínseca inmoralidad.

El lenguaje humano es un instrumento necesario para la vida racional. Pero la mentira (cualquiera mentira) tiende por su misma naturaleza a inutilizar el lenguaje humano; luego toda mentira es intrínsecamente inmoral : contraria a la Ley natural, a la ley de la existencia humana.

Esto se puede ver claramente en las mentiras que han solido hallar excusa en el concepto de los que han considerado esta materia más superficialmente : la mentira jocosa y la oficiosa.

La mentira jocosa, sino es tal, que se descubra desde luego su ingeniosidad y el juego que contiene, no puede carecer de inconveniente, como en el aludido

ejemplo del pastor se quiso simbolizar. Es un *juego*, pero no es lícito jugar con los instrumentos indispensables para la vida humana, con riesgo de deteriorarlos o destruirlos.

5. Más impresión ha hecho a muchos la aparente inocuidad y aun utilidad, de la mentira *oficiosa*; en términos que hasta algunos Padres griegos claudicaron en su apreciación. En realidad es inmoral, y abandona el criterio de la honestidad trocándolo por el de una utilidad próxima, que, a la larga se convierte en perjuicio.

Porque, en primer lugar, toda mentira oficiosa, menoscaba la credibilidad del que la usa. El mismo enfermo a quien una vez habéis engañado para ocultarle la gravedad de su mal o la amargura de la medicina, desconfiará de vos, por donde quedaréis menos apto para hacerle bien en ocasiones posteriores, cuando por ventura le sería más indispensable creerlos y dejarse guiar por vos.

Si hay una mentira a primera vista disculpable y aun laudable, es la *patriótica*, con que se disfrazan las acciones de nuestros mayores, para estimularnos a su imitación y comunicarnos el noble orgullo de ser descendientes de héroes.

Se puede *idealizar* lo indispensable el pasado, sin necesidad de *mentir*, fijando la atención en lo bueno, y dejando lo que no lo fué, en una discreta penumbra. Pero *mentir* siempre es dañoso, pues quebranta la fe histórica y puede engendrar una falsa confianza, precursora de tremendos desastres.

Más se ve esto aún en la mentira *religiosa*. Sin duda los inventores de milagros y hazañas fingidas, creyeron a veces contribuir a acrecentar el culto de Dios y de sus santos (si ya no se dejaron llevar de móviles egofistas y rastreros). Pero ¿quién no ve el

inmenso daño que hacen los falsos milagros, menoscabando la credibilidad de los verdaderos?

Suprimida la *veracidad*, se imposibilita la vida humana, porque se falsea la vida de relación entre los hombres. Mas toda mentira tiende intrínsecamente a producir este efecto; por donde toda mentira es contraria a la Ley natural.

6. Con todo eso, fuera de la Iglesia católica apenas hallamos el conocimiento, nada digo de la práctica, de esta verdad. Los mismos protestantes han borrado de su Decálogo el precepto de no mentir, limitándolo a la prohibición de calumniar; esto es : de decir mentiras perniciosas. Es famosa la aprobación que mereció a Lutero : *una mentira hábil*. (Eine tüchtige Lüge). Por lo que hace a la práctica, la *perfecta veracidad* presupone la posesión de todas las virtudes; y creo que esto quiso decir el apóstol que afirmó : que, quien no peca con la lengua es varón perfecto; no porque en la veracidad consista toda la perfección; sino porque, sin poseer todas las virtudes, es imposible la veracidad.

Por consiguiente, en la materia de la veracidad, hallamos otra contradicción entre la exigencia de la razón, y la propensión casi invencible de nuestra naturaleza, signo expresivo de su actual menoscabo; de que no la poseemos en su integridad.

7. Y antes de abandonar esta materia, no podemos menos de expresar nuestro duelo por la depreciación que ha sufrido en nuestros días—por efecto de la depresión del nivel moral—la *palabra de honor*.

El Cristianismo, civilizador de los pueblos modernos, ya que no logró extirpar de raíz la mentira, consagró una fórmula inviolable de la veracidad : en las cosas sagradas, el *juramento*; en las profanas, la *palabra de honor*.

Cuando las costumbres europeas estuvieron empaçadas en ese espíritu cristiano, la palabra de honor era tan inviolable como el honor mismo, fundado en la estima de la personalidad humana y cristiana. Pero la depreciación de esta garantía de absoluta veracidad, se ha sentido dolorosamente en la guerra actual.

En la tierra se ha dejado agonizar a los heridos a la vista de los bandos contendientes, sin que nadie se atreviera a correr en su auxilio por no fiar del *honor* de la Cruz roja, violado por disfraces criminales. En el mar se ha tenido que hundir millones de toneladas, necesarias para sostener mañana la vida comercial, por no reconocerse una *palabra de honor* que llevara a un destino neutral esos buques rendidos por los submarinos.

Sustituído el Derecho por la *fuerza*, el *honor* ha desamparado a la Humanidad, abandonándola a violencias salvajes.

Y es que ha faltado el espíritu cristiano, único que supo conservar a la palabra humana la garantía inviolable de la veracidad. La *mentira* útil ha venido a resultar el más pernicioso de los abusos, privando a los hombres de la mutua confianza, lazo de la vida social.

II

El respeto a la vida

8. No menos privativo del Cristianismo ha sido en la Historia el perfecto conocimiento de otra ley de Derecho natural, que impone en absoluto el *respeto a la vida del prójimo*.

De la *igualdad* natural entre los hombres, se infiere lógicamente que la vida de uno no puede sacrificarse nunca lícitamente en provecho de otro. Solamente el derecho que cada individuo humano tiene a la conservación de la vida propia, puede autorizarle a prescindir, en el caso de *propia defensa*, del derecho igual que ampara la vida del prójimo. Toda acción atentatoria a la vida de éste, que no sea *directamente* defensa de la vida propia, es por ende inevitablemente ilícita.

Mas este dictamen de la razón y precepto de la Ley natural, no se halla tampoco admitido consecuentemente sino en el Cristianismo verdadero : en el Catolicismo, único que proclama, *en todo caso* que no sea pura defensa, la inviolabilidad de la vida humana.

Y si quisiéramos comenzar por los extremos más distantes, tendríamos larga tela para extendernos en nuestra demostración.

Pues, en primer lugar, desconocieron la inviolabilidad de la vida humana, todos aquellos pueblos y creencias erróneas, que negaron la *igualdad* entre los hombres; ya sea profesando la diversidad originaria de ciertas *castas* (como los indos), ya la de ciertas razas o pueblos, a cuyos individuos era permitido reducir a la condición de *cosas*.

Aun dentro de la misma familia, hubo muchos pueblos que no reconocieron al recién nacido los derechos de hombre, sin su previa admisión por el padre, a quien se otorgaba la facultad de rehusarlo y exponerlo. Pero no es nuestro ánimo detener la consideración en tales enormidades, desarraigadas del mundo por el Cristianismo.

Lo estupendo, lo pasmoso es, que aun dentro de los pueblos que se llaman cristianos y conservan por

lo menos a girones la doctrina de Cristo y la civilización en ella fundada, tan luego como se eclipsa el Catolicismo, comienza a descabarse este respeto a la vida humana, y a desconocerse el derecho que tienen a ingresar en ella, aquellos a quienes llaman a ella las leyes de la Naturaleza.

El duelo

9. Tan luego como se aflojan los vínculos de la moral cristiana, reaparece el *duelo*, no ya como una de tantas formas de homicidio (que éste, como delito, puede hallarse también en la sociedad católica), sino como institución : como medio lícito de vengar las injurias o de quitar de en medio a un émulo enojoso.

El duelo existió en la Edad Media como resto imborrado de las costumbres bárbaras de los pueblos germánicos, que se habían repartido los despojos del Romano Imperio. Entonces hubo de proceder la Iglesia, como en la materia de la esclavitud, de una manera gradual, reprendiéndolo, limitándolo, aminorando su barbarie. Pero en cuanto pudo lo vedó totalmente, y persiguió con censuras eclesiásticas a los duelistas.

Ahora mismo amenaza con excomunió a los que se batan en duelo y a todos los que participan de alguna manera en él; y para atemorizar más eficazmente a los contraventores, arroja al que muere en duelo, de la mansión de paz, privándole de sepultura eclesiástica.

Pero donde falta la tutela de la Iglesia católica, el duelo vuelve a levantar cabeza, no sólo como abuso criminal, sino como institución que reclama inmunidad o tolerancia.

En nuestra misma legislación española, hallamos el duelo, realizado con determinadas formas, tolerado

hasta cierto punto, puesto que no se le castiga con las ordinarias penas de los homicidas; a pesar de concurrir en él todas las más agravantes circunstancias de premeditación y sangre fría. En países protestantes sucede mucho peor. Los abusos del duelo en Alemania, no sólo entre militares, sino aun entre estudiantes, son harto conocidos para que tengamos necesidad de insistir en ellos. Basta lo dicho para señalar el desconocimiento de la Ley natural que protege toda vida humana, fuera de la Iglesia católica.

La vida del niño

10. Pero lo más sorprendente en esta materia es, de qué manera naufraga, en cuanto se oscurece la luz del Catolicismo, el respeto a la existencia del niño, que entra o pretende entrar por las puertas de la vida.

Hoy no se permite en ningún pueblo civilizado (que vale tanto como decir : partícipe de la civilización *cristiana*), la exposición de los hijos legítimos; pero se tolera la de los hijos ilegítimos, se preconiza en determinados casos el aborto legal o la destrucción de un feto vivo, y se practica cada día más extensamente, la exclusión de la existencia, de los que llaman a sus puertas.

No sé si en nuestra época son más o menos que en anteriores épocas de más fe, las infracciones de la castidad, pero es innegable que, en los pueblos más empapados del espíritu cristiano, ya que se cometiera el pecado, se arrostraban honradamente sus consecuencias, y el que engendraba un hijo natural, sentíase obligado a criarlo y educarlo según su clase y fortuna. La época en que comenzó la relajación de las costumbres

cristianas, se hizo notable por la abundancia de los hijos naturales, algunos de los cuales fueron egregios príncipes y hasta papas (Clemente VII). Esto era una relajación del vínculo conyugal, sin duda alguna; pero indicaba un respeto a la vida y derechos de los inocentes, de que quedan ahora pocos rastros.

Es poco probable que hoy se cometan menos pecados contra la castidad; pero se procura evitar que vengan a la vida, o se excluye de ella, o por lo menos, se desconoce y expone, a los que vienen por esos caminos encubiertos.

El derecho que atribuían los romanos al padre de familia (y que hoy nos parece un colmo de barbarie), de exponer a los hijos que no admitía; lo reconocemos prácticamente al que engendra un hijo ilegítimo.

Pero en esto no hay que engañarse: la Iglesia funda Casas de expósitos donde recibir a esos desgraciados hijos del vicio; pero no por eso sanciona la exposición. Condena el crimen del que la perpetra; pero recoge piadosamente a la víctima para librarla de un mal mayor: del infanticidio o el abandono.

11. Más alto levanta su voz contra todo atentado contra la vida de esos seres inocentes, a los cuales ha de defender, no sólo contra los hombres sensuales que huyen las responsabilidades de su propia sensualidad, sino contra una turba de médicos inconsiderados, que pretenden sacrificar esas vidas infantiles en aras de una terapéutica egoísta o precipitada.

No sólo se perpetra el aborto criminalmente para borrar los efectos de la deshonestidad, sino se pretende justificarlo en ciertos casos, como *medio* para defender la vida de la madre, contra el peligro en que la pone la presencia importuna del hijo concebido. La *ciencia*, para desentenderse de la Moral católica (que no hace

sino defender en toda su integridad, la ley natural del respeto a la vida del prójimo) se arma de argumentos, unos dirigidos a la razón y otros encaminados para mover la sensibilidad. *De todas maneras*, el hijo no podrá vivir, y el respeto a su vida imposible, amenaza la vida de la madre que lo lleva en su seno. ¿Qué corazón dejará morir a la madre sin acudir en su socorro, por respetar una vida infantil que, así como así está destinada a perecer?

Cuando a estos argumentos se juntan los afectos pasionales, la vida *que se ve* prevalece fácilmente contra la que *no se ve*, y se procede al aborto, a la craneotomía, si no hay oídos muy católicos, para quienes siempre resuena la voz de la Iglesia intimando : *¡no matarás!*

No hemos de entrar aquí en consideraciones terapéuticas, que no faltan a los médicos católicos, para respetar *en todo caso* la vida del hijo, mientras hacen todo cuanto lícitamente pueden por salvar la de la madre. Limitándonos a nuestro terreno moral y apolo-gético, bástanos saber que *nunca* es lícito atentar *directamente* a la vida del prójimo, siquiera sea tan indefenso como un niño recién concebido; y ese olvido de un precepto tan llano de la Ley natural, donde quiera falta la voz de la Iglesia católica, nos ofrece un nuevo argumento de la tesis que estamos desarrollando.

12. Todavía es más sutil la argumentación y mayor el peligro de olvidar la Ley natural, cuando no se trata de extinguir la vida, sino de *evitarla*. La práctica neo-malthusiana, que está corroyendo hoy las entrañas de pueblos enteros, causando su decadencia moral, y preparando su decadencia política, estriba, en el fondo, en este mismo olvido del respeto a la *Ley natural* que manda no atentar a las leyes de la Naturaleza; del res-

peto a la vida del prójimo, que está llamando a las puertas de la existencia, las cuales no es lícito cerrarle, desde el momento que *libremente* se han puesto las acciones que naturalmente se la debían abrir.

Tiene alguna semejanza el onanismo con el infanticidio o aborto : éstos interrumpen el camino de la vida ya comenzado; aquel cierra las puertas en el instante en que *naturalmente* iba ya a comenzar.

En esta materia se ve mejor acaso que en otra ninguna, cuanto mayor fuerza tienen en el hombre, en su actual estado, los argumentos sensitivos que los racionales y sobrenaturales. Estos tres crímenes : infanticidio, aborto y onanismo, suelen producir tanto menos horror, cuanto mayor es el daño que se infiere a la víctima; el cual nos descubre la razón iluminada por la fe.

Pocas personas se hallan de tan crueles entrañas, que sean capaces de dejar nacer a un niño, bautizarle y degollarle luego. Son en número mayor las que permiten o provocan un aborto medicinal o criminal, sin que les mueva la muerte del sér cuya agonía no hiere sus ojos; y son incomparablemente más las que no tienen horror de repeler, por las prácticas neo-malthusianas, a los que iban a entrar en la vida y estaban, por decirlo así, llamando ya a sus puertas. Con todo eso : el daño que a éstos se infiere, es mayor que el inferido al abortivo, y el de éste, mayor que el del niño degollado después de conferirle el santo bautismo. Porque el niño bautizado y degollado, se iría infaliblemente a gozar de la vida sobrenatural eterna; el abortivo no gozará la sobrenatural, pero sí la eterna felicidad natural a que le destinan su inocencia y la natural inmortalidad de su alma. Pero el que no llega al sér estando en camino para ello, se ve excluído de una vez de todos estos bienes naturales y sobrenaturales, por el

egoísmo del que quiso gozar el deleite de la procreación sin sujetarse a sus responsabilidades. En esto estriba la gravedad, por tan pocos conocida, de este abuso, que está condenando a la inferioridad política a naciones en otro tiempo florecientes y gloriosas.

Si la guerra europea, donde se han echado menos los *ejércitos* que robó a algunas naciones el onanismo, lograra extirpar de raíz esta plaga moral y social, pudiéramos bendecirla y tenerla por beneficiosa para la cultura moderna.

Mas aquí sí que se ve claramente, que sola la Iglesia católica conserva intacto el conocimiento completo y la fiel custodia de la *Ley natural*.

En medio del contagio moral producido en los pueblos más cultos por el neo-malthusianismo; entre las complacencias de la Medicina, las imposiciones de la sociedad y las rebeliones de la sensualidad, sola la Iglesia católica levanta su voz incorruptible, y anatematiza la funesta práctica y la persigue en el secreto de las conciencias donde se oculta, prohibiendo terminantemente a sus confesores, toda transacción o connivencia con esta corruptela que amenaza socavar los cimientos de la sociedad y de la familia.

III

Conclusión

13. Pero ya es tiempo de recoger las velas de nuestro discurso, y sacar en limpio las consecuencias que de lo dicho se derivan.

Hemos visto en tres de las prescripciones de la Ley natural : la de la monogamia perfecta, de la veracidad

y del respeto a la vida humana, cuánta dificultad tiene el humano linaje, no sólo para ajustar a ellas su conducta en toda su acción, sino aun para conocerlas de un modo total y adecuado en todos los casos.

La inteligencia es capaz de suyo para alcanzarlas; pero entre sus miradas y su sublime objeto, se interpone la luz falaz de los afectos pasionales; esa atmósfera luminosa para los ojos de carne, pero que con su aparente luminosidad nos encubre la vista de las verdades transcendentales, como la atmósfera material, bañada por los brillantes resplandores de un día sereno, nos vela y encubre la faz negra del cielo y los puntos luminosos de las estrellas.

Ahora bien, ¿se halla algo semejante a esto en la naturaleza animal? ¿Hay algún bruto que tenga dificultad para conocer y ejecutar con toda exactitud las leyes de su naturaleza? ¿No le conduce a ello el instinto por modo infalible?

Luego hemos de convenir que el hombre, o es la más imperfecta de las criaturas salidas de manos del Hacedor supremo, o no está en su integridad original. Pero ¿cómo admitir que Dios le hizo tan absurdamente imperfecto, Él que formó con tanta armonía todo el resto de la Creación?

Y si generalmente nos repugnaría admitir que Dios hizo una criatura cualquiera intrínsecamente contradictoria e imperfecta ¿cuánto más increíble no es esto, al tratarse de la criatura *libre*; de aquella en quien puso la más alta prerrogativa; el mayor prodigio de su Sabiduría y Omnipotencia?

Hemos de conceder, por tanto, que Dios no creó al hombre como ahora existe. Que le hizo, como dice la Sagrada Escritura, *recto*; pero él se torció luego por el abuso de su libertad. Pero no por un abuso perso-

nal; pues vemos que los hombres nacen ya llenos de estas funestas inclinaciones que los arrastran al mal; sino por un abuso heredado, transmitido de padres a hijos.

14. Esto es lo que la inteligencia humana no hubiera podido hallar nunca por sí, aunque siente su necesidad; este es el dogma del *pecado original*, con el cual aparecen luminosas todas las cosas que la experiencia y la razón nos enseñan; suprimido el cual, la vida del hombre y la historia del mundo no son sino un encadenamiento de absurdos.

Como ese dogma revelado por Dios nos enseña, Dios hizo al hombre *recto*; es decir: armónico en sus facultades, sometiendo las inferiores a las superiores: la sensualidad a la razón, las pasiones al arbitrio de la libre voluntad.

Pero el hombre, así creado por Dios, perdió por el abuso de su libertad el bien *gratuito* que había recibido en su primer origen, y se vió entregado a la interna contradicción que nace en él de la contrariedad natural de los dos elementos que lo constituyen: la carne y el espíritu: la materia organizada y el alma racional.

En esa contradicción y lucha interna, la inteligencia le presta siempre su luz, pero luz fría y pálida, como luz de estrellas situadas en el remoto firmamento; al paso que los sentidos le deslumbran con brillos falaces, parecidos a los arboles de un cielo saturado de vapor.

De ahí nace la dificultad de la virtud, en el estado presente de nuestra naturaleza. Pero esa dificultad está tan lejos de suprimir la libertad (como pretendió Lutero), que antes puede servir, al hombre virtuoso, para aumentar su *potencial*, en que consiste la elevación moral y el mérito de la virtud.

Fuera de que, como nos enseña la doctrina revelada, Dios asiste siempre a la voluntad leal, con los auxilios suficientes de su divina gracia.

Esta concepción cristiana, católica y perfectamente concorde con la razón y la experiencia de la vida humana, nos da una visión perfecta de la realidad, y nos conduce a una recta estimación de los *valores humanos*.

Divinidad de la Iglesia

15. Pero antes de pasar a otro argumento, menester es señalar el *corolario* que de todo lo dicho se desprende. Hemos visto que el hombre tiene ahora suma dificultad en conocer *totalmente* la ley natural, en términos que sólo alcanza este conocimiento perfecto por medio del magisterio de la Iglesia católica. Luego, decíamos y conviene repetir : luego la *Iglesia católica* es la única maestra de verdad infalible, y la religión que ella nos enseña, es la única verdadera.

La Iglesia católica es la única que ha conservado pura la doctrina de la castidad, tan horriblemente trastornada en el Paganismo, y llena de tan graves corruptions en las sectas protestantes; por más que en ellas ejerce influjo la Iglesia católica, no sólo por la doctrina que les enseñó cuando eran sus hijas, sino por el contraste que ejerce aun después de su separación con el ejemplo de sus costumbres.

Si la bigamia del Landgrave de Hesse fué un caso aislado dentro del Protestantismo, se debe indudablemente a esta fiscalización de la Moral católica. Pero las claudicaciones de los protestantes, sirven a maravilla para poner más de relieve la energía divina des-

plegada por la Iglesia católica en la constante defensa de la Ley moral en toda su inmaculada entereza.

16. ¿Quién, al recordar la condescendencia de Lutero y Melancton en el aludido caso de bigamia, no admira más la divina energía de un Papa en resistir a las pretensiones, no tan desmesuradas, de Enrique VIII? Y eso que el Papa a quien le cupo dicha incumbencia, era un Papa Médici, un hombre débil e irresoluto. Pero eso era cuando obraba como hombre o como político. Cuando había de obrar como Papa, como Maestro infalible del dogma y la moral, entonces no eran las fuerzas del Papa Médici las que entraban en juego, sino las fuerzas del Espíritu de Cristo, que vive en la Iglesia católica y vela constantemente por la incolumidad del sagrado depósito que le confió.

Y así, mientras el furibundo Lutero claudica, el débil Clemente VII se mantiene firme, y opone el *non licet* a la pasión furiosa del monarca inglés, y sufre, antes que traicionar a la santidad del matrimonio, que sea arrancado de la Iglesia todo un poderoso Reino.

Y en nuestros días ¿qué fuerzas inmensas no necesita la Iglesia para defender la integridad de la moral en la materia del neo-malthusianismo? Los que creen o imaginan creer que el Catolicismo corre a su ocaso, podrán convencerse de la estolidez de sus predicciones con sólo considerar su conducta en este punto.

Levantán su voz inmensas muchedumbres y alegan la situación económica que imposibilita a millones de familias multiplicarse sin otra medida que la de la Naturaleza. Esas muchedumbres amenazan separarse de la Iglesia, y prácticamente se apartan por necesidad de sus cultos. ¿Qué hará la Iglesia en ese trance? ¿Sucumbirá al temor de verse reducida a un corto número de fieles resueltos a todo? No sucumbe, porque la es-

fuerza el Espíritu divino, Espíritu de fortaleza y de santidad; sino opone el inflexible *non licet* a las humanas pasiones y timideces, y ordena a sus ministros que no transijan con lo intrínsecamente inmoral y nefando.

Esa es la *Iglesia divina*. Esa es la Esposa immaculada de Cristo, dispuesta a volver a subir una y mil veces la cuesta del Calvario; pero serena siempre para oponer a todos sus enemigos, el *quis vestrum arguet me de peccato*.





CONFERENCIA SÉPTIMA

✽

Apocalipsis (Revelación)

I

El día y la noche

1. El Autor de la Naturaleza dispuso providentísimamente la suave vicisitud del día y de la noche. Extiende el día sobre la tierra para que el hombre se entregue a los trabajos necesarios para su sustento y trate con los demás y los ayude en sus necesidades. Y recoge luego la luz y deja que la noche cubra el suelo, para que el firmamento se nos muestre como es : con su inmensa oscuridad poblada de estrellas.

El hombre animal no ve en esta sucesión de días y noches, sino la necesidad de interrumpir el trabajo con el sueño; pero los hombres espirituales de todos los siglos han considerado la noche, como el tiempo propio, no sólo para el descanso, sino sobre todo para la contemplación.

Y con razón; pues, como en la primera de estas conferencias decíamos, la luz material, de tal manera

embelesa los sentidos y avasalla el alma, que apenas deja lugar para la luz intelectual : ésa que investiga seguramente la verdad, que vislumbra las cosas esenciales y eternas, y nos conduce hasta el conocimiento de Dios.

La civilización moderna, el progreso técnico que constituye su gloria y su peligro, llegan, en las grandes ciudades, a suprimir casi enteramente la noche. Cuando el sol oculta sus rayos, una innumerable constelación de luces eléctricas se encargan de disipar la oscuridad; pero mientras de esta manera hacemos de la noche día, a pique estamos de convertir el día en noche. Hasta tal punto avivamos la vida sensitiva, que ponemos en peligro la vida racional.

Velos de luz

2. *Mea nox obscurum non habet, sed omnia luce clarescunt*, dice la Iglesia hablando de algún Santo : Mi noche no tiene oscuridad, sino todas las cosas se iluminan en ella con otra luz. El mundo moderno podría aplicarse estas palabras trastornando su sentido; pues en realidad sus noches carecen de oscuridad material, pero en cambio otra más cerrada oscuridad invade sus noches y sus días.

La claridad sensitiva que, como tenemos visto, es el velo más denso para ocultarnos las verdades intelectuales, ocupa casi toda la vida de los mundanos. Pero a esa claridad siguen naturalmente los sensitivos apetitos que arrollan la vida moral.

Como, en un mundo donde nunca se pusiera el sol, los hombres no habrían llegado a enterarse de la existencia de las estrellas; así los hombres modernos que

van de claridad en claridad sensitiva, se pasan la vida sin percatarse apenas de esotras claridades espirituales que, como estrellas del firmamento, se nos han dado para regir nuestra navegación temporal y arribar al puerto de las eternas dichas.

La Humanidad que viviera en un mundo sin noches, en medio de ese perpetuo resplandor, tendría un concepto mezquino del Universo. Sus conocimientos se ceñirían a la atmósfera terrestre perpetuamente iluminada, probablemente la consideraría como *luminosa* con propia luz; y de los inmensos cielos e innumerables astros que ahora conocemos, no habría conocido más que el sol, cuya deslumbrante claridad eclipsaría a sus ojos todo el resto del Universo astronómico.

Intelectuales

3. Tal vez en aquel mundo de perpetuas claridades exteriores, algunos hombres, sumergiéndose en la profundidad de un pozo, hubieran llegado a columbrar las estrellas; y al salir de aquella oscuridad, hubieran revelado a sus prójimos la extraña visión. Parecida a la de estos descubridores es la situación de los hombres espirituales: *intelectuales* en el verdadero sentido de esta palabra, cuando hemos de hablar de las cosas transcendentales, eternas, a los hombres que viven totalmente sumergidos en la luz halagüeña y falaz de los sentidos, y por ende, sin otras aspiraciones, sin otras codicias, que las que de tal conocimiento sensitivo se derivan.

El hombre es, por su naturaleza, animal racional. Pero si vive perpetuamente sumergido en la luz del conocimiento sensitivo, la animalidad va invadiendo en

él la racionalidad, hasta embotarla y atrofiar sus funciones. Esta es aquella desgracia que lamenta el Apóstol, escribiendo a los fieles de Corinto (1.^a II, 14): « El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios » y le parecen estulticias o insensateces.

El *hombre animal* de que habla aquí el Apóstol, no es una *especie zoológica* diferente de nosotros : no es el *homo stupidus* que, según los evolucionistas, precedió en la tierra a la aparición del humano linaje actual (*homo sapiens Linnei*). El hombre animal es algo que vive en cada uno de nosotros, favorecido y estimulado por el mundo ambiente. Es el hombre de los ojos y los oídos; el hombre de la fantasía y las pasiones; el hombre de la espontaneidad, a quien ha de enseñorear el *hombre de la libertad*.

Espontaneidad y libertad

4. He aquí dos conceptos que muchas veces se confunden; y que, aun los que especulativamente los distinguimos bien, olvidamos su diferencia al formular nuestras apreciaciones acerca los *valores humanos*.

La *espontaneidad* es el movimiento que por su propio peso sigue a las impresiones de los sentidos. Es la fuerza motriz específica de los brutos animales; la cual existe también en el hombre, por razón de su naturaleza animal y de las facultades que como tal posee. Sólo que, a los animales, como fuerza específica que es, los guía infaliblemente a sus fines; mientras que al hombre le aparta de ellos cuando predomina; pues en el hombre, animal racional, debe ser sojuzgada por el apetito racional; por la fuerza *electiva*, que es la libertad.

Con frecuencia oímos a muchas personas alegar como excusa de sus acciones inconvenientes, su *genio*, su *carácter*, su *temperamento*; algunos excusan los desmanes de los mozos alegando su *juventud*. Otras veces nos satisfacen los movimientos espontáneos de nuestra sensibilidad: la compasión que nos inspiran las ajenas miserias; los arranques producidos por nuestra viva imaginación. Todo eso, mientras no sale de la esfera de la espontaneidad, donde tiene su origen; es *amoral*, animal; cae fuera del distrito del mérito o demérito, y no debiera ser para nosotros, motivo de alegría ni de tristeza.

5. Las mociones de la sensibilidad, que tienden en el mismo sentido que la virtud, son *ayudas* de ella; y en cierto modo podemos estimarlas porque nos apartan del vicio contrario; pero, no sólo no son por sí mismas virtud, sino que contribuyen a disminuir la moralidad *cuantitativa*, y por ende, el mérito de nuestras buenas acciones.

Vgr., el amor natural que sentimos hacia una persona hermosa o simpática, y nos inclina a favorecerla, no sólo es amoral, sino que disminuye el valor del acto libre de caridad que con ella ejercemos.

Al contrario, las inclinaciones sensitivas contrarias a la norma moral, no sólo no son en sí mismas inmorales (pues carecen de toda moralidad), sino pueden servir para acrecentar el potencial de nuestra libertad; la tensión y mérito de la virtud con que las vencemos.

El *sentimiento* contrario al acto virtuoso que practicamos, aumenta, por su contrario peso, la tensión de la voluntad que libremente ejercita ese acto. Para eso ha de servir el genio, el carácter, la condición dura o aviesa; no en manera alguna para excusar la omisión de la virtud o la práctica del vicio contrario.

6. Esto es lo que dicta la *razón*. Pero ¡cuánto nos cuesta lograr que se imponga a los conocimientos y apetitos de los sentidos! Nos cuesta tanto, como el ver las estrellas en el cielo, cuando la atmósfera está inundada por la claridad deslumbrante del sol.

Para ello es preciso que nos hurtemos a esa falaz claridad exterior; que nos refugiemos en lo íntimo de nuestro espíritu, cerrando las puertas de los sentidos, y aquietando el tumulto de las impresiones sensitivas que nos persiguen en nuestro retiro y turban aun allí la buscada soledad.

Porque es así que, aun después de interrumpir el continuo flujo de las impresiones que penetran por los sentidos externos, nuestra imaginación (el sentido interno), queda como empapada de su falsa luminosidad, y no poco impide la visión de los objetos intelectuales.

Acontece como en una de esas espléndidas puestas de sol, donde, aun después que el astro ha rebasado la línea del horizonte, no por eso sobreviene la oscuridad, antes queda gran parte del cielo arrebolada por vivísimos resplandores.

Esa es la luz engañosa de la imaginación y fantasía, que nos persigue en la oscuridad del retiro, y nos impide obtener, sin gran trabajo, la perfecta quietud espiritual, donde brilla la luz serena de la inteligencia.

Por eso, durante la vida presente, sobre todo de las personas enfrascadas en los negocios del mundo, la claridad espiritual se logra pocas veces, y entonces de una manera pálida, incapaz de contrarrestar las tumultuosas impresiones de los sentidos y las coloridas fantasías de la imaginación.

7. Esta es la causa de que, aun a los hombres más razonables; aun a aquellos que tienen los convencimien-

tos de la razón afirmados por las creencias de la fe; el mundo suprasensible, el mundo de la espiritualidad, la inmortalidad, la divinidad, se presenta siempre como cubierto por una niebla más o menos densa; como el cielo estrellado se nos presenta durante el día velado por la gasa luminosa del aire atmosférico.

¡Cuánto nos cuesta llegar a poseer una convicción de las cosas espirituales y eternas, tan profunda, tan eficaz e incontrastable, como la que tenemos acerca del mundo sensible que nos rodea! Por eso los motivos humanos, sensitivos, obran sobre nuestro ánimo con tanta energía, ya nos arrastren espontáneamente, ya arrebaten de una manera casi irresistible las elecciones de nuestra voluntad; al paso que los motivos espirituales, transcendentales, apenas algunas veces logran sobreponerse a ellos, y decidir nuestra conducta en el sentido de la verdad y de la virtud.

Y lo más triste es que, aun entonces, no solemos gozar esa seguridad que nos da el testimonio de los sentidos externos.

Así oscila nuestra vida entre esas dos esferas del conocimiento, y nos tenemos por bien librados cuando la oscilación es regular, de manera que la racionalidad, si no logra transformar en sí la animalidad (como sería justo) por lo menos no claudique gravemente y perezca absorbida por ella.

II

La crisis de la vida

8. Pero esta situación vacilante no ha de ser perpetua. Ha de sobrevenir una *crisis* en que el choque

con la realidad eterna, nos saque de este embelesamiento en que nos tienen los sentidos, y nos haga tocar la sólida verdad.

¿Cuándo se producirá esa crisis? Cuando el organismo, donde radican los sentidos y todo ese mundo de las impresiones e inclinaciones sensitivas, se disuelva y destruya, dejando sólo el elemento espiritual, indestructible y eterno.

Esa crisis es lo que llamamos la *muerte*; la disolución del ser orgánico; que los vivientes irracionales temen naturalmente, porque es el término de su vida; pero que el hombre no debería temer, sino desear, porque ha de ser la *revelación* de la verdad que durante la presente existencia sólo podemos entrever con tantas dificultades.

Y al ahondar en esta consideración, aplicándosela cada uno a sí mismo, es donde más palpablemente tocamos la endeblez de nuestras convicciones racionales.

Cuando sobrevenga (por una de las múltiples maneras que puede acontecer) esta disolución de mi cuerpo, ¿despertaré como de un sueño en otra vida más clara, más luminosa y racional, o me disolveré en las eternas tinieblas del no sér; en el vacío inane de la nada?

Los que tenemos viva fe, por gracia particular de Dios nuestro Señor, no admitimos, ni por un instante, esta segunda hipótesis. Afirmamos con resolución infinita : *Non omnis moriar!* ¡No moriré todo yo! ¡Esto que en mí se afirma como íntimo principio consciente, no perecerá; no se eclipsará!

Las dos hipótesis

9. Pero quien sólo ha alcanzado esta convicción por demostraciones científicas ¡cuán difícilmente logra que llegue a penetrar su sensibilidad, de suerte que excluya hasta la sombra de duda!

Las dos *hipótesis* se presentan siempre en su horizonte, y aguarda el trance de la muerte como el momento de un *desengaño* o de una *revelación*. Ese momento tremendo ha de rasgar a nuestros ojos un velo. Mas detrás de ese velo ¿qué habrá?

Esta suspensión, que no debe llegar a duda, ni racionalmente, ni menos para los que tenemos fe; es no obstante tan general, que no nos parece será tiempo perdido el que empleemos en proponernos y *discutir* ambas hipótesis; o como algunos dicen: las dos eventualidades de este *desengaño*.

Algunos mundanos, enfrascados en sus diversiones y placeres, al ver la vida austera de algunos religiosos, y generalmente, el apartamiento del mundanal bullicio en que viven los que creen en la vida futura; piensan, y más de una vez dicen paladinamente: ¡Qué desengaño espera a esas personas que se privan de los goces vedados por seguir la aspereza de la virtud, si después de esta vida se encuentran con que no hay otra más allá!

Más frecuentemente decimos los que ponderamos la locura de los mundanos pecadores, que ponen toda su dicha en apurar los fugaces deleites de esta vida, como si otra no hubiera, ni hubiera en ella un Juez que les ha de pedir cuenta de sus desórdenes: ¡Qué chasco se van a llevar!

Consideremos, pues, unos instantes : cuál de esos dos posibles *chascos* habrá de ser el mayor. La crisis de la vida, que llamamos muerte, ha de venir en breve ; la revelación de los futuros destinos ha de seguirla de cerca ; es, pues, inevitable la decepción, el *chasco* de los unos o de los otros. ¿No vale la pena de ponderar su diferencia ?

Primera hipótesis

10. Los espiritualistas creemos que, al disolverse el organismo corpóreo, permanece y queda libre el alma espiritual. Los cristianos creemos además, que, en ese instante decisivo, el alma separada del cuerpo se halla cara a cara con Dios, el cual, en una simplicísima vista, le pone delante la liquidación de su vida moral, y consiguientemente, la destina a gozar el premio de sus buenas acciones o a sufrir el castigo de las malas, según que resulte activo o pasivo, en aquel definitivo balance.

Pero *supongamos* por un momento (pues estamos en esta primera hipótesis) que a tales persuasiones de la Filosofía espiritualista y de la fe católica, no responda ninguna realidad. Supongamos que, al extinguirse la vida del cuerpo, se extingue también la del alma, y ponderemos atentamente la *decepción*, el *chasco* que se llevará el espiritualista, el católico, en aquel instante decisivo.

Luego ¿todas sus esperanzas habrán sido vanas ?
¿Luego todos los trabajos y privaciones que se ha impuesto para lograr una felicidad futura, quedarán frustrados ?

Estimemos por partes este déficit. Habrá perdido los trabajos empleados en el cultivo de la virtud.

Aunque, a decir verdad, no los habrá perdido del todo; pues la misma virtud, la serenidad y paz de la conciencia que lleva consigo; la íntima satisfacción que produce la conciencia de obrar bien; son *valores* estimables, que quedan en salvo en cada momento de la vida del justo; en términos que, aun cuando no hubiera otra vida más allá de ésta, sería, por lo menos, muy discutible, quién sale mejor librado: si el justo, que trabaja en vivir conforme a su naturaleza racional; esto es: honestamente, virtuosamente; o el que, dejándose arrebatado de los apetitos de su sensualidad, se abandona a sus tumultuosas impresiones y exigencias insaciables.

11. Pero ¿y las *esperanzas* fallidas de una felicidad eterna? Aun ésa es una pérdida no más que relativa. En absoluto, esas risueñas esperanzas de una vida mejor, le habrían ayudado a pasar con más alegría esta vida miserable. Después de todo ¿no es la desesperación el más terrible de los tormentos que suponemos haber en el infierno?

De manera que, lo que el justo habría *perdido*, si sus creencias y esperanzas fueran vanas, no sería de tanta monta como parece a primera faz; y por ende, su chasco, su desengaño, sería muy tolerable.

Aunque pensándolo mejor, ¿cómo podría haber chasco sin chasqueado, ni desengaño sin sujeto que lo sufriera? Pues si, al acabar esta vida, el sujeto se extingue totalmente, no quedará en él conciencia para saborear la amargura de su decepción. Habrá pasado su existencia breve, cumpliendo con lo que exige la mejor y más íntima parte de su ser; la habrá pasado mecido en lisonjeras esperanzas, y luego, en un instante, todo habrá desaparecido, incluso su *yo*, su principio consciente que pudiera llamarse a engaño.

Después de todo, su chasco resultaría tolerable...

¿Se puede decir otro tanto del materialista, del descreído, en la

Segunda hipótesis?

12. El incrédulo, el materialista teórico o práctico, vive como si después de esta vida no hubiera nada que esperar o temer. Supongamos que su conciencia ha llegado a tal grado de endurecimiento, que *nunca*, ni por un momento, le fatiga la *duda*, ni le congoja el *temor* de que *puede haber* un más allá donde su situación sea muy desagradable. Supongamos que su vida mundana no se ve nunca inquietada por las ideas de una posible sanción futura de sus desórdenes.

Se entrega totalmente a los apetitos de su carne, a las codicias de sus ojos y a las ambiciones de su corazón. Pero ¿puede por esto vivir libre de penas, de cuidados, de contrariedades?

La vida de los *hombres del placer* no puede estar exenta de amarguras; porque, en la busca de sus deleites, han de tropezar con otros que tienen semejantes pretensiones; porque los mismos excesos de la sensualidad traen aparejada la tristeza y el dolor físico, y sobre todo, porque la conducta contraria a los dictámenes de la parte mejor: de la naturaleza racional, va siempre acompañada de un interno desabrimiento, si ya no llega al torcedor íntimo de los remordimientos.

Pero quiero prescindir de todo esto: quiero admitir (aunque es realmente inadmisibile) una vida mundana de ochenta, de cien años, transcurrida en perpetuo jolgorio sin la más mínima contrariedad.

Si al llegar al término de ella, se encuentra el mundano con que su alma es realmente inmortal, y le des-

tina a una vida sin límites; y en esa vida ha de sufrir las sanciones de toda esa larga serie de quebrantamientos de la ley moral, de que su conciencia encallecida no llegó a remorderle

¡Ese sí que es chasco colosal!

13. Porque, en primer lugar, no faltará ahí el *sujeto* chasqueable. Ahí está, al contrario, con su alma inteligente e indestructible; a cuya naturaleza inmortal no puede poner fin ni el mundo que le rodea, ni él mismo con un suicidio. Ahí está viendo ante sí una existencia interminable a la que por ningún medio se puede sustraer.

Por otra parte, mirando hacia atrás, todo lo que gozó en su vida de placeres, ve que fué brevísimo. ¿Qué son cincuenta, ochenta, cien años, después de pasados?

Los mismos placeres que más afanosamente buscó, ¡cuán necios y despreciables le parecen, mirados por la otra faz! Cuando los veía acercarse de frente, le parecieron deseables, y los deseó con infinita concupiscencia; pero vistos de espalda; mirándolos alejarse y perderse en el pasado, ¡cuán fútiles y mentirosos le parecen!

Si esto nos acontece aun en la vida presente, ¿qué acaecerá cuando se miren estas cosas a la luz indeficiente de la eternidad?

14. Sobre todo, esta idea :

La eternidad

¡Cuán espantosa se le representará!

Si Dios le dejara entregado en esta situación a la duda sobre su eterno porvenir, ¿qué terrible ansiedad no sería?

No ha faltado quien pusiera esa duda entre los más terribles tormentos del Purgatorio, para los que se salvan, pero no sin llevar un lastre considerable de reatos por que satisfacer.

Para los que salen de esta vida en desgracia de Dios, esa duda no tendrá lugar; antes al contrario: verán desde luego su terrible desdicha; conocerán las tremendas sanciones a que se han hecho acreedores con el abuso de su libertad..., ¡y verán claramente que su existencia interminable ha de ser el sujeto sobre que esas sanciones, interminables también, se ejerciten!

¡Ese sí que será chasco! ¡Ese sí que será desengaño cruel!

De manera que, si consideradas todas las razones, pesados todos los argumentos, resultara un perfecto equilibrio; de tal manera que la razón no pudiera resolverse por la realidad de una u otra de estas dos hipótesis; esa sola *duda* debería bastar y sobrar, para mover a todos los hombres cuerdos a entregarse al cultivo de la virtud y huir de los vicios que le son contrarios.

Y el contrario proceder; la conducta de quien, siendo las dos hipótesis igualmente probables, se entregara a los placeres viciosos y quebrantara la ley moral; sería locura incalificable y digna de toda reprobación.

15. Pero ¿es esto así?

¿Hay igualdad en las probabilidades?

¿Hay semejanza en el valor de los argumentos que se alegan en pro de una y otra opinión o hipótesis?
¡Nada de eso!

Algunas veces hemos oído a algunos incrédulos asegurar con grande aplomo que no temen la muerte, porque (dicen) «sabemos que con ella se acaba todo; que no hay nada más allá».

¿Lo sabéis? ¿Y a qué Ciencia pertenece ese conocimiento?

A la *Historia* no será; pues la Historia nos dice que todos los pueblos cultos y salvajes han creído unánimemente en la existencia de la vida futura, por más que, en describirla, haya habido entre ellos enorme discrepancia.

¿Lo sabéis por ventura por las Ciencias Naturales? Pero ¿cómo os pueden instruir sobre la suerte de los espíritus, esas Ciencias que tratan exclusivamente de los cuerpos? La Física, la Química, la Biología, la Fisiología ¿han dado por ventura razón de un solo fenómeno de *conciencia*?

Pues ¿qué ciencias son éstas que os dan sus argumentos científicos contra la inmortalidad? No son las Ciencias de la Naturaleza, pues éstas no tratan de los seres conscientes; ni la Ciencia del hombre, pues ésta nos manifiesta el *hecho universal* de la conciencia, el hecho universal de la creencia en Dios y en una vida futura; el hecho universal de la Religión.

Inanidad científica

16. No: el convencimiento que creen tener los incrédulos, los materialistas, acerca de la no existencia de una vida futura, no estriba en ningún argumento científico; es una vana credulidad, acariciada por las pasiones, nutrida por los vicios, fomentada por la costumbre de vivir fuera de sí, ajenos de toda reflexión sosegada; de toda vida propiamente racional.

En las cosas que no se imponen a la evidencia de los sentidos, el hombre goza de la funesta facultad de poderse persuadir lo que quiere. Los incrédulos *no quieren* que haya una vida futura; sobre todo, una vida eterna; *quieren* persuadirse que no la hay; y a fuerza de imperarse esta persuasión, llegan a auto-sugestionarse y creer prácticamente, que no la hay.

Prácticamente, decimos : pues, en teoría han de confesar que no poseen argumento ninguno con que poderlo demostrar.

Colocados en el terreno científico, su táctica no puede ser más que *negativa*. *Impugnan* nuestros argumentos, nos ponen objeciones o dificultades (lo cual no es muy difícil, tratándose de materias de suyo oscuras y remotas de los sentidos). Pero olvidan que, las dificultades más recias e insolubles, no invalidan los argumentos ciertos alegados en apoyo de una verdad.

El *espiritualismo*, el *catolicismo*, demuestra sus tesis positivamente con argumentos inquebrantables. Por lo tanto, mientras no destruyan esos fundamentos, en vano se oponen objeciones : aun cuando no pudiéramos resolverlas (y sí las resolvemos), las tesis demostradas quedarían en pie.

Desigualdad de los argumentos

17. Pero no nos olvidemos de nuestra argumentación : decíamos que, aun cuando las dos hipótesis, materialista y espiritualista, tuvieran un mismo grado de probabilidad, sería una locura abrazarse con la primera y conformar con ella su conducta, por la *posibilidad* de que resultara falsa, y la opuesta verdadera.

Ahora hemos añadido que su probabilidad, lejos de ser igual, dista como la noche y el día; pues la tesis materialista no se demuestra de ninguna manera, al paso que la espiritualista se demuestra con argumentos indestructibles.

Esta demostración ha sido el objeto preferente de nuestros estudios y debe serlo de nuestras continuas meditaciones.

Nuestra alma es inmortal

18. He aquí una verdad que se demuestra con tanta eficacia como un teorema de Matemáticas. Tenemos la base de esta demostración en el testimonio íntimo de nuestra conciencia: en ese testimonio irrecusable que nos pregona que, el principio consciente de nuestra vida íntima: eso que afirmamos indudablemente cuando decimos *yo soy*; ese principio, digo, se nos manifiesta como algo *constante* en nosotros; como algo dotado de permanente *identidad*, en medio de la continua evolución de nuestra existencia orgánica.

Nuestro organismo se desgasta y restablece; se muda y varía constantemente. Mas en medio de estas variedades que diversifican tan notablemente el cuerpo infantil y el juvenil; y el cuerpo varonil o senil; persevera siempre el mismo *yo* que se atribuye los actos de la niñez y de la mocedad, de la edad madura y la vejez. Luego ese principio: esa *alma* inteligente que vive en nosotros y anima nuestro organismo, no es algo mudable, algo deleznable, como el organismo; sino algo sustancialmente inmutable, permanente, distinto del cuerpo.

Además, ese mismo testimonio de mi conciencia y la naturaleza de muchos de sus actos, me demuestran

evidentemente, que mi alma está dotada de absoluta *simplicidad*. Es, por lo tanto, indestructible naturalmente; o lo que es igual : es naturalmente inmortal.

Esto mismo se infiere de la espiritualidad de mi alma, la cual se demuestra eficazísimamente por la índole de sus actos de conocer y por el dominio que ejerce sobre el cuerpo, en virtud de su libertad¹.

No estamos, por consiguiente, los espiritualistas, en una situación negativa o de mera duda, como los materialistas. Al contrario : afirmamos categóricamente la espiritualidad e inmortalidad de nuestra alma, y demostramos con evidentes argumentos estas afirmaciones.

¿Qué valen contra esto, las objeciones, las dificultades puramente negativas del Materialismo? Desde el momento que no destruyen nuestros argumentos (como no los destruyen) podrán ofrecer mayor o menor dificultad para su solución; pero no debilitarán la demostración, ni por ende, la certeza de nuestras tesis demostradas.

19. Y no sólo demostramos nuestra persuasión acerca la futura existencia del alma; sino con la misma ineludible evidencia, probamos que **existe un Dios Creador y Autor de la Ley moral**; la cual, como no encuentra su sanción adecuada en la presente vida, es forzoso la tenga en esa vida futura e ilimitada a que nuestra inmortalidad natural nos destina.

La necesidad de admitir la existencia de Dios, como Autor de la Naturaleza, como Creador del alma humana, cada día se pone más de relieve por los descubrimientos científicos; los cuales prueban que, ni la materia pudo comenzar a existir por sí misma, ni ponerse espontáneamente en los movimientos que la agi-

1 Cf. *Epítome de Apologética*, núms. 12-45.

tan, ni menos pasar de su inanimación a la vida. Aunque no hubiera otro argumento que el del origen de la vida, una Ciencia sensata se vería actualmente obligada a asentar la existencia de Dios, para dar explicación de la Naturaleza ¹.

Pero no es ese el único camino que nos conduce seguramente al conocimiento del Supremo Hacedor. En nuestra misma conciencia; en la conciencia de todos los hombres, de todos los pueblos y razas, en todas las épocas de la Historia; hallamos esa voz que nos dice, que hay actos buenos y malos, y que *debemos* evitar éstos y ejercitarnos en la práctica de los primeros. Pero surge espontáneamente la cuestión: ¿por qué *debemos*? *Deber* es estar sujeto a una necesidad, a una *ley*; pero si hay ley, ha de haber *legislador*; y la *Ley moral* exige un Legislador intelectual; un Legislador que sea Inteligencia y Voluntad soberana, capaz de imponerse a todos los hombres, como a todos se intima por la voz de la conciencia el *deber*.

Por ese camino se llega a establecer, con entero rigor científico, la existencia de Dios *Legislador*, de la *Ley moral*, de la sanción que debe seguirla; y ese raciocinio solidísimo, empalma perfectamente con el que nos demostró, que nuestra alma: la parte principal de nuestro sér humano, está destinada a una vida futura, que ha de ser el teatro de esas sanciones eternas ².

¿Qué hay en todas estas demostraciones (que hemos desarrollado en otra parte y ahora no hacemos sino recordar); qué hay en estas demostraciones que no sea perfectamente sólido, lógico, científico?

¿Qué demostraciones contrarias opone el Materialismo, la incredulidad, en abono de su hipótesis? Nin-

1 Cf. *Nuestra fe*, conf. III.

2 Cf. *Nuestra fe*, conf. VI y VII.

guna demostración : unas veces se limita a proponer objeciones; otras se sumerge en el *ignoramus et ignorabimus*, última expresión del fracaso de sus conatos para oponerse al Espiritualismo y a la Fe católica.

Posición racional

20. Y ahora, puesto que poseemos los datos, deliberemos : ¿cuál de las dos posiciones es la racional : la del materialista o incrédulo que, sin ningún argumento satisfactorio, procede como si no existiera la vida futura ni la futura sanción de la ley moral; o la del creyente que, apoyado en firmísimos fundamentos filosóficos y abrazado firmemente a la verdad revelada por Dios, vive conforme a esas creencias y espera confiado la *revelación* de su futura suerte?

Aun cuando la probabilidad de ambas hipótesis fuera igual, ya hemos visto que sería más *prudente* la actitud del segundo que la del primero. Pero cuando no hay tal igualdad; cuando la tesis espiritualista se demuestra con evidencia, mientras la hipótesis materialista se halla destituida de todo argumento satisfactorio, ¿qué locura no será pasar esta vida como si supiéramos con *certeza*, que no hay al otro lado de ella, nada más?

No hay necesidad de insistir en ello. La insensatez de tal posición, es demasiado evidente. Pero sí hemos de insistir en la meditación de los argumentos que demuestran nuestra futura existencia eterna, para adquirir una seguridad práctica, sensible, acerca de estas verdades; y aguardar la *crisis* de nuestra vida; la gran mutación que ha de realizarse en el fin de ella, como la *revelación* que pondrá a los ojos de nuestra

intuición, lo que ahora sólo alcanzamos por el oscuro camino de nuestros raciocinios intelectuales.

Estos no alcanzan nunca, en el estado presente, esa luminosidad avasalladora de los sentidos; sólo nos ayudan para dirigir nuestra actividad libre, conforme a los dictámenes de la recta razón, en tanto que llega el momento de la *revelación* y amanece en nuestros corazones, en frase de la Escritura, el Portador de la luz.





CONFERENCIA OCTAVA

*

El dogma increíble del catolicismo

1. Suelo insistir mucho, en este género de conferencias, en el carácter razonable, rigurosamente científico, de la fe católica. Nadie jamás se apartó de nuestra santa Religión por motivos científicos o estrictamente racionales. Nuestros *dogmas*, o se demuestran directa y positivamente (como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la sanción eterna, el estado actual de nuestra naturaleza caída, etc.), o por lo menos se demuestran indirectamente, asentando con firmeza los motivos de su *credibilidad* y rebatiendo victoriosamente todas cuantas objeciones se les oponen.

Pero hay un dogma que, sino a la razón científica, ofrece por lo menos una dificultad casi insuperable a la credulidad humana. Un dogma en que, propuesto especulativamente, tal vez no se descubre particular dificultad; pero que, en la práctica, apenas nos cabe en la cabeza, y menos todavía en el corazón.

Este dogma es el que profesamos hacia el fin del Símbolo apostólico, con aquellas palabras; *creo... en el perdón de los pecados*. El *pecado*, el quebrantamiento libre de la ley moral, deja en el fondo del corazón humano una tan profunda herida, una tan intensa amargura (aunque no siempre conscientemente percibida) que el pecador apenas logra convencerse, ni aun por la voz de Cristo que se lo anuncia, de que Dios le perdona, borra su pecado y, en frase de la Sagrada Escritura, lo arroja en el profundo del mar.

¿De dónde nace esta tremenda y funesta dificultad? ¿Cómo se puede vencer? He aquí el argumento de la presente conferencia.

I

Perseverancia de las leyes naturales

2. Dios nuestro Señor, Autor de la Naturaleza, imprimió en ella las *leyes* que la rigen, y deja, de ordinario, que esas leyes se actúen y se cumplan.

Dios pudo no dar el sér a las cosas. Suficientísimo y felicísimo en su infinita y eterna perfección, no tenía necesidad ninguna de crear seres contingentes, ni podía reportar de ellos ninguna utilidad; mas ya que quiso crearlos para manifestación de sus divinos atributos y efusión de su infinita bondad, pudo darles la naturaleza que le plugo, y someterlos a las leyes que libérrimamente eligió.

Entre los infinitos sistemas de seres que se ofrecían a su inteligencia sapientísima, escogió un orden determinado : el de los seres existentes o realmente futuros,

con la naturaleza que efectivamente tienen o tendrán, y las propiedades y maneras de obrar propias de la índole que les dió su Criador.

Antes del decreto creador de Dios, todas estas cosas eran de todo punto indiferentes; no tenían en sí mismas razón suficiente para existir o dejar de existir. Toda su esencia y existencia dependían de la libérrima decisión del Señor soberano, único que *es el que es*, y por ende, *como es*, y en cuya mano está, que todo lo demás sea o no sea, sea de esta manera o de otra diversa.

Pero aun cuando Dios decretó crear las cosas de la manera que son, quedóle siempre sobre ellas un soberano dominio, en virtud del cual puede en todos los instantes suprimir su existencia o modificar su naturaleza, o suspender sus naturales efectos.

Con todo eso, Dios no usa de ese dominio soberano sino en casos raros, precisamente cuando quiere *manifestar* ese dominio soberano e ilimitado que tiene sobre todas las cosas. Esas manifestaciones de la divina *omnipotencia*, son los *milagros* estrictamente dichos: aquellas alteraciones del orden de la Naturaleza, que, excediendo totalmente (ya sea en la substancia o ya en el modo) a las fuerzas de la misma Naturaleza, nos revelan de una manera clara y admirable, la *intervención directa* del omnipotente Creador.

Fuera de esos casos excepcionales y rarísimos, Dios deja obrar las *leyes de la Naturaleza*, con una regularidad y constancia tal, que podemos decir, que su Omnipotencia se *oculta*; como si no fuera ella, sino sola la naturaleza misma de las cosas, la que obra en el Universo. En tanto extremo, que los hombres miopes e insensatos, han llegado a olvidarse de que exista, detrás de esa escena del mundo material y creado, un

Autor soberano que todo lo rige, y se han pegado a las cosas contingentes y a las *leyes* que gobiernan su mutable existencia, como si fueran las únicas realidades, o por lo menos, las únicas causas del mundo fenoménico que nuestra inteligencia humana puede alcanzar.

3. El *hecho* innegable que ha servido de ocasión a ceguera tan perniciosa, es éste: Que Dios deja obrar de ordinario las *leyes naturales*, así las del orden físico-químico como las del orden fisiológico, las del orden económico como las del orden moral.

Por más que el hombre posea una especie de comunicación de la libertad divina, en su libre albedrío; por razón de su cuerpo está sometido a las leyes de la materia y de los organismos vivientes.

Por eso, el que se arroja desde lo alto de una torre, cae y se estrella, aun cuando mientras caía se arrepienta y retracte su voluntad de tirarse y quiera dar por no hecho su crimen y desatino. La ley física de la gravedad se cumple inexorablemente, y en virtud de las leyes del choque, su cráneo se hace pedazos al dar contra las duras piedras.

Ya podrá ser que muchas veces el hombre sea libre de beber o no beber un veneno. Pero si pone el hecho físico, las leyes químicas y fisiológicas siguen su curso, independientemente de su voluntad, y el veneno corroe sus entrañas y hace que reviente, sin que obsten los más desesperados actos de su voluntad en sentido contrario.

El que tiene en su poder un violento explosivo, es dueño generalmente de hacerlo o no estallar; pero si produce el hecho físico suficiente para causar su explosión, deja por el mismo caso de dominar los efectos de ella: las leyes físico-químicas se cumplen infaliblemente y destruyen lo que hallan en su camino, sin

consideración a cualesquiera intenciones o disposiciones morales del temerario autor.

No hay para qué detenernos en materia tan evidente y conocida : el que abusa de su salud la pierde, por muy disculpables que sean moralmente sus excesos. El que engendra hijos les transmite de ordinario los vicios de su temperamento, y no menos ciertas enfermedades contagiosas o hereditarias. Las leyes fisiológicas siguen su curso, como siguen el suyo en el firmamento los cuerpos celestes, sin consideración a los humanos sufrimientos.

Y lo mismo se observa en las leyes económicas, y en las demás que presiden al funcionamiento de todos los objetos u organismos naturales.

Tentar a Dios

4. La Religión Católica cuenta con esta *permanencia de las leyes naturales* (fundada ciertamente en la libre voluntad de Dios), tanto que considera como un *pecado*, que llama *tentar a Dios*, toda acción deliberadamente cometida con el presupuesto de que Dios va a suspender en gracia del temerario alguna de las leyes de la Naturaleza.

No excusa de este pecado ninguna razón; vgr., si para evitar una ocasión de pecar, se arrojase uno por una ventana de tal altura, que era indudable, conforme a las leyes de la gravedad y del choque de los cuerpos, que había de romperse la cabeza. Si semejante acción se practicara con deliberación perfecta, sería pecado de tentar a Dios y verdadero *suicidio*, sin que excusara de ello la intención santísima de huir de la ocasión de pecar.

La causa es, que ninguna ocasión *externa* de pecar es absolutamente inevitable; y por tanto, aunque es santo y debido perder la vida por no cometer un pecado contra Dios, no lo es quitársela por huir una *ocasión* de pecar, que ni es pecado, ni induce *necesidad* de pecar, sobre todo cuando es tan involuntaria como lo demostraría la resolución de exponerse, por huir de ella, a un cierto peligro de la vida. Si el peligro de muerte no fuera cierto, sí se podría arrostrar, en caso extremo, para huir una ocasión grave de pecar; pero el que se lanzara a una muerte cierta conforme a las leyes naturales, pensando que Dios había de suspenderlas por consideración a su buena voluntad, éste *tentaría a Dios*.

Tal sucedía en las antiguas *ordalias*, nacidas de la superstición pagana, y conservadas por ignorancia de los pueblos rudos, en los *juicios de Dios* de la Edad Media.

¿Por qué, el inocente que se veía acusado inicua-mente, y no tenía otro medio de echar de sí la infame acusación, no podía lícitamente exponerse a aquellas pruebas? Porque se suponía que, para probar su inocencia, *debería* Dios interrumpir el curso de las leyes naturales, haciendo que el fuego no abrasase o el agua no anegase, etc.

Es, pues, doctrina constante y práctica de la Iglesia Católica, que Dios, aunque es Autor y Soberano Señor de la Naturaleza, deja obrar conseqüentemente las leyes naturales, de manera que nunca podemos contar con que hará excepción en ellas, aunque sea para atestiguar nuestras virtudes o santas intenciones.

Esta *permanencia* de las leyes de la Naturaleza, decretada *a priori* por Dios al crear el Universo, explica muchedumbre de cosas, que la superstición herética pretende explicar por soñadas razones.

Delirios espiritistas

5. Los *espiritistas*, vgr., siguiendo en esta parte los delirios de los Origenistas y de los brahmanes, creen no poderse explicar las *desigualdades* inculpables entre los hombres, sino apelando a sus culpas cometidas en una existencia anterior.

No tratamos ahora de rebatir su error, el cual, fuera de contener una afirmación gratuita cerca de esas vidas precedentes, no sirve para explicar lo que pretende; pero además de gratuita, es una hipótesis totalmente innecesaria; ya que las *desigualdades inculpables* se explican suficientemente por la *constancia de las leyes naturales* establecidas por Dios, y *nunca* constituyen a ningún individuo en la *imposibilidad* de lograr su último fin.

¿Por qué, decís, dos niños nacen con tan enorme desigualdad de bienes físicos? ¿El uno sano y dotado de temperamento excelente, y el otro raquítico y lleno de lacras hereditarias? ¿Qué culpa tuvieron los hijos en los pecados de sus padres, para nacer, éste degenerado por el alcoholismo paterno, aquél infectado por la sífilis hereditaria?

Ciertamente; en esta herencia no se transmite la culpabilidad *moral*; pero Dios estableció la ley fisiológica, en virtud de la cual, el hombre arruinado por sus excesos, no puede engendrar un hijo sano, sino afectado por las miserias o degeneraciones que los vicios paternos causaron en la savia vital que le transmite.

Los niños que nacen jorobados, cojos, idiotas, no sufren precisamente un *castigo*, pues éste no cabe donde no hay culpabilidad. El castigo recae tal vez

sobre los causantes de estas desgracias físicas; pero los inocentes sufren sencillamente la resultante de leyes físicas o fisiológicas universalmente establecidas por el Autor de la Naturaleza.

Lo propio acontece con las leyes económicas y morales. Los padres haraganes o faltos de previsión o tino, se empobrecieron, y fueron causa de que sus hijos nacieran en la pobreza. Mero resultado de leyes económicas. Los padres ignorantes o inmorales, constituyen para sus hijos un ambiente de rudeza e inmoralidad, que impide su desenvolvimiento intelectual y moral. Mera resultante de leyes naturales.

6. Pero ¿por qué hace Dios que nazca un sér humano en tan adversas condiciones? — Sencillamente : porque en esas adversas condiciones se han puesto los actos naturales en circunstancias en que las leyes de la Naturaleza debían producir la generación.

Dios estableció esas *leyes*, y las deja obrar; no interviene en su dirección ni la altera ordinariamente, por más que ninguna cosa se realiza en el Universo sin que Él coopere, con la conservación de los agentes y el concurso positivo a sus acciones.

Lo que hay es, que Dios *ordena* después esos resultados, más o menos anormales, de las leyes naturales, ocasionados por desviaciones voluntarias o complicaciones de la concurrencia de diversas leyes. Esto es lo que sabemos fijamente por la fe, y aun antes de ella nos lo hubiera enseñado la razón que forma un concepto digno de Dios.

Dios *permite* que un sér humano, por efecto de las leyes naturales, nazca contrahecho o en circunstancias desfavorables para su desenvolvimiento físico, intelectual o moral; pero *no abandona* a ese hombre, sino le asiste con una serie de gracias y dones, natu-

rales y sobrenaturales, *suficientes* para que realice el curso necesario de su vida moral y consiga su *último fin*. Eso no permite Dios que se niegue a ninguno, por muy adversas que hayan sido las leyes naturales a su nacimiento y desarrollo. Acerca del *hecho*, no siempre tenemos suficientes medios de información; pero la *ley*, nos la descubre la fe cristiana, y nos la indica el mismo concepto de Dios, a que pertenece su perfección moral absoluta y, por ende, su perfecta *justicia*.

Igualdad substancial

7. Por encima de las más estupendas desigualdades naturales, fisiológicas, económicas, intelectuales y sociales, subsiste una *igualdad substancial* entre todos los hombres. A todos propone Dios un mismo fin último, y a todos da *luz* y fuerza suficientes para alcanzarlo. A todos dirige de un modo inteligible aquellas palabras del Eclesiástico, que tantas veces hemos repetido: «Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que le pluguiere, eso se le dará» (XV. 14-18).

El *cómo* se realiza esa iluminación e intimación de Dios a *cada alma*, no se nos alcanza siempre. En los hombres normales lo percibimos con bastante claridad; en los anormales físicos o sociales, muchas veces escapa a nuestra percepción. Pero la fe nos lo asegura y no hay razón ninguna que nos lo disuada. *Ignoramos cómo* se realiza en muchos casos; pero el no saber cómo, no puede nunca ser argumento demostrativo de la negación.

San Juan dice de Cristo, que *era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este*

mundo. A todos ilumina con la luz natural de la *razón*. Si alguno no llegara a divisarla, no sería sér moral, y debería equipararse a los niños que mueren antes de abrir los ojos a la luz física.

Ni puede oponerse que, en algunos, aunque llega a amanecer la luz de la razón, no pasa nunca del crepúsculo, o por lo menos, no llega al claro día, ya sea por defecto físico, ya por extremada rudeza intelectual y social. A cada uno se le pedirá *solamente* que responda de lo que se le dió; y a esos seres miserables, que a nuestros ojos fluctúan entre la condición humana y la del bruto, desde el momento que su razón es suficiente para hacer de ellos seres *morales*, Dios los medirá con arreglo al valor de aquella limitada moralidad, que la resultante de las leyes físicas produjo en la constitución anómala de su ser.

Y no se olvide que, además de esa luz puramente natural, tan varia en el grado de su claridad, hay en el hombre otras luces; las inspiraciones y mociones internas que Dios envía a *toda* alma humana, y las gracias sobrenaturales con que la atrae al camino que puede conducirla al fin para que la crió.

8. Pero no hay para qué nos detengamos más en la consideración de estos casos anormales o infranormales. Lo único que queríamos poner en limpio, y que resplandece en todos los casos, es esta verdad: que Dios, *autor de la Naturaleza*, deja que obren con maravillosa constancia, en ella, las *leyes naturales*; a excepción del número, relativamente reducidísimo, de casos, en que se reserva intervenir por el *milagro*, para llamar la atención de los hombres acostumbrados a ver cumplirse las leyes naturales, como si fueran cánones inquebrantables del Universo, y hacer perceptible su divina presencia y poder.

Ahora bien; como el hombre está tan habituado a ver cómo se cumplen siempre regularmente las leyes de la Naturaleza, su cumplimiento le llega a parecer algo imprescindible, y hacerle refractario a admitir, sin evidencias del todo convincentes, el caso de la suspensión de alguna de las leyes, física o moral. Mas una de las leyes morales del mundo es, que a la culpa debe seguir una pena; que la infracción de la ley moral reclama su sanción. Por eso, ninguna cosa hay más difícil de creer, para el hombre que tiene conciencia de haber pecado, que esta afirmación, por otra parte tan consoladora : que Dios *le ha perdonado*.

La *experiencia* nos demuestra la gran dificultad que ofrece esta creencia; y la razón nos descubre las causas de esa dificultad.

II

El milagro moral

9. El hombre está acostumbrado a ver que las Leyes naturales se realizan inexorablemente. De nada sirve, al que se ha arrojado desde una torre, arrepentirse vehementemente mientras va por el aire, para dejar de estrellarse en cuanto llega al suelo. De nada sirve al que tomó un veneno, el tardío arrepentimiento que experimenta cuando siente los dolores de la intoxicación. De nada sirve al que puso fuego a una mecha, tirarse los cabellos cuando prevé la explosión desastrosa que se va a producir. Las leyes naturales siguen su curso a pesar de todas nuestras protestaciones y retractaciones morales.

¡Cuán amargamente no se arrepienten, los que por una imprudencia temeraria han comprometido su salud, la salud o fortuna de sus hijos, de sus mujeres o familia! Pero ¿de qué aprovechan esos arrepentimientos tardíos, para detener la acción de las leyes de la Naturaleza? Hay en éstas una especie de fatalidad mecánica. Aun cuando dependen siempre de la voluntad de Dios, que puede intervenir en cualquiera momento para suspender sus efectos, de hecho, Dios no interviene sino en casos rarísimos y enteramente excepcionales, *milagrosos*.

Cuando el milagro se realiza, hiriendo nuestros sentidos con lo imprevisto, lo sobrenatural, los hombres se sobrecogen, salen de sí y se rinden a la evidencia, postrándose ante el Poder soberano que manda sobre la Naturaleza. Pero cuando no nos arrebatara esa evidencia de los sentidos, la constante experiencia de que las leyes naturales se realizan, nos hace incrédulos para imaginar que en un caso determinado dejarán de cumplirse.

De ahí nace la dificultad que experimenta el pecador, para creer que sus pecados le han sido perdonados.

El hombre conoce, mejor aún y más evidentemente, que las leyes físicas, la *Ley moral* que lleva escrita en el fondo mismo de su conciencia. Al obrar contra esa ley, tiene claro conocimiento de que contrae una *responsabilidad*. Podrá, en el momento en que las pasiones tiñen las cosas del color que les place, disimularse la gravedad del reato que contrae, y hasta imaginarse fuerte para tolerar la pena correspondiente. Pero pasada aquella breve embriaguez, experimenta sin rebozo el sentimiento de la responsabilidad. Sabe que una ley del Universo ha sido quebrantada, y

aguarda, con encogimiento más o menos perceptible, pero siempre con desazón interior, que caiga sobre él el peso de la ley infringida.

Cuando a ese hombre se le dice : levanta la cabeza ; no temas ; Dios te ha perdonado ; experimenta de una manera semiconsciente, la misma impresión que, si al que ha tomado un veneno, le aseguraraís que ningún daño le ha de hacer. ¿Lo creería fácilmente? ¿Dejaría por ello de angustiarse, o, si estuviera en su mano, de tomar un contraveneno u otras precauciones semejantes. No es creíble. Sabe muy bien que las leyes naturales se cumplén, y que, quien se pone imprudentemente bajo su filo, experimenta a su costa todo su rigor. Y contra esto no le tranquiliza la *posibilidad* de que Dios haga un *milagro*.

Los *milagros* no se suponen nunca ; es menester que se demuestre su realidad, y que se demuestre de una manera muy fidedigna ; de lo contrario, no hay que pensar que hallarán fe. Pues, de la *regla* (que es el cumplimiento de las leyes naturales) nos consta con mucha certeza, por la experiencia cotidiana ; y por ende, es necesario demostrarnos, con no menor certeza, la realidad de la excepción.

10. A esto se agrega la experiencia actual de los efectos *temporales* del pecado, los cua'es no se suspenden por la penitencia ni por la absolución.

El jugador que ha perdido, en una noche de frenesí, su fortuna y el pan de sus hijos, aunque al amanecer el día siguiente, se arrepienta y confiese su pecado, y escuche la palabra de absolución que le dice el ministro de Dios, no por eso se libra de sus males económicos. Se halla cara a cara con la miseria, con la indigencia de las cosas necesarias ; con sus hijos que le piden pan, y con su bolsillo vacío, y su crédito perdido, que le niegan

los medios para procurárselo. ¡Cuánto le costará persuadirse de que Dios le ha perdonado su culpa!

Su pecado ha producido dos efectos : uno temporal y otro espiritual. El temporal está ahí presente, sensible, doloroso, a pesar de la amargura de su remordimiento, a pesar de sus actos de contrición, arrancados del alma en la presencia de Dios. Con todo eso, el confesor le ha dicho que le *absolvía* del pecado, y la fe le dice, que esa absolución ha sido ratificada por Cristo en el divino tribunal. Pero este efecto es de fe : es una cosa que *no se ve*; al paso que su causa, la culpa, está vivamente presente en la conciencia, y el efecto temporal está delante de los ojos... ¡Cuán difícil ha de ser, abrazar vivamente la verdad que *no se ve*, contra la realidad de lo *que se ve*!

Esta es, a mi modo de ver, la segunda razón que hace difícilísimo, persuadirse de una manera eficaz, perfecta, del perdón de nuestros pecados, que se nos da por la penitencia y por la absolución del confesor.

No sólo hay el testimonio de la conciencia, que nos representa nuestra transgresión, sino el testimonio de la experiencia externa, que nos echa a la cara los efectos temporales, que casi siempre siguen al pecado. Y contra esos dos testimonios vivos, urgentes, sensibles, no tenemos más que la voz de la fe, que nos asegura que Dios puede y quiere perdonarnos por el medio instituido por El en la Iglesia.

11. El perdón de los pecados es un verdadero *milagro* : una suspensión de la *Ley* eterna, que reclama que el culpable sufra la entera sanción de su pecado; por consiguiente : que quien voluntariamente, libremente, conscientemente, renunció a la amistad de Dios, sufra su enemistad; que quien renunció a su eterna felicidad, carezca de ella; que quien desafió a la divina

Justicia, caiga bajo el filo de su venganza. Esto pide la Ley moral con tanto apremio y necesidad, como la ley de la gravedad exige que caiga quien abandonó sus condiciones de equilibrio... Con todo eso, esa ley queda en suspenso por una intervención misericordiosa de la divina Bondad. De suerte que se realiza un verdadero milagro, como si se suspendiera la ley de la gravedad, de manera que, el que se arrojó desde una torre no llegara al suelo, sino se quedara suspendido en el aire.

Ni se puede decir que esa ley de justicia, que determinaba la caída, ha quedado contrarrestada por el arrepentimiento; y que por tanto no hay milagro, sino efecto natural; como si el que se arrojó desde una torre, fuera interceptado y recogido por una red tendida en el aire.

En realidad, no se suspende aquí una ley por la interposición de otra ley del mismo orden; pues aunque la transgresión de la Ley moral por el albedrío humano, es causa adecuada para asestar contra el hombre la sanción de la divina Justicia, ni el arrepentimiento del culpable, ni la absolución del ministro de la Iglesia, ni aun la intercesión de toda la Iglesia misma, son causa suficiente para obtener el perdón. La única causa de éste es la *misericordia* de Dios; esto es: la intervención inmediata de Dios, que suspende los efectos, que debían haber producido, por virtud del acto humano, las leyes eternas de su divina Justicia.

Por esto se puede decir con toda verdad, que se trata de un *milagro*; sino que, a diferencia de otras intervenciones divinas, a que solemos reservar este nombre, no hay aquí ninguna manifestación sensible del efecto que se produce; y de ahí nace cabalmente la dificultad que tiene el pecador para creer con toda se-

guridad en su perdón, y recobrar perfectamente la paz interna que había perdido, por la conciencia de su culpa y responsabilidad.

12. En realidad, sería totalmente increíble el dogma del perdón de los pecados, si, con una consideración parcial de la verdad católica, pensáramos que la divina Misericordia perdona simplemente, por el humano arrepentimiento, la eterna sanción exigida por la divina Justicia. En ello habría más que un milagro, donde la Omnipotencia suspende una ley física. Pues evidentemente, es más suspender la acción de un atributo divino, que la de una cualidad natural de las cosas materiales.

Por eso, para entender el dogma del perdón de los pecados, no podemos prescindir de otro dogma fundamental, que le sirve de base; es a saber : del dogma de la *satisfacción infinita de Cristo*.

III

La Redención

13. No se interrumpe, por el perdón de los pecados, la eterna ley de armonía que rige el Universo; la fuerza de la divina Justicia, que por el pecado se había desatado contra el quebrantador de la Ley moral, no se pierde en el vacío, sino se transforma.

En el mundo material, la energía física no se pierde, pero puede transformarse. El peñasco que caía arremetidamente por una pendiente, al ser detenido por una roca inmovible, no anula su movimiento, sino lo transforma en calor. Asimismo sucede en el orden moral.

La culpa; el quebrantamiento de la ley moral por el abuso de la libertad humana, exige una *sanción* proporcionada; una sanción que, si hubiera de ser satisfecha por el hombre, no podría ser otra que la pena eterna del infierno. Pero he aquí que ese movimiento arrebatado de la Justicia divina, en vez de chocar contra el hombre culpable, choca con los merecimientos infinitos de Jesucristo Redentor; y entonces, en vez de manifestarse en una pena eterna, se trueca en una infinita misericordia; en ese calor vivificante que sale del Corazón herido de Jesús y se comunica a todo el mundo.

Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculatae sunt. La misericordia y la verdad divinas se salieron al encuentro, y la justicia y la paz se dieron un ósculo de reconciliación. Todas las fuerzas del Universo quedaron equilibradas, todos los atributos divinos se manifestaron con igual esplendor. La Justicia ultrajada, se satisfizo con los padecimientos de un Hombre-Dios, que mereció con ellos el perdón a todos los hombres pecadores, de quien es Cabeza en cuanto Hombre, y Señor en cuanto Dios; y la Bondad divina dió de sí la más espléndida manifestación, aceptando los méritos infinitos de un Justo, en vez de las penas eternas de los culpables, unidos a él con solidaridad de humana naturaleza.

Esta es la verdadera razón; la causa íntima, del perdón de los pecados. No anula Dios, Autor de la armonía universal, los derechos de su Justicia. No deja interrumpirse, por el abuso de la humana libertad, la armonía del Universo; pero contrarresta un demérito con un mérito mayor; todos los deméritos de todos los pecadores, con el mérito infinito de Cristo; y el ímpetu de la divina venganza, se transforma, consiguientemente, en un impulso infinito de misericordia; y se restablece

la armonía y se realiza en el orden moral una soberana *paz*.

14. Pero todo esto pertenece al orden puramente espiritual y sobrenatural, del que ninguna noticia nos dan nuestros sentidos y potencias naturales, y del cual no pudiéramos tener noticia ninguna sino por la divina revelación; ni alcanzamos certeza, sino por la fe. Mas como aquí tropieza la fe con una persuasión natural contraria, de ahí nace la gran dificultad de este soberano dogma.

El mismo Señor, nuestro Redentor amorosísimo, conoció esta dificultad, y procuró vencerla con aquellas palabras tan eficaces que solía decir a los pecadores arrepentidos: *Confide, filia, remittuntur peccata tua*. Ten confianza, hija; se te perdonan tus pecados. ¿Qué es más fácil (dice a los incrédulos fariseos), decir a este parálítico: perdonados son tus pecados; o decirle: toma tu camilla y anda? Para que, pues, entendáis que tiene el Hijo del hombre potestad para perdonar los pecados, (dice al parálítico): levántate, toma auestas tu camilla y vete a tu casa (Marc. II, 11).

Para arrancar de nuestro corazón esa desconfianza que deja el pecado, inventó Jesús aquella preciosísima parábola del *Hijo pródigo*; el cual, sintiéndose culpable *ante el cielo y ante su padre*, no piensa siquiera en la posibilidad de ser restituído en su lugar de hijo, en la casa paterna, sino conténtase con vivir en ella como uno de los mercenarios que están a su servicio. Y el Señor nos pone ante los ojos (más que narra) aquel tierno contraste entre la desconfianza del hijo y la misericordia del padre, que corre a abrazarle, se apresura a cubrirle con su manto, y manda restituírle su primer vestido, su calzado y anillo nobiliario, y sobre esto, celebrar un gran banquete para regocijarse por haber

recobrado a aquel hijo perdido. Y añade el Señor aquella sentencia, incomprensible para el humano sentido: Que habrá en el cielo mayor alegría por la penitencia de un pecador, que por noventa y nueve justos que no necesitan de ella; como nos produce mayor alegría el hallazgo de una alhaja que habíamos perdido, que la posesión de muchas otras que pacíficamente conservamos.

El Purgatorio

15. No queremos terminar sin advertir, que profesa la Iglesia católica otro dogma que no poco ayuda para creer en el del perdón de los pecados por la penitencia. Este dogma es el del *Purgatorio* en que se expían las penas temporales debidas por los pecados veniales, y los reatos remanentes después de obtenido el perdón de los mortales cuanto a la culpa y la pena eterna.

En el pecado mortal; en el quebrantamiento enteramente deliberado, voluntario y libre, de la ley divina, hay algo cuya satisfacción excede las fuerzas del hombre: la ofensa divina, con sus aspectos de *infinidad*.

Pero hay también *algo* que el hombre *puede* pagar; es a saber: un reato de pena temporal, con la cual justamente se aflija al que injustamente se deleitó con el *hurto vacío* del pecado, como dijo un poeta gentil (Virgilio).

Esta pena del Purgatorio, no sólo es *justa*, sino en cierto modo *moraliza* al pecador arrepentido y le hace más creíble su perdón.

Como un hombre pobre, por quien responde un fiador rico con su hacienda; si tiene *algo*, no puede honestamente dejar de contribuir con ello al pago de su deuda; el pecador a quien se le han perdonado la

culpa y pena eterna por los merecimientos de la *pasión* de Cristo, debe, en ley de honradez, contribuir con lo poco que tiene y puede, a llenar la paga : ya sea con penitencias voluntariamente tomadas o aceptadas en esta vida, ya sea con las penas del Purgatorio, sufridas en *caridad* de Dios, en la vida futura.

Es verdad que esa deuda se puede también extinguir por las *indulgencias*. Pero éstas no se ganan sin algún esfuerzo o sacrificio (siquiera sea mínimo, vgr., rezando ciertas oraciones) y sobre todo, con el obsequio de nuestra fe y *confianza* en la misericordia de Dios que, por su Iglesia, nos brinda esos perdones.

16. Los protestantes dirigieron al principio todas sus baterías contra el dogma del Purgatorio y las indulgencias. No puede concebirse mayor ceguedad. La dificultad del espíritu humano no está en creer en el Purgatorio, o en el Infierno; sino en creer de una manera firme y segura, *que Dios le ha perdonado* sus pecados. Y esto se facilita en el Catolicismo, con esos dogmas, que disminuyen a nuestros ojos, la desproporción entre la culpa y la penitencia; el aparente desequilibrio que surge del perdón de los pecados, cuya gravedad exigía la manifestación de la divina Justicia en una pena eterna.

La razón fundamental del *equilibrio* es, como dejamos indicado, el valor infinito de la *pasión* de Cristo, que pagó, inocente, por todos los culpables; pero ese equilibrio se acaba de establecer con perfecta paz, mediante los sufrimientos del mismo penitente, ya sea que los tome por su mano, con maceraciones y penalidades voluntariamente admitidas, o ya acepte con este espíritu humilde las enfermedades y contrariedades que Dios le envía sin su voluntad, o finalmente, procure ir pagando sus deudas con la adquisición de indulgencias;

no prometiéndose sin embargo, una remisión *absoluta*, sino viviendo con ánimo resignado a satisfacer en el Purgatorio el resto de sus deudas; como el Hijo pródigo volvía a la casa paterna, preparado a trabajar en ella como un humilde mercenario : Señor, no soy digno de llamarme hijo vuestro; mas tomadme como uno de vuestros criados.

Este es el verdadero espíritu católico : espíritu de humildad y resignación, de donde nacen la paz y segura confianza en la misericordia de Dios, que ha perdonado nuestras culpas y si nos castiga como Padre, no nos condenará como severo Juez.





CONFERENCIA NOVENA



Psiquiatría

I

El hombre criado para la felicidad

1. El hombre ha sido creado para la *felicidad*. Dios le ha puesto en este mundo como en un palenque, donde, con el buen uso de su libertad, venza y gane a punta de lanza esa felicidad a que le destina. *Certamen dedit illi ut vinceret*. Dios ha ofrecido al hombre un certamen, no para que peligre, sino para que venza; pues siempre está en su mano el vencer, mediante la gracia de Dios, que jamás se le niega.

Esta verdad fundamental: que el hombre ha sido criado para la felicidad, se pierde algunas veces de vista, porque el Catecismo no emplea la palabra felicidad, sino la de *salvación*. En el fondo, es lo mismo; pero se dice *salvación*, para ponernos ante los ojos el riesgo en que vivimos de perder la felicidad para que Dios nos crió, por estar vinculada su consecución, al uso que hiciéremos de nuestra libertad.

Pero hay más : Dios no había criado al hombre solamente para que consiguiera una felicidad eterna, definitiva; sino también para que gozara en este mundo una vida feliz. Dios puso a nuestros primeros padres en un paraíso de delicias, del cual el humano linaje no fué desterrado sino por su culpa; y Jesucristo Nuestro Señor, aunque no nos ha restituído aquel Paraíso primero *terrenal*, nos ha dado las llaves de otro paraíso *espiritual*, donde podemos penetrar por el ejercicio de nuestra santa Religión, y del que no nos excluye solamente la culpa de origen con que nacemos, sino mucho más los pecados, ignorancias e inconsciencias en que vivimos.

Dios crió al hombre por el solo impulso de su infinita Bondad. Le creó para la felicidad; y aun después que él la perdió una vez, quiere devolvérsela; quiere seriamente que seamos felices; no de aquella manera que lo hubiéramos sido en el estado de la inocencia y justicia original en que nos formó, pero sí en alguna manera, para esta vida mortal, equivalente, y muy superior para la vida inmortal y futura.

Es, pues, necesario que consideremos con toda la atención que merece, este problema de nuestra felicidad temporal, que ha de ser camino para nuestra felicidad eterna.

Doble elemento de la felicidad

2. La felicidad comprende dos elementos integrantes : uno negativo y positivo el otro. Es elemento negativo o prerrequisito de la felicidad, la *exención del dolor*; pues, todo cuanto nos da dolor, se opone a que gocemos una perfecta felicidad, la cual consiste *positivamente* en que cada una de nuestras facultades

goce el bien que le es propio, y que obtiene con la posesión de su particular objeto.

Comenzando, pues, por el aspecto negativo de la felicidad, hallamos, que todo cuanto contraría a las leyes de nuestra naturaleza, nos produce dolor; por lo cual, para vivir felices, es prerequisite indispensable, que vivamos conforme a las *leyes de nuestra naturaleza*.

El dolor físico

3. Que todo cuanto quebranta alguna ley de nuestra naturaleza *física* nos causa dolor, asimismo físico, cosa es tan clara, que basta una ojeada a nuestra vida ordinaria para convencernos de ello.

Nuestros tejidos sufren un continuo trabajo de desintegración y una correlativa necesidad de reintegrar continuamente lo perdido, para lo cual requieren el alimento. La falta de este alimento nos produce *dolor*; ese dolor que llamamos *hambre*, y que todos los animales evitan con tanto ahinco, buscando su proporcionado sustento.

La perpétua combustión que se opera en nuestro organismo, disminuye su humedad, necesaria para su perfecto ser; y así, si no acudimos a restablecer sus líquidos, sufrimos el dolor de la *sed*.

Las reacciones químicas que se realizan en nuestras células orgánicas, necesitan una temperatura determinada. Desde el momento que la atmósfera que nos rodea aumenta esa temperatura o la disminuye más allá de lo que la ley de nuestro organismo reclama, padecemos los dolores que se llaman *calor* y *frio*.

Y por manera semejante : cuando un hueso está fuera del sitio que por la naturaleza le corresponde;

cuando se mezcla un líquido diferente con los líquidos de nuestro cuerpo, o se introduce entre sus tejidos un cuerpo extraño; sufrimos dolor, a veces por extremo vivo : el dolor de un veneno que corroe las vísceras, el dolor de una espada que divide los miembros; y por esta manera, todo lo que interrumpe o contraría las leyes físicas de nuestra naturaleza, nos causa dolor físico.

Estas son cosas tan conocidas, que ya nos habremos acarreado, por detenernos en ellas, la reprehensión de prolijidad o impertinencia. Con todo eso, hay necesidad de insistir en estos fenómenos tan familiares y conocidos, para hacer paso a otros no menos reales y ciertos; pero en que nuestra atención suele parar mucho menos, y que aun a veces escapan enteramente a la esfera de nuestra conciencia.

El dolor moral

4. El hombre no es solamente sér físico, sino también sér *moral*. Por ende, no está sujeto solamente a las leyes de la naturaleza física, sino también a la *Ley moral*¹. De donde deberíamos inferir *a priori* que, cuando quebranta la Ley moral : esa ley de su naturaleza específica, debe sentir algún *dolor* o pesadumbre.

La Ley moral exige la *conformidad* de nuestras acciones con nuestra naturaleza *racional*. En toda acción inmoral, fuera de otros respetos, hay siempre éste : que contraría a nuestra racional naturaleza. Es, pues, evidente, que tales infracciones deben causar dolor al hombre en quien la naturaleza racional no se ha borrado enteramente; esto es : en el que no ha dejado de ser *hombre*.

Las infracciones enormes de la Ley moral, producen

1 Cf. *Nuestra fe*, Conf. VI.

en efecto ese dolor, que en sus grados agudos se llama *remordimiento*. Todo hombre que se siente culpable de un crimen, experimenta ese dolor del alma, que se llama, con expresiva denominación, *remordimiento*, porque no parece sino que la conciencia le muerde insistentemente, causándole vivo dolor, y no dejándole gozar de interna paz. Pero la intensidad del remordimiento está en razón de la sensibilidad de la conciencia y de la gravedad de la infracción moral.

Hay quebrantamientos de la Ley moral : de esa ley impresa en nuestra misma naturaleza consciente, que, o por el embotamiento de ésta, o por la menor gravedad de ellos, no llegan a producir ese dolor incisivo y distinto, que se llama remordimiento; sino limitanse a causar un interno malestar o desabrimiento. Acontece en esto como en lo físico, donde un veneno activo produce dolores agudos; pero un manjar indigesto, aunque no es menos contrario a la naturaleza y estado del estómago, no causa dolor vivo, sino malestar, pesadez, inhabilidad para el trabajo y la acción humana. Entre la indigestión y el envenenamiento, la diferencia es muchas veces de *más* o *menos*. En realidad, uno y otro pueden acarrear la muerte; y la razón de ambos es una misma : la contrariedad entre el manjar y la naturaleza o estado del aparato digestivo.

Una cosa enteramente parecida acontece en lo moral. El quebrantamiento de la ley, que unas veces produce el vivo torcedor del remordimiento, otras no es tan agudo, y causa sólo interno malestar, el cual emerge unas veces a la superficie de la conciencia, de manera que nos damos cuenta de ambas cosas : del dolor que sentimos y de la causa que lo produjo; otras, queda en las regiones sombrías de lo que llaman ahora *sub-consciencia*. Nos sentimos *mal*, pero no nos

damos cuenta de ello. Unas veces ignoramos nuestro mismo dolor, y con más frecuencia, lo atribuimos a una falsa causa. En cada caso particular, no siempre es fácil hacer luz, pero en general podemos establecer con toda certeza que, semejantes *desabrimientos*; semejante *malestar* anímico, debe o *puede* originarse de los quebrantamientos de la Ley moral.

Pero este mismo malestar se presenta bajo dos aspectos diferentes, conforme a la índole o al estado actual del individuo.

Unas veces se manifiesta como *depresión*, tristeza, caimiento de ánimo, pesimismo enervante; otras como *sobreexcitación*, inquietud, afán de movimiento y de impresiones externas.

Sobreexcitación

5. Todos conocemos esa inquietud característica de la generalidad de nuestros contemporáneos, y la achacamos a las circunstancias exteriores del ambiente social que nos rodea. El mundo lleva una cantidad de movimiento incomparablemente mayor que en las épocas pasadas. La trepidación de las máquinas, el hervor de las calderas y la velocidad de los motores, parece que se ha pegado a toda nuestra existencia individual y social. En el individuo, la irritabilidad nerviosa predomina sobre las otras fuerzas, más lentas en su manifestación, que caracterizaban a los hombres de otros tiempos. Se vive *al vapor*. El ritmo lento de la vida antigua nos parecería ahora desesperante.

En todo esto puede haber sin duda una especie de contagio de las energías y velocidades de la industria moderna. Nos hemos acostumbrado al tren expreso y al rápido automóvil, y toda lentitud se nos hace intolerable. Pero fuera de estas causas puramente exter-

nas, y del nerviosismo que aflige a los temperamentos criados en las grandes ciudades, llenas de movimiento y ruido; no se puede negar que, muchas veces, la raíz más honda de esa inquietud que hace imposible la tranquila paz y la serena felicidad, se halla en el fondo del mismo ánimo, lamentablemente inquieto. El ánimo se ha salido de su centro, que es Dios, la conformidad de nuestras acciones con la voluntad de Dios, intimada por la voz de la conciencia; o lo que es lo mismo, el cumplimiento de la Ley moral; y por eso, perdidas las condiciones naturales de equilibrio, necesita moverse velozmente para no caer.

Ocurre a esas almas lo que acontece al hombre que, en su movimiento, ha perdido el equilibrio; el cual necesita continuar corriendo para no dar consigo en tierra. Muchos de nuestros contemporáneos necesitan vivir en continua actividad exterior, pasando vertiginosamente de los negocios a las diversiones; de los placeres bulliciosos al torbellino de las ocupaciones, para no hallarse solos consigo, cara a cara con su conciencia, que, en cuanto puede hacer oír su voz, les echa en rostro sus culpas, y sólo parece que calla, cuando su voz se ahoga entre los ruidos ensordecedores de las máquinas crujientes o las carcajadas estentóreas.

6. Conocimos en nuestra juventud un caso típico de esta clase de anormalidad moral. Era un joven entregado a los vicios y llegado a tal grado de *desolación* espiritual, que, cuando terminado un bullicioso día de ocupaciones y diversiones, se hallaba finalmente solo consigo mismo al recogerse a su casa, tenía necesidad de embriagarse y privarse de la razón, para huir sus desesperados reproches y no caer en la tentación de poner fin, con el suicidio, a su intolerable amargura interior.

No todos llegan a este extremo, pero indudablemente, hay un gran número de personas que, al sumergirse en la corriente rápida del negocio y de las diversiones, van, más que buscando el deleite, huyendo de sí mismos, huyendo como en otro tiempo Caín, de hallarse cara a cara con Dios, cuya ley sienten, más o menos conscientemente, haber infringido; infringir habitualmente con su forma de vida.

Depresión

7. No es raro que estos tales acaben por caer en el extremo contrario, de la depresión y desfallecimiento. Pero en muchos otros es ésta la forma inicial con que se manifiesta su desequilibrio moral. Esto ocurre frecuentemente en niños, produciendo en ellos encogimiento de ánimo, retraimiento del trato aun de sus compañeros, y conduciendo a veces a un estado declaradamente patológico; a las fobias, la psicastenia y a la histeria infantil.

E. Meumann¹ habla de esta afección morbosa producida a veces en algunos niños por la conciencia de la culpa, y origen de toda una serie de fenómenos patológicos.

Puede suceder, dice, que un niño, por cualquiera ocasión, haya cometido una falta grave (o que le parezca tal), cuya memoria llega a hacérsele intolerable. Cuando se trata de niños de alguna edad, puede acontecer que ese recuerdo sea insufrible para su propia estima y conciencia de su dignidad. Al propio tiempo rehuye toda manifestación de aquel hecho que pesa sobre su conciencia, y oculta su acción, no menos a los

1 Vorlesungen zur Einführung in die experimentelle Paedagogik und ihre psychologischen Grundlagen, I, 641 y sigs.

compañeros que a los mayores. Entonces puede acaecerle una de dos cosas: o que sufra física y moralmente bajo la penosa recordación que tiene de su falta, o que se produzca una *exclusión* patológica de aquella memoria y de todos los demás recuerdos con ella conexos. Aquel conjunto de intolerables representaciones de su fantasía, sale enteramente de la esfera de su conciencia y (aposentado en la conciencia subliminal o subconsciencia) produce síntomas de más o menos graves enfermedades nerviosas, especialmente del género histérico.

Toda la vida voluntaria y sentimental del individuo que padece esa *exclusión*, aparece gravemente apesgada. Reina en él un estado de depresión, se debilita la energía de la voluntad, se hacen ordinarios los estados de indiferencia e indolencia emocional y moral, y se sigue una degeneración moral creciente.

En tal situación, la única esperanza de salud para el niño, consiste frecuentemente, en que halle una persona mayor (un médico, un educador, un hombre) que comprenda su estado, con quien tenga entera confianza, y que provoque en él una completa explicación de los hechos penosos que originaron la exclusión de la memoria consciente.

Pesadumbres subconscientes

8. Así pues, en uno y otro género de estados patológicos: así en los de sobreexcitación como en los de depresión, la causa es parecida: es la existencia, en los senos del alma, particularmente en las regiones subconscientes de ella, de antiguas impresiones penosas, no de aquellas que nos causaron un dolor físico

(pues éstas, después de pasada la molestia, más bien nos dejan impresión de alivio), sino de las que nos produjeron un *dolor moral*, más o menos claramente sentido, según el estado de nuestra conciencia.

Estas impresiones penosas, producidas por los quebrantamientos de la Ley moral, son las que se van depositando en el fondo del ánimo, y forman allí el peso que entorpece la vida moral y menoscaba la interna serenidad y alegría, ya sea que rebose su tristeza hasta la superficie del ánimo, o ya la cubra de una espuma de agitación bulliciosa y aparentemente regocijada. En uno u otro caso, unas veces llega la anormalidad moral hasta producir una enfermedad física, y otras no manifiesta caracteres tan agudos que obliguen a recurrir al médico, pero basta para robar la interna paz y serenidad del ánimo, que es la condición primera de la humana felicidad.

Los casos *patológicos* que estudia la moderna Psiquiatría, no poco sirven para conocer la índole y la cura de esotras enfermedades ordinarias, que ha llamado Freud con expresión feliz: *Lo patológico de la vida cotidiana*.

En los casos patológicos, han convenido los psiquiatras, que la medida más radical para obtener el principio de la curación, es *sacar la espina*, esto es, hacer emerger de los oscuros senos de la subconsciencia, donde yacen ocultas, esas antiguas impresiones de la vida moral, y una vez reducidas al distrito de la memoria y conciencia, procurar neutralizarlas o estirparlas por los medios morales proporcionados.

Ha habido no pocos psiquiatras que, para extraer esas nociones sumergidas en la subconsciencia, en el *yo subliminal*, como dicen, no vacilaron en apelar al *hipnotismo*, con el cual se lograba en efecto, que el

enfermo declarase, durante el sueño hipnótico, las cosas borradas de su memoria consciente, única de que podemos disponer en el estado ordinario de vigilia. Pero pronto se vió que ese remedio era *peor que la enfermedad*; pues la sujeción a las prácticas hipnóticas causa de contado un agravamiento de la depresión psíquica, que constituye ya el fondo de la misma enfermedad que desatinadamente se trataba de curar.

II

El análisis psicológico

9. Honra es indiscutible del psiquiatra vienés Sigmundo Freud, haber substituído el hipnotismo, en semejantes tratamientos médicos, por la que ha llamado *Psico-análisis*, o Análisis psíquico de la conciencia.

Antes que por los libros de Freud, conocimos este tratamiento por la relación de un caballero que lo había experimentado; y vamos a exponerlo por el mismo orden con que llegó a nuestro conocimiento.

El caballero en cuestión, siendo en la niñez huérfano de madre y viviendo en compañía de su padre, cometió una falta de ninguna gravedad moral, pero que una persona indiscreta le afeó gravemente, de manera que formó una falsa conciencia de su culpabilidad.

Bajo la impresión de esta pretendida culpa, se cerró a su padre y a todas las demás personas que le rodeaban, se hizo huraño, triste, insociable, y comenzó una larga serie de padecimientos físicos y degeneraciones psíquicas y morales. Llegó, a pesar de ello, a la edad viril y a preocuparse de su estado y buscar su curación; para lo cual se dirigió a Suiza, y se puso, en Ginebra,

bajo la dirección de Mr. Dubois, médico determinista, que promete curar la neurastenia o psicastenia por un procedimiento psiquiátrico.

Mr. Dubois, en la parte formal de su método, procede de un modo diametralmente opuesto al del señor Freud. Este procede de dentro a fuera, por el análisis psíquico realizado por el mismo paciente, como enseña veremos. Dubois procede de fuera a dentro, por medio de una especie de instrucciones o exhortaciones, que sirvan luego de meditación al paciente y le vayan tranquilizando por grados. El enfermo aludido no sintió alivio con el tratamiento de Dubois, por lo cual lo dejó y se dió a viajar unos días por Suiza, para gozar de los encantos y comodidades de aquel país bellissimo y hospitalario.

10. Habiendo llegado sin determinado propósito a Zurich, vino a fijarse por casualidad en la Clínica de *Psychoanalyse*, que tenía allí un discípulo del Señor Freud; se enteró de lo que en ella se practicaba, y resolvió probar este nuevo método de curación.

Pusiéronle en una alegre y confortable habitación, al cuidado de una diligente y aseada enfermera, con orden estricta de descuidar totalmente de sí mismo y de todas las cosas del mundo, durante los días de su estancia en aquella mansión agradable.

Fuera de esta parte material, puramente higiénica, todo el tratamiento se reducía a una hora diaria de sesión matutina con el médico o practicante que se encargó de él.

El cual, el primer día, le explicó la teoría de las dos regiones o esferas del psiquismo humano, consciente la una y fácilmente reconocible por la introspección que cada uno hace de su interior; e *inconsciente* la otra o *sub-liminal*, escondida a las miradas de la ordinaria

introspección. Según esta teoría, las enfermedades psíquicas (*psycosis*) se originan de las ideas o recuerdos que han desaparecido de la esfera consciente, y se han refugiado en la inconsciente, donde ejercitan su influjo morboso, como verdaderas espinas clavadas en el alma, que no producen noticia perceptible de sí, pero sí inflamación y enfermedad y dolor.

Para extraer esas espinas o (sin metáfora), para hacer que esas ideas o memorias emerjan a la luz de la esfera consciente, emplea Freud, en vez del hipnotismo antes usado, el *Análisis psicológico*, que unas veces se practica por series de preguntas con que el médico va escudriñando los senos más ocultos del ánimo, otras se limita a estimular al enfermo para que él mismo se examine y escudriñe. El primer sistema se emplea más frecuente y favorablemente, en las aplicaciones del Análisis psíquico a la Criminalogía, donde es preciso *sorprender* el secreto, que el criminal se obstina en ocultar. Pero en la Psiquiatría parece más útil y beneficioso el segundo, que excita la interna actividad del paciente, y le va conduciendo a la *exoneración* anímica de que ha de arrancar su alivio, como su enfermedad nació de la cerrazón de la conciencia culpable.

Una vez propuesta al enfermo la *necesidad* que tiene de llegar hasta los senos más recónditos de su conciencia, para obtener la deseada *curación*, le deja escarbar y sacar de la memoria todas las ideas y recuerdos que encuentra en ella, limitándose a escuchar y añadir un excitante, cuando ve que cesa la actividad interior.

Por eso hemos dicho que procede (al revés de Dubois) de dentro a fuera. El médico no da más que el revulsivo, y luego deja pacientemente que el enfermo vaya declarando todo cuanto le viene a la memoria, em-

pezando por los primeros y más antiguos recuerdos de su niñez, sin recatar ni aun las acciones más torpes o deseos más vergonzosos.

El secreto de este análisis

11. Está en la *asociación* de los recuerdos, mediante la cual es posible, con trabajo y constancia, sacar de los senos del alma, aun las impresiones que parecían más totalmente borradas, bien que no lo estaban, sino vivían y dañaban, ocultas en las regiones de la subconsciencia.

Todo quebrantamiento de la Ley moral es, naturalmente, una acción consciente; pues, donde no hay conciencia, no puede haber moralidad. El *dolor*, el malestar que debe producirnos todo acto inmoral, no siempre llegamos a percibirlo distintamente, porque nuestra atención se dirige con rapidez hacia otros objetos gratos, cuyo deleite contrarresta dicho dolor. Esta es la causa por qué los hombres que viven en medio de la agitación de los negocios y el bullicio de los placeres, no se dan cuenta del dolor que causan en su ánimo esas heridas morales. Pero no por eso deja la herida de existir, y se van acumulando en el alma esos motivos de pesadumbre.

El mismo acto inmoral llega a obscurecerse y sumergirse en la esfera subconsciente. Pero una de dos: o vive allí y sigue punzando, aunque no percibamos distintamente su aguijón; o desaparece totalmente, en cuya hipótesis no podría dañar. Pero si persiste (como es el caso general y por ventura universal), debe conservar algún enlace o asociación con las acciones simultáneas o sucesivas, y éstas con las siguientes,

etc. De manera que, poniendo el ánimo en un estado de absoluta tranquilidad, alejado de nuevas impresiones del exterior; y concentrando la atención en los propios recuerdos, es casi imposible que, por el hilo de las memorias presentes en la conciencia, no se vaya sacando el ovillo de las que habían desaparecido de ella, sumergiéndose en la penumbra subliminal.

12. Volviendo, pues, a nuestro caso, el caballero en cuestión, comenzó con la mayor voluntad a evocar los recuerdos de su niñez y, naturalmente, llegó presto a aquella seudoculpa que había sido el comienzo de sus males psíquicos; y continuó recordando y desembuchando, una hora diaria, ¡durante 30 días! delante del galeno, que le escuchaba con teutónica seriedad e imperturbabilidad. Sólo cuando se detuvo y dió por terminada su *confesión general*, le dijo el médico, mirándole con aire de duda: ¡Hum! V. no tiene en mí toda la confianza que debería! Veo claramente que me oculta V. algo importante. No sé lo que es, pero ciertamente es indispensable que lo comunique V. todo, si desea alcanzar su curación.

Con este estímulo, el enfermo volvía a examinarse y hallaba nuevos recuerdos, sea de acontecimientos olvidados, o de pormenores de los ya referidos. Y cuando de nuevo cesaba, se le volvía a estimular con la misma cantinela. Hasta que, cargado ya de aquella aparente desconfianza, y no hallando en su memoria cosa que sacar en limpio, perdió la paciencia... y el médico dió por terminado el tratamiento.

Ya hemos dicho en que está el *secreto* de éste: en el poder de la *asociación*, que basta para sacar de la subconsciencia todo recuerdo que realmente persiste en ella; y por otra parte, en el *esponjamiento* que esta comunicación sosegada produce en los ánimos,

que habían enfermado, precisamente por la cerrazón con que escondían en su seno el germen infeccioso de su mal.

Error de Freud

13. En lo que no podemos convenir con Freud es, en que este germen sea siempre algo relacionado con el apetito sexual. Es cierto que los pecados contra la castidad son los más frecuentemente escondidos en lo profundo de la conciencia avergonzada de sí propia. Pero si dañan, no lo hacen *precisamente* por versar acerca de esa materia, sino por tener el carácter formal de *inmoralidad*.

La *inducción* en que Freud se apoya, es harto incompleta y endeble. El mismo caso a que repetidamente nos hemos referido, no era de ese género. En todas las perturbaciones psíquicas producidas por el *erotismo* prematuro o antisocial, se halla la razón común de *inmoralidad*. En cambio, no es cierto, que en todos los casos de psicosis nacida de la conciencia de culpa, se trate de materia sexual. Luego no está en ésta sino en aquélla la *razón común*, ni por ende la verdadera *causalidad*. El mismo Freud quiere que, cuando se haya sacado a luz el desorden erótico, origen de la enfermedad, se procure demostrar, que no fué culpable, o no lo fué tanto como le había parecido al sujeto. Luego la *culpabilidad*, y no el *erotismo*, fué la raíz del daño.

Otras dos dificultades hallamos en el método de Freud: primero la repugnancia que ha de sentir el enfermo, en descubrir todos los secretos de su conciencia, principalmente las culpas vergonzosas, a un médico, por mucha confianza que éste le inspire. En

el caso que hemos citado, esta dificultad estaba aminorada por pasar la escena en Zurich, y ser el enfermo habitante de un país situado casi en los antípodas, donde apenas podía haber posibilidad de volverse a encontrar con el médico.

En segundo lugar, reconoce Freud, que no basta sacar a luz los hechos cuya conciencia se había hecho intolerable al paciente y había producido su psicosis. Es menester además *librarle de ese peso* moral. Pero ¿cómo obtendrá esto el médico, cuando no se trate de una falsa aprensión que es posible disipar, sino de un atentado verdaderamente grave?

III

La confesión

14. Estas razones son las que nos hacen mirar la *confesión católica*, como un medio incomparablemente superior a la *Psychoanalyse*, para la curación de las dolencias psíquicas.

Y en primer lugar no podemos dejar de advertir y maravillarnos, que la *Psiquiatría* moderna, promovida por médicos racionalistas, venga a ofrecernos, no comoquiera una apología, sino una apoteosis de una práctica cristiana, tan impugnada por los herejes, tan calumniada por los incrédulos, y tan vilipendiada por todos los enemigos del Catolicismo.

La *confesión*, que los *espíritus fuertes* habían diputado como práctica obscurantista, buena cuando mucho para niños de la Doctrina y mujerucas ignorantes y tímidas, resulta ahora dechado de un método modernísimo de Psiquiatría.

Pero hay más. La confesión, debidamente practicada, tiene un alcance y eficacia, a que la Psicoanálisis apenas puede en rarísimos casos aspirar.

Ante todo, facilita extraordinariamente, la confesión católica, la completa comunicación del alma al sacerdote, en quien no mira el penitente a un mero hombre, más o menos docto e interesado en su curación, sino al ministro de Jesucristo, que hace sus veces en el santo Tribunal, donde ejerce los oficios de juez, médico y padre. Además sabe que ese sacerdote está constreñido por las más rigurosas leyes eclesiásticas, a guardar en el más profundo secreto, todo cuanto oiga en el fuero sacramental, de suerte que, *en ningún caso*, ni aun con peligro de la propia vida, puede revelar cosa alguna tocante a los pecados oídos en confesión. Este secreto es tan sagrado, que ha tenido mártires, antiguos y modernos; y lo que todavía es más notable, y beneficio evidente de la Providencia divina: aun los malos sacerdotes que han acabado por apostatar de su ministerio, y aun de su religión, no se sabe que hayan abusado de este conocimiento adquirido bajo el sigilo sacramental.

Ahora bien: por grande que sea la respetabilidad profesional de un médico ¿cuándo podrá ofrecer semejantes garantías de reserva, para alentar la confianza del enfermo, a que le descubra absolutamente todo su interior? Y siendo esto así, claro es que ofrece más ventajas para esta exoneración psíquica la confesión católica, debidamente practicada, que el Análisis psicológico del Sr. Freud.

15. Pero hay otro aspecto que manifiesta todavía más claramente su superioridad. No queda toda la Psiquiatría de la manifestación, en el desahogo que experimenta el alma al revolver sus más profundos

senos y comunicarse enteramente a un director. Este es el reventar del tumor, que sin duda produce alivio. Pero luego es necesario curar las llagas, para que la carne sana crezca de nuevo y cicatrice la herida. Para esto se vale la Psychoanalyse de razones naturales, haciendo ver al enfermo, que las acciones por donde comenzó su daño, o no eran absolutamente malas, o por lo menos no tenían la gravedad que él les atribuyó.

Pero cuando realmente se trata de daños irreparables inferidos a tercero; vgr.; de la deshonra de una joven, que fué comienzo de su perdición; de la paz de una familia, irremediabilmente perturbada, o aun del propio porvenir, estropeado por una serie de locuras ¿cómo logrará la Psiquiatría tranquilizar del todo la conciencia atormentada por esos recuerdos? ¿Fundará el médico la quietud, el equilibrio moral del ánimo, sobre una base *falsa*? Sería esto tan sensato como apoyar sobre arena los estribos de un puente de hierro. Pues la *moralidad* de las acciones tiene su piedra de toque en la misma *naturaleza racional*, y la razón humana puede deslumbrarse, pero no torcerse; puede descentrarse, pero no hallar fuera de su centro un equilibrio estable. De manera que, si el médico dice la verdad, el enfermo no queda tranquilo, y si miente, le deja engañado, pero no asentado sobre una sólida base de salud moral.

Todo lo contrario acontece al confesor, el cual, reconociendo *toda la verdad* de lo pasado, borra las mayores culpas con aquel omnipotente bálsamo de la *Sangre de un Dios*, que se derrama sobre las heridas del alma, y las sana en virtud de la *absolución sacramental*. ¡Levántate, que Dios te ha perdonado! dice aquella voz de autoridad, que es eco de la Autoridad suprema de la Iglesia, la cual es a su vez la misma

autoridad de Cristo Dios, que dijo a sus Apóstoles : *todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo.*

¿Qué Psiquiatría se puede parangonar con esta Psiquiatría divina? La Psiquiatría moderna, con sus nuevos métodos, viene, pues, a dar la razón al Catolicismo, en lo que la Confesión católica tiene de puramente *natural*; pero no puede sustituir el elemento sobrenatural, el elemento divino de la Confesión católica.

16. Por eso no suele necesitar ésta tan largos tratamientos. El enfermo a quien hemos aludido tantas veces, nos refirió, que había empleado 30 horas, en otros tantos días de quietud y apacible recogimiento, para desenvolver la historia íntima de sus pasados años; y después de todo, aunque había obtenido algún alivio, no una radical curación. Y eso que, los hechos origen de su disposición morbosa, eran realmente amorales, sin gravedad ninguna intrínseca, más que la que les había atribuído una conciencia errónea, formada por personas insensatas.

Al contrario, una confesión sacramental, terminada en una hora, y seguida de la gracia de la absolución, basta muchas veces para imprimir un cambio definitivo a una larga vida de extravíos y aun de crímenes; y desde luego, para desahogar el ánimo y producir en él una dilatación, una alegría íntima, que hace declarar a muchos penitentes, ser aquella la mayor dicha que han gozado en su vida.

17. No obstante : para alcanzar esa paz completa que remueve todas las inquietudes y pesadumbres del alma, y constituye la parte negativa, el prerequisite indispensable, de la felicidad temporal, no basta cualquiera empleo de la Confesión sacramental, aunque se haga con validez, y con los requisitos esenciales.

Es necesario usar de esa panacea de un modo constante, practicando con fidelidad y concienzudamente los actos que la integran : la introspección del ánimo que constituye el examen de conciencia, hasta penetrar, en cuanto sea posible, en los senos oscuros de la *subconsciencia*; la detestación de los errores pasados y el propósito firme de corregirlos cada día con nueva eficacia; la manifestación confiada, filial, del alma a un confesor prudente, constante, que vaya conociendo por este medio toda nuestra manera de ser y obrar, y pueda, por ende, dirigirnos con pleno conocimiento de causa...

Quien usare de esta suerte, de la Confesión sacramental, obtendrá sin duda en breve una perfecta serenidad del ánimo. No se verá por eso libre de padecimientos y tribulaciones exteriores, de las que no podemos carecer en la presente vida, por efecto de nuestra original desgracia; pero se eximirá de esa pesadumbre que producen las transgresiones de la Ley moral, depositadas en el fondo del alma, constituyendo como un pesado lastre de nuestra vida, y un foco de fermentación infecciosa, que enturbia las alegrías humanas y agrava con interna amargura las pesadumbres de que no podemos eximirnos totalmente en la presente existencia.





CONFERENCIA DÉCIMA



El paraíso de la tierra

1. La redención de Jesucristo fué una *obra perfecta*, y habiéndose enderezado a remediar la caída del humano linaje, debía restituirle enteramente la *felicidad* que por ella perdió. Mas aquella felicidad no era solo eterna, sino también temporal. A priori, pues, podemos suponer, que Jesús, no sólo nos devolvió la facultad, que habíamos perdido, de alcanzar la vida eterna, por el buen uso de nuestra libertad; sino que, mediante el mismo, nos restituyó también, en alguna manera, aquella felicidad temporal, *paradisíaca*, de que por el pecado de origen fuímos excluidos.

En alguna manera, decimos; y esta manera es la que generalmente se entiende mal, y la que nos proponemos aclarar en la presente conferencia.

Cierto es que, aun después de la redención de Cristo, el hombre no nace precisamente como hubiera nacido, si Adán y Eva no hubieran pecado contra el precepto del Señor. Ellos y sus hijos inocentes, hubieran gozado de la *justicia original*, que incluía,

entre otros bienes, la exención de las molestias exteriores de la vida, y del *fomes peccati* o rebeldía de la carne que conspira contra el espíritu y le hace perpetua guerra. Mas nosotros no nacemos con este privilegio, sino hemos de irlo conquistando palmo a palmo en una lucha que, en parte, ha de llenar toda nuestra vida.

Los hombres inocentes hubieran ejercitado las virtudes de la paz; nosotros hemos de santificarnos por medio de la lucha. Nuestra vida, como lo sintió ya y expresó gráficamente el Patriarca idumeo, es una *milicia*; un ejercicio militar, una guerra sin tregua; y nuestra felicidad ha de ser la que cabe en la guerra. Pero ¿quién duda que en la guerra cabe una manera especial y no menos estimable de felicidad?

Feliz es el que goza en paz de los heredados bienes. Pero ¿se negará que goce de felicidad, el que lucha y vence y se enriquece constantemente con nuevos despojos de sus enemigos? El decirnos, pues, que nuestra vida haya de ser una continua lucha, no excluye de ella, en manera alguna, la felicidad, imperfecta eso sí, como todo bien temporal, pero felicidad al fin.

Aspecto positivo de la felicidad

2. Esta felicidad temporal, preludio de la eterna que nos promete, nos la da a gozar el Catolicismo, si acertamos a beneficiar los inestimables bienes que en él se encierran.

En efecto; además del aspecto negativo o exención de males, de que tratamos en la conferencia pasada, la felicidad ofrece un aspecto positivo, que consiste en la satisfacción de todas y cada una de las facultades y aspiraciones del hombre, por la posesión del bien que

les es propio. Pero en el hombre hay facultades inferiores y superiores. Por donde, lo esencial de la felicidad consiste en la satisfacción de las facultades superiores, a que se añada como accesorio lo que a las facultades inferiores satisface.

En esta última parte inferior y accidental, es donde claudica, a veces, la felicidad del Catolicismo; diferente en esto de la dicha paradisíaca. Pero como quiera que en él hallamos la completa satisfacción de las facultades y aspiraciones superiores de nuestra alma, podemos afirmar ciertamente, que el Catolicismo nos asegura una verdadera felicidad ya en esta vida, por más que no nos exima y libre de todas las penalidades y sinsabores de ella.

La inconsideración, la inconsciencia, de estos excelentes bienes que nos ofrece, es lo único que, muchas veces, se opone a que gocemos de esa felicidad. Por lo cual vamos a considerarlos ahora brevemente, con lo que tendremos mucho adelantado para correr dichosamente este camino breve, que ha de conducirnos a una felicidad perfecta e interminable.

Lo que no es la felicidad

3. Y en primer lugar, hemos de empezar por des-hacer algunos sofismas o ilusiones que suelen engañar al vulgo de los hombres, y extraviar sus anhelos, dándoles a entender que su felicidad puede hallarse en objetos, donde realmente no se halla.

¡ Cuántos hombres hay que imaginan tener cifrada su felicidad temporal en la posesión de más o menos copiosas riquezas! ¡ Cuántos que anhelan por los honores y glorias de este mundo, como si en ellas pudieran

encontrar la dicha ! ¡ Cuántos más consideran la felicidad, como la suma de placeres sensitivos que la vida les ofrece, y tras los cuales corren con sed siempre creciente, que produce en ellos un verdadero suplicio de Tántalo !

Pero ¿ pueden las *riquezas* producir alguna manera de felicidad al que las posee ? La *razón* nos dice evidentemente que no. Pues la felicidad es un *fin* ; es aquello que todo hombre apetece *por sí mismo*. Pero las riquezas no son ni pueden ser fin, pues su naturaleza es ser *medio* para la adquisición de otros objetos apetecibles. Luego en éstos, y no en la riqueza, en el dinero con que se compran, debe estar la felicidad temporal.

Que las riquezas sean por su misma naturaleza *medio*, está a la vista. Aquel proverbio latino, que expresa la mayor glorificación del dinero : *pecuniae obediunt omnia* ; al dinero obedecen y se rinden todas las cosas ; significa claramente su naturaleza de medio. Por eso estiman los hombres el dinero, porque con él se puede comprar todo cuanto se desea. Aun suponiendo que se pudiera comprar con él la propia *felicidad*, esto mismo demostraría que el dinero no es la felicidad, sino *algo* con que ella podría adquirirse, y por ende, distinto de ella.

Pero además el apetito de las riquezas es un continuo torcedor del alma ; ¡ tan lejos está de poderse confundir con el objeto de su bienaventuranza, aun acá en la tierra !

Porque es así , que la riqueza no se adquiere sin ansiedad y molestia ; ni se conserva sin recelo y cuidado ; ni tiene límites naturales, llegado a los cuales diga el ánimo, *basta*. Por donde la codicia de las riquezas es un tormento indefinido. ¡ Tan lejos está de poder constituir la felicidad temporal !

Y otro tanto acontece con el *honor* o vana estimación de los hombres. El cual exige, en su adquisición, todavía mayores afanes que la riqueza, y no se posee sin continuas asechanzas de los émulos. Y en sí mismo no tiene límites naturales, por lo mismo que es vano. El que creyó que estaría satisfecho siendo diputado, luego aspira a ministro, y después a jefe del gobierno y luego levanta más allá sus aspiraciones, si le dan vagar para ello los acometimientos de sus rivales, que no dejan piedra por mover para derribarle y substituirle.

Y sobre todo : así las riquezas como los honores, no pueden constituir la felicidad humana, por ser cosas que están *fuera* del hombre, al paso que su felicidad ha de ser algo íntimamente suyo e interno.

4. Por esto andan menos errados los que miran, como objeto de la felicidad, los placeres; y en último resultado, para esto procuran los hombres las riquezas y buscan los honores : para poder *gozar* de todos los deleites que su imaginación les propone. Pero también es equivocado este camino, especialmente si se pone la mira principal en los placeres de los *sentidos*.

La causa de esto es, que el placer sensitivo nace, o de la satisfacción de una necesidad física, o de una percepción sensible. Mas el primero se extingue con la satisfacción de la necesidad, y, si pretende ir más allá, se convierte en dolor; y el segundo se amengua rápidamente, por embotarse, con el uso, la facultad de sentir. Por eso vemos a los hombres sensuales, correr en pos de placeres siempre nuevos, buscando refinamientos imaginativos, porque sienten que el placer natural (único que pudiera tener alguna estima) es efímero y se desvanece con el hastío o el cansancio, y acaba por degenerar en dolor.

Podemos, por tanto, convenir en que el *placer* es una parte de la felicidad; pero en primer lugar, esto se refiere principalmente a los placeres superiores: de las facultades más nobles del hombre; no a los puramente animales o sensitivos; y en segundo lugar, si admitimos que éstos puedan añadir algo a la temporal bienandanza del hombre, ha de ser siempre con la precisa condición de que no impiden o estorben los deleites propios de las facultades superiores. Mas éstas son la inteligencia y la voluntad, las cuales hallan su mayor satisfacción y deleite en el Catolicismo.

La verdad católica

5. En efecto: el placer de la inteligencia consiste en la posesión de la *verdad*; el de la voluntad está en el *amor*; pero el Catolicismo nos ofrece la posesión más segura de las más excelentes verdades: de *toda la verdad* que nuestra inteligencia ambiciona; y nos acerca al amor del objeto más excelente; del único que puede satisfacer a nuestras naturales ansias de amor. Por donde, nos ofrece la más perfecta forma de la felicidad, aun en esta vida, que no puede carecer de contrariedades y pesadumbres.

Aunque deja el conocimiento de las cosas naturales a la investigación de los sabios (sin lo cual privaría al hombre de uno de sus más intensos placeres, cual es el de descubrir por sí mismo la verdad), la Religión católica nos ofrece conocimientos certísimos y suficientísimos acerca de todas las cosas necesarias para nuestra vida espiritual, y nos da soluciones para todos los problemas de la existencia humana. Lo cual es tanta verdad que, precisamente por que estamos acostumbrados

a poseer este inmenso bien, no siempre hacemos de él todo el aprecio que merece.

Los filósofos antiguos opinaron, que el verdadero conocimiento de Dios, era un privilegio reservado para las inteligencias superiores, y que la religiosidad popular había de alimentarse con ficciones o mitos. El Catolicismo, por el contrario, ha derramado por toda la tierra un torrente de luz y de ciencia de las cosas divinas.

El pueblo católico, el más noble de los pueblos de la tierra, no necesita que le entretengan y engañen con fábulas; sino posee un conocimiento verdadero de Dios; y no como quiera verdadero, sino infinitamente superior al que poseyeron los más insignes filósofos paganos.

Dios Padre

6. Porque la Filosofía, bien pudo alcanzar que debía existir Dios, Autor y ordenador del mundo universo. Pudo entender que el hombre estaba en una dependencia esencial, metafísica, respecto de su divino Hacedor. Pero ¿qué sabio pagano se hubiera atrevido a formular esta verdad : que Dios es *Padre* de *todos* los hombres, y que por ende, todos los hombres son hermanos, como partícipes de una misma divina filiación?

El hombre, como sér contingente, necesita reducir su origen a un Sér necesario, omnipotente, sapientísimo. Pero ¿qué razón natural puede asignarse, para persuadir a la Humanidad, que ese Dios tan infinitamente superior a sus criaturas, quiere ser considerado y amado por los hombres como *Padre*?

La poesía helénica, por boca de Homero, nos pre-

sentaba a los dioses como seres superiores, imperturbablemente felices en su inmortalidad, e impasibles, — si no del todo indiferentes — ante las miserias de los mortales. Pues si aquellos dioses, que eran poco más que hombres inmortales, de mayor talla y poder, no se miraban como padres de los hombres ¿cómo hubiéramos podido atrevernos a dar ese nombre al Dios sumo, único, creador, infinito?

Con todo, esa 'noción inasequible para el humano entendimiento, es posesión común del pueblo cristiano; donde todos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, oran a Dios y le invocan, *Padre nuestro!*

Dios trino

7. Y no para aquí el conocimiento que de Dios tiene el pueblo católico; antes penetra hasta las profundidades del Sér divino, y conoce en él la *Trinidad*, maravillosamente junta con la divina *Unidad*. Todos sabemos que Dios es uno solo, y todos veneramos e invocamos en Dios a tres *Personas* : Padre, Hijo y Espíritu Santo, en cuyo nombre fuimos bautizados, y recibimos todos los sacramentos, y comenzamos todas nuestras obras.

Si en un Congreso de *sabios* teólogos, privilegiados conocedores de la Santísima Trinidad, se hubiera puesto a discusión : si era *prudente* comunicar al pueblo sencillo este misterio, es casi seguro, que por unanimidad se hubiera juzgado que sobrepujaba totalmente a su capacidad, y por ende, era mejor reservarlo para los *pocos sabios*. Pero Cristo juzga de otro modo, y al despedirse de sus Apóstoles, les manda ir por todo el mundo a enseñar a las gentes y bautizarlas *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*.

De manera que, el pueblo católico, no sólo tiene conocimiento de Dios, no sólo le mira como Padre, sino alcanza los más recónditos misterios de la naturaleza divina; y a medida que asciende en la escala de la cultura, va descubriendo, en esos mismos misterios, tesoros inmensos de sabiduría, grandeza y amor.

Ciencia de ciencias

8. Hoy consagran los hombres una estimación, por ventura un tanto exagerada, al conocimiento de las cosas naturales : de los insectos y organismos rudimentarios, de los fósiles y sustancias químicas. Y no se puede desconocer, que la posesión de esos conocimientos procura al hombre puros e inestimables deleites, porque propio es de nuestro entendimiento, deleitarse en la adquisición y posesión de la verdad. Pero ¿qué es conocer todos los astros que giran por los infinitos espacios astronómicos; o todos los infusorios que pululan en las aguas, o las complejas formaciones y combinaciones en que se diversifican las sustancias minerales, o los secretos de los organismos vivientes; qué es todo esto comparado con el conocimiento del infinito Autor de toda esa creación maravillosa; con el conocimiento de Dios, *uno y trino*; espíritu purísimo y perfectísimo, cuya inmensidad llena todos los espacios posibles, en cuya eternidad se desenvuelven todos los posibles tiempos; y que, junto con esa infinidad, es para nosotros amoroso Padre; porque es en sí mismo *Padre*, que eternamente engendra un Hijo del todo igual a sí; *Hijo*, que reproduce exactamente toda la perfección de su Padre; y *Espíritu Santo*, amor del Padre y del Hijo; vibración infinita de caridad, que se

extiende fuera del divino sér, dando origen, por sólo amor, a todas las series de los seres existentes?

Si el natural apetito de conocer arrastra a los hombres y los aguijonea con curiosidad incesante, y su satisfacción imperfecta es causa, en el orden natural, de tan vivos goces, en las ciencias, en las artes y en toda la vida racional ¿qué no podrá hacer el conocimiento tan cierto, de objetos tan excelentes, como ofrece a todos sus hijós la Religión e Iglesia católica?

Los grandes problemas

9. Para el católico no hay propiamente, ni en la Naturaleza ni en la vida, problemas insolubles. Su fe le da resueltos, en sus líneas generales, los arduos enigmas de su origen y su destino último; y los misterios más impenetrables del Universo : el origen del mal físico y del mal moral; la economía de la Providencia y la realización de la Justicia divinas : esos problemas, con que la pagana esfinge atormentó los espíritus humanos antes y fuera del Cristianismo, se solucionan; aparecen llenos de íntima claridad, cuando se los mira a la luz de la Religión católica.

Los males físicos se nos presentan como una expiación, y consecuencia de la caída primera, y estado de pecador, del humano linaje. Los males morales, como mero abuso de la libertad, que ha de hallar una eterna sanción, con que se reduzca a la ley de universal armonía. Y el hombre, en todas las circunstancias imaginables de su existencia, halla siempre expedito el camino para su último fin, aumentando sus méritos en la medida que se amontonan las dificultades; humilde en la prosperidad, porque la mira como don de que ha de responder;

y sereno en la adversidad, porque ve en ella el instrumento de su mérito, y acrecentamiento de su futura gloria.

Y esa luz esplendorosa no sólo ilumina el mundo transcendental y sobrenatural, sino reverbera también en las mismas Ciencias humanas; porque, dejando al humano entendimiento todas sus iniciativas, le señala no obstante de continuo, los escollos en que pudiera tropezar, los bajíos en que pudiera zozobrar, si no tuviera los ojos puestos en ese Norte, en esa estrella polar que le guía a través de todas sus acciones. Algunos necios han señalado esta guía, este Magisterio, como una traba; como una opresión del espíritu científico. ¡Valdría tanto decir, que el investigador de los mares se halla trabado por las estrellas que en el cielo le dirigen, o por las Cartas marinas que le señalan los escollos donde otros antes de él zozobraron!

La caridad teológica

10. Pero el conocimiento intelectual, el placer de hallar la verdad y poseerla, no es más que una parte, y por ventura no la mayor, de la felicidad humana; porque en el hombre no hay sólo apetito de verdad, sino sobre todo apetito de *amor*. Y también éste halla su satisfacción más cumplida en el Cristianismo católico, que es el Cristianismo completo y verdadero.

El Catolicismo es por excelencia una *religión de amor*: amor el más divino y el más humano, el más alto y el más hecho a medida del corazón del hombre; por lo cual es el más a propósito para saciar las inextinguibles ansias de amar que en él viven y contribuir así, de un modo principal, a su felicidad, ya desde la vida presente.

Dios, tal cual el Catolicismo nos lo da a conocer, es *Dios de amor*. La vida interna de la Santísima Trinidad es vida de amor, con que el Padre celestial, conociendo y amando a su Hijo divino, y siendo de él conocido y amado, le da y recibe de él un infinito ósculo de amor, que es el Espíritu Santo, el cual, a su vez, conoce y ama infinitamente a las dos primeras Personas, con el mismo conocimiento y amor infinitos, con que es de ellas conocido y amado.

Pero esa eterna circulación de amor, no se contiene dentro el seno de la Divinidad, sino se expansiona en el tiempo, dando origen a todas las criaturas. Todo cuanto fuera de sí hizo Dios, lo hizo a impulsos de su infinita bondad, que es por naturaleza expansiva y comunicativa de sus bienes, y se mueve a estas comunicaciones del sér natural y sobrenatural, por amor: por una como exterior resonancia del infinito amor que en el seno mismo de la Divinidad da origen a la tercera Persona y constituye la bienaventuranza divina.

Como la descarga eléctrica de dos poderosos conductores, no sólo produce una chispa, que es toda ella luz y calor, sino además emite una serie de ondas eléctricas que se propagan indefinidamente en círculos amplísimos; así aquella infinita comunicación de amor que se realiza y consume en el seno de la Divinidad, parece como que no puede contenerse en ella, y se derrama en esas series amplísimas de las criaturas: ángeles y mundos materiales, hombres y seres animados; y sobre esto, en indefinidas comunicaciones sobrenaturales de gracia y de gloria.

Sólo el Catolicismo, con su dogma inefable de la Santísima Trinidad, nos introduce en estas intimidades del Sér divino¹, y nos coloca en una especie de Univer-

1 Cf. Sauv  *La Intimidad de Dios*.

so de amor, apto para comunicar a nuestro corazón esta misma vibración amorosa, que responde al amor que le habla desde todas las criaturas visibles, desde todos sus movimientos y acciones; mirándolo todo como emanaciones de un amor infinito que anima la Creación.

11. Todas las religiones dignas de este nombre, conocen la existencia de un Dios sumo, omnipotente y sapientísimo, que rige con providencia a sus criaturas. Pero solo el Catolicismo en su mayor pureza, conoce a este Dios como un Dios de amor: que crió por amor todas las cosas y *nada aborrece de cuanto hizo*. Que no abandona al hombre a una ciega *fatalidad*, como creen los musulmanes, ni crió a ninguno para el infierno, como blasfeman los desventurados calvinistas y jansenistas; sino quiere que todos se salven, y para ello da hasta la sangre y vida de su unigénito Hijo.

¡Qué tesoros de amor no encierra la doctrina de la *encarnación* del Verbo divino, tal como la entiende la Religión católica! Tesoros por lo que contiene, y tesoros por la forma con que lo manifiesta.

Porque aun cuando Dios nos hubiera revelado los secretos de su infinita caridad con que *ab aeterno* nos ama, hubiera sido difícilísimo, moralmente imposible, que estas verdades descendieran a lo íntimo de nuestro corazón, que es de carne, y no percibe plenamente sino las cosas que le entran por el camino de los sentidos.

Por eso la contemplación *abstracta* de las verdades divinas tendría siempre poca eficacia para mover la voluntad humana, y menos para henchir de amor su corazón; si Dios no hubiera condescendido con nuestra flaqueza, no se hubiera comedido con nosotros, hasta el extremo de hacerse *sensible* para los sensitivos, *hombre* para los hombres, y no como quiera hombre,

sino *niño*, nacido de mujer y criado a sus pechos y en sus brazos virginales, *lleno de gracia y de verdad*; no sólo de verdad divina, sino de verdad sensible, perceptible plenamente para nosotros; no sólo de gracia sobrenatural, sino de esotra gracia enteramente humana, que atrae y encadena con lazos de amor nuestros corazones.

Quien mira a Jesús niño, en los brazos de la Madona Sixtina, y lee en sus claros ojos, alumbrado por la luz de la fe: que ese Niño es Dios, y que se vistió de esa forma amable, sólo para arrebatarnos nuestro amor ¿cómo podrá dejar de sentirse herido por él?

El amor, para formar nuestra felicidad temporal, ha de responder a *todas* las aspiraciones de nuestra alma; ha de ser infinito, para saciar las ansias indefinidas de bien y de amor, que brotan indeficientemente en el fondo de nuestra alma espiritual; pero ha de ser *tangible*, concreto, sensitivo, para saciar la sed de nuestros sentidos, de nuestra fantasía, de nuestro corazón de carne. Y esas condiciones, al parecer contradictorias, reúne el amor de Cristo, tal como nos lo propone el Catolicismo: verdadero Dios y verdadero Hombre; Verbo, *por quien todas las cosas han sido hechas*, y Niño, sostenido por los brazos de su Madre, y tendiéndonos sus bracitos para acariciarnos y embriagarnos en su cariño.

¿Qué objeto podía apetecer el corazón humano, que de tal suerte cautivara sus afectos más dulces y llenara sus senos más profundos?

Apetitō de unión

12. Pero no basta la excelencia y proporción del objeto amado. El amor es apetito de *unión*, lo más íntima posible; indefinidamente íntima.

El amor de la Divinidad nos lleva a esta unión, íntima sobre todas las humanas, por cuanto Dios ocupa toda el alma y la penetra más íntimamente que ella se penetra a sí propia. Pero esta unión no es perceptible para los sentidos, y sólo de un modo abstracto llega a conocerla el entendimiento, iluminado por la luz de la fe. Por eso su intimidad no causa una dulzura proporcionada.

Pero Dios hecho hombre, sensitivo, tangible, nos ofrece otra manera de unión, sensible y tangible también en cierto modo. Tal es la *unión eucarística*, por la que el hombre, animado por un vivo espíritu de fe, sabe y cree firmísimamente, que recibe a Jesús en su boca y en su pecho, y se une con él con la intimidad con que une a sí mismo el manjar de que se sustenta.

Y aquí, no podemos detenernos, sino hemos de limitarnos a brevísimas indicaciones, suficientes, con todo, para llamar la atención de las almas fieles sobre esas misteriosas delicias que sienten cuando, con espíritu de fe, se acercan a la Sagrada Comunión.

Sólo la Comunión, entendida por un espíritu ilustrado, y creída con fe viva, cual nos la comunica el Catolicismo, es un tesoro de amor, de unión con Dios y de íntima alegría, que sobrepuja a todo cuanto el corazón humano puede apetecer en esta vida; y ni siquiera hubiera podido llegar tan lejos con sus aspiraciones espontáneas, si Jesucristo, adelantándose a ellas, no le hubiera descubierto estos abismos de divino amor.

No son necesarias, ni sirven aquí, las ponderaciones de la humana elocuencia. El alma que una vez ha tenido la dicha de gozar; en el día de la consolación divina, estas delicias íntimas de la unión con Jesús, oculto en la Eucaristía; hallará en el testimonio de su

conciencia argumentos más eficaces que cuantos pudiera acumular la Ciencia, para sentir y conocer con evidencia clarísima, que, en sola la Comunión eucarística, poseemos los católicos que vivimos con espíritu de fe, mayores prendas de presente felicidad, de cuantas pueden dar todas las dichas juntas que, en fugaces momentos de bienandanza, puede apetecer y gozar el humano corazón en esta vida.

13. Y a diferencia de los bienes mundanos, este bien está *siempre* en nuestra mano; en la salud y en la enfermedad, en la buena y en la adversa fortuna; cuando nos vemos ensalzados por los hombres y cuando nos sentimos repelidos por ellos. Imaginad las circunstancias más contrarias; la combinación más fatal de adversidades de todo género, que puede producirse en vuestra vida, o en la del más desventurado de los hombres. Sin embargo: si tenéis fe, en medio de ese abismo de desdichas, podéis uniros con vuestro Dios en la Eucaristía; y si le recibís con amor, y os arrojáis en sus divinos brazos, aunque os estéis abrasando entre las llamas del horno de Babilonia, se hará en derredor vuestro una brisa suave que suspenderá vuestros dolores, sobrepujándolos con la íntima y dulcísima felicidad del amor correspondido, de la posesión del objeto amado, que es un objeto de perfección infinita, porque no es otro sino el mismo Dios.

Anhelo de amar, de ser correspondido, de descubrir en el objeto amado siempre nuevos tesoros de perfección...; todas estas aspiraciones fundamentales del corazón humano se ven satisfechas en nuestra Religión sacrosanta, donde Dios se comide con nosotros, y se unè a nosotros de la manera más íntima y dulce, cotidiana, continua.

Ansias de inmortalidad

14. Pero surge otro anhelo en nuestro pecho, que no halla nunca satisfacción completa en las cosas terrenas. El anhelo de *inmortalidad*; de que estos bienes que goza sean eternos, que no teman la amenaza de la muerte que pone fin a todas las cosas terrenas.

Este anhelo, nacido de la conciencia tácita de nuestra inmortalidad natural, lo sintieron los antiguos paganos, y procuraron forjarse una ilusoria satisfacción de él, en la *gloria humana*, en la *memoria* de las gentes, en la que procuraban grabar su nombre con la muchedumbre de sus beneficios o la excelencia de sus obras.

El poeta Venusino se prometía *no morir todo*, porque sus versos escaparían a la voracidad del tiempo y a la obscuridad de la sepultura. *De mí, hablarán todas las gentes*, exclamaba en la cumbre de su gloria el orador romano. Pero ¿qué era esa supervivencia, esa sombra de inmortalidad, comparada con la inmortalidad que nos promete el Catolicismo? ¡Fuera de que aquella inmortalidad menguada, era sólo patrimonio de algunos pocos hombres a quienes la Humanidad ha mirado como grandes!

La Filosofía, en sus manifestaciones más sublimes, ha llegado a alcanzar un concepto más sólido de la inmortalidad natural del alma humana. Pero esta persuasión, más o menos arraigada en los filósofos ¿qué consuelo podía proporcionar al hombre que ignoraba, o sólo muy vagamente conocía, el porvenir que en esa vida futura podía esperar?

De suerte que, ese anhelo de inmortalidad tan natural al hombre, o se cebaba en una memoria inútil, o iba acompañado de sombríos terrores, o de una vaguedad atormentadora.

Victoria sobre el temor

15. ¡Cuán diferente la suerte de los que tenemos la dicha de vivir en el seno de la Iglesia católica, y vivir con espíritu de fe! Nosotros sabemos que el Amor divino que nos dió el sér, ese mismo nos lo conservará sin término; y nos lo conservará para consumir, después de la presente vida, esa felicidad de que en ella no nos da más que un presentimiento o sabor anticipado. El verdadero cristiano es inaccesible a todo *temor*: la perfecta caridad excluye el temor, dice el Discípulo amado (I.^a, IV, 18). No sólo las adversidades de esta vida, son incapaces de quitarle a su Dios, en cuya amorosa posesión descansa y se goza; sino la misma muerte ha perdido para él toda su terribilidad o amargura. «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?» exclama con el Apóstol de las gentes: «¿dónde está ya tu aguijón» con que solías herir? (I. Cor. XV, 55). La muerte ha sido absorbida en la victoria, esto es, en la resurrección, de Cristo. Es menester, dice el mismo Apóstol, que esto que en nosotros es corruptible, se vista de incorrupción, y que esto mortal se vista de inmortalidad. ¡La muerte ya no es para el cristiano sino esto: un despojarse de los vestidos andrajosos de la carne corruptible, llena del mal olor de la concupiscencia, y por ella sujeta al pecado y la muerte; y vestirse de incorruptibilidad, de inmortalidad, de luz y de gloria!

Y esto lo espera el católico con toda confianza, por que no pone ésta en sí, sino en el Señor nuestro Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, *Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero*; al cual sabe que posee espiritualmente por la fe y la caridad, y corporalmente en la Sagrada Eucaristía.

Esta seguridad de la vida inmortal y bienaventurada, — unida sin embargo con una suma humildad y desconfianza de sí propio — es lo que hace a los verdaderos discípulos de Cristo, despreciadores de la muerte, sin hacerlos despreciadores de la vida; al contrario de los fanatizados budhistas, que temen la vida y la aborrecen, y buscan la muerte como una liberación de sus males.

16. El cristiano *ama la vida, y no teme la muerte*, porque no ve en ella sino el tránsito a otra manifestación mejor de su misma vida. Ama la vida, porque en ella recibe innumerables beneficios de Dios, y de ella saca innumerables ocasiones de servirle y crecer en su caridad, sabiendo que, en acabándose el vivir, se habrá acabado la facultad de merecer y dar a Dios mayor gloria, rindiéndole nuestra soberana libertad.

Aristóteles, conociendo que el objeto esencial de la felicidad humana no puede ser otro que Dios conocido y amado; y entendiendo al propio tiempo, que las facultades sensitivas del hombre tienen, no obstante, sus aspiraciones y legítimos derechos; dijo, que la felicidad de esta vida habría de consistir en el conocimiento y amor de Dios, con un moderado goce de los bienes temporales.

Eso es precisamente lo que nos ofrece la Religión católica. Pues, por una parte, nos da un conocimiento altísimo y un amor intensísimo, espiritual y sensitivo, de Dios, en su Divinidad y en la sagrada Humanidad, que por nosotros tomó. Y al propio tiempo, mostrándonos que todas las cosas de esta vida nos vienen de manos de Dios, que nos las da por amor, nos habilita para llevar con paciencia las adversas, y gozar más intensamente las prósperas y agradables: como el que come una sabrosa fruta recibida de una persona amada,

goza en ella dos sabores : el de la fruta y el del amor que en su regalo se le manifiesta.

Comunión de los santos

17. Y no para aquí la felicidad que el católico puede gozar en esta vida, a pesar y despecho de sus muchas miserias; porque sus goces se acrecientan con la comunicación que el Catolicismo establece entre todos los fieles, y aun, en alguna manera, entre todos los hombres. De tal suerte, que el católico, ningún bien goza para sí solo, y participa del goce de todos los bienes que de Dios reciben los demás hombres y los ángeles santos.

Por virtud de este hermoso dogma de la *Comunión de los santos*, la Iglesia católica se nos presenta como un grandioso coro : de bienaventurados, que ya gozan de Dios y le alaban en su gloria; de hombres mortales, que le alaban, le hacen reverencia y amorosamente le sirven, en medio de las luchas de esta vida mortal; y de almas santas, que sufren purificadores tormentos, es verdad; pero los sufren con inmenso amor y con un anhelo infinito de limpiarse con ellos y hacerse del todo dignas del amor de Dios, que las atormenta porque las ama : para hacer de ellas esposas puras, sin mancha ni arruga ni cosa que las afee, y meterlas luego en su eterno gozo en el cielo.

Y no sólo comunican estos tres coros en la alabanza común de su Hacedor, sino comunican amorosamente entre sí; intercediendo los Santos por los mortales; glorificando éstos a los Santos, y ofreciendo sufragios por las almas que se purifican, y devolviéndoles éstas su caritativo afecto, con ofrecer por ellos a Dios sus amo-

rosas ansias, y deseando interceder por ellos tan luego como se hallen en la patria gloriosa.

Esto es, en resumen el Catolicismo : una religión de mutuo amor, de mutua caridad, que brota como raudal incesante del Corazón de Dios, envolviendo en sus oleadas amorosas, el Cielo, la tierra y el Purgatorio, para volver a Dios de donde salió, llevándole todos los corazones capaces de amar, de alabarle y gozarle; y endulzando todas las cosas, ora con la imperturbable felicidad de la gloria, ora con la felicidad limitada de la tierra, ora con los consuelos que destila sobre las mismas llamas purificadoras.





CONFERENCIA UNDÉCIMA

*

¡Dios sí, la Iglesia no!

1. En las frecuentes conferencias públicas y privadas, que he tenido en muchas ciudades, en gran parte con los hombres más o menos separados de las prácticas de nuestra santa Religión, me ha parecido que todas sus resistencias podían condensarse en una breve fórmula : la que va como epígrafe de la presente conferencia : ¡Dios sí, la Iglesia no!

Mil veces he oído de boca de muchos de esos hermanos míos extraviados : Sí, Padre : estamos conformes con todo eso que V. nos demuestra : Dios creador y legislador; el alma inmortal, y destinada, por ende, a una vida eterna; la Ley moral escrita en el fondo de la conciencia y norma obligatoria de los actos humanos : todo eso es cierto, sólido, aceptable... y lo admitimos y queremos regular conforme a ello nuestra vida. Queremos *entendernos con Dios*, y darle culto y servirle... Pero *sin intermediarios*. ¿Para qué necesitamos personas o entidades *interpuestas*? Con Dios, todo lo que V. quiera. Pero *sin la Iglesia*; ¡sin esa

Iglesia que se arroga la representación de Dios en la tierra, y quiere interponerse como intérprete entre Dios y nuestras almas...!

Creemos haber condensado en estas palabras el modo de pensar o de sentir; la *mentalidad* (como dicen ahora) de un grandísimo número de contemporáneos nuestros. Y como a todos nos debemos, y a todos deseamos llevar a Dios, vamos a hacernos cargo de esta dificultad.

La religión natural

2. Y ante todo, hemos de comenzar profesando paladinamente que, desde un punto de vista *especulativo*, parece claro que el hombre puede entenderse con Dios, sin necesidad de intermediarios.

En efecto: por sola la luz natural, todo hombre culto, y aun todo hombre llegado a la madurez intelectual, puede conocer la *existencia* de Dios, como Creador del mundo en que vivimos y Dueño de él; puede conocer la *espiritualidad*, y consiguiente inmortalidad, de su alma; y por ende, su destino a una futura existencia eterna; puede conocer la *Ley natural*, que le obliga ante todo a dar culto a su Dios y Señor, y a sujetarse a sus mandamientos, intimados por la voz misma de la conciencia... Tiene, pues, los elementos esenciales de la *Religión natural*, y puede dar a Dios un culto racional, y que le será grato si nace de un corazón sincero.

Especulativamente, todo esto es verdadero, cierto; y no sólo lo es por razón, sino que la Iglesia católica lo tiene así definido en el Concilio Vaticano.

Pero en la *práctica*, las cosas andan por muy diversos caminos.

La razón de esta sinrazón es, que el hombre no es una pura *razón*. Antes al contrario : hay en él *pasiones*; afectos sensitivos, que se levantan del corazón sin previa consulta de la razón, y que, de tal manera la envuelven en los vapores que del corazón se exhalan, que la oscurecen y le presentan los objetos con colores y aspectos totalmente diferentes de la realidad.

Los errores religiosos

3. Es cierto que el hombre, por el solo testimonio de su razón, alcanza la verdad de la existencia de Dios. Pero ¡de cuán disparatadas maneras le representa a Dios esa razón, cuando recibe la luz refractada y descompuesta por el prisma de las pasiones!

Cuando el hombre se halla deprimido por el temor, que justamente le infunde la conciencia de su responsabilidad moral, fácilmente concibe a ese Dios, Creador y Dueño de todas las cosas, como un *númen siniestro*, lleno de crueldad, y poseedor de un terrible poder. Repásese la historia de las antiguas supersticiones, y se verá predominar este concepto horrible de la divinidad; desde Saturno que devora a sus hijos, hasta aquellos dioses homéricos, egoistas e insensibles a las humanas miserias, que han dado muchos dolores al humano linaje, mientras gozan imperturbables placeres, bebiendo néctar y comiendo ambrosía en sus celestiales palacios. Moloch se deleita en los suplicios de inocentes niños arrojados en el fuego; el indio Çiva y el germano Odin se recrean en la destrucción; y los númenes espantosos de los aztecas, reclaman la sangre de millares de víctimas humanas, degolladas incesantemente en sus aras inmundas. ¡Todas éstas y otras parecidas concepciones

horribles, engendró la *idea de Dios*, conocida por la razón natural, pero mirada al través de las humanas pasiones, que encogen el corazón con la angustia y el terror, nacidos de la conciencia del crimen.

Al contrario : las pasiones sensuales llegan hasta transformar a la divinidad en modelo y cómplice de sus más repugnantes desórdenes. Milita babilónica santificando el adulterio; Venus Afrodita consagrando la prostitución, y otras mil ficciones de la lubricidad convertida en culto, bastan para señalarnos los excesos inconcebibles a que puede llegar la humana demencia, cuando se pone a transformar por su cuenta el concepto de Dios.

Necesidad de un Magisterio

4. La historia de las aberraciones gentílicas demuestra claramente que, si el humano linaje había de dar a Dios un culto digno de El, era indispensable una *revelación*; y no sólo *una* revelación, sino un *Magisterio* perenne.

Pues la revelación ya se había hecho a los primeros Padres del humano linaje, y ellos la habían trasmitido a sus hijos y descendientes. Pero aquellos recuerdos de la verdad revelada, se habían obscurecido entre las tinieblas levantadas por las pasiones feroces y livianas y habían ido a parar a las monstruosidades que hemos recordado.

No bastaba, pues, una nueva *revelación*, como no había bastado la antigua. Era menester que Dios estableciera en la tierra un Magisterio, que velara por la purificación continua de esa verdad revelada, para que no se fuera enturbiando de nuevo y volviera a desaparecer de las inteligencias de los hombres, bajo la enorme

superfetación de los mitos que nuestra imaginación produce siempre de nuevo con insana fecundidad.

Ahora bien ¿qué medio debía escoger Dios para obtener, conforme a la naturaleza de las cosas y de los hombres, esta conservación de la verdad nuevamente revelada?

La Ley antigua

5. En la Antigua Ley, había tomado por medio la elección de un *pueblo*, que fuera depositario de la revelación. Pero aun para que ese pueblo escogido no perdiera totalmente la idea de su Dios y de su Ley ¿cuántos prodigios no había tenido que realizar en una larga serie de siglos?

Le había tenido que mantener aislado de los demás pueblos, para que no se contaminara con sus supersticiones; le había tenido que enviar profetas que le recordaran la Ley de Dios, y había tenido que domarle con castigos terribles; a pesar de lo cual, aquel pueblo había acabado por adherirse tenazmente a la *letra* de la Ley, pero perdiendo totalmente su sentido y su espíritu.

Los protestantes (y otros herejes) han pretendido que Dios había elegido como único depósito y salvaguardia de su revelación, la *Biblia*: la *Ley escrita*. Pero ¿por ventura los judíos no poseyeron la Biblia? ¿Puede esperarse de algún pueblo o agrupación humana, mayor estima de un libro, ni mayor celo del que ellos habían desplegado en contar sus letras y hasta sus tildes? Y con todo eso: apegados a esa corteza vana de la Ley, se habían apartado enteramente del verdadero culto de Dios. Observaban escrupulosamente el sábado y diezaban el anís y el comino; pero

habían olvidado la substancia de la Ley: el juicio y la misericordia. Eran exageradamente *religiosos*, o mejor dicho *supersticiosos*; pero habían llegado a un sumo desconocimiento del espíritu esencial de la Religión, que es la *caridad* de Dios y del prójimo.

La Ley nueva

6. Por eso, en la nueva economía de la salud: en el *Nuevo Testamento*, no eligió Dios un *libro*, como depósito principal de la verdad religiosa; sino estableció un *Magisterio vivo*.

Cuanto al *hecho*, no puede haber sombra de duda. Jesucristo, Hijo de Dios y Redentor del mundo, *no escribió* libro alguno. Si no hubiera escrito con el dedo en el polvo de la tierra, para avergonzar a los acusadores de la mujer adúltera, pudiéramos dudar hasta de si supo escribir. Las cartas a Abgaro, que se pretendía ser de Jesús (fuera de su insignificancia), está demostrado que son apócrifas. Jesús no escribió sus nuevos preceptos ni sus consejos. Ni siquiera mandó a sus discípulos que escribieran. De los *Evangélicos*, sólo dos proceden de Apóstoles de Jesús; los otros dos pertenecen a la segunda generación cristiana. ¿Cómo se explica todo esto?

Puesto que Jesucristo venía a fundar una *nueva Ley* ¿cómo no la escribió, siquiera en dos tablas de piedra, como el Decálogo? Es evidente que Jesús no quiso que pusiéramos nuestra confianza en un *libro*. Para ello, él mismo lo hubiera escrito y nos lo hubiera legado. No nos propuso un libro; pero en cambio dijo: *El que no oyere a la Iglesia, sea para vosotros como gentil y publicano*. Y a San Pedro había dicho:

Tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

De suerte que *el hecho* indiscutible es, que Cristo *no escribió un libro, sino fundó una Iglesia*. Que no nos remitió a las páginas de un Código, sino al Magisterio y juicio de su Iglesia. Quien dude, cuál es esa Iglesia de Cristo, hallará copiosos argumentos para cerciorarse de ello. Pero en todo caso, lo que no admite duda es, que Cristo no fundó su Religión sobre un *libro*, sino sobre una *Iglesia*. ¿Cómo, pues, tú que te llamas cristiano, te atreves a decir : Dios sí ; la Iglesia no ?

¡ No, la Iglesia que no pueda demostrar ser de Cristo ! está muy bien. Pero si una Iglesia demuestra ser la de Cristo, ¿ cómo dirás : la Iglesia no ?

Pero ahora no nos proponemos demostrar que la Iglesia católica es la Iglesia de Cristo¹. Queremos por de pronto limitarnos a demostrar la insensatez de los que creen poder conservar el conocimiento y culto de Dios prescindiendo de esa Iglesia.

Necesidad de la Iglesia

7. Dios sí, la Iglesia no ; vale tanto como decir : el *consiguiente* sí, pero no el *antecedente*. Porque es así que, cuando me dices : Dios sí, te refieres a un Dios conocido por nosotros ; a un Autor de esa Ley moral que conocemos y leemos en el fondo de nuestras conciencias ; a un Dios a quien adoramos con un culto razonable, cual es el culto católico y aun todo culto *compatible* con el Catolicismo. Ahora bien ¿ crees tú, hermano mío, que, sin la Iglesia, poseerías ese conoci-

1 Véase esta demostración en nuestra «Apologética», núms. 356 y sgs.

miento de Dios, ese conocimiento de la Ley moral, ese culto razonable y digno de Dios y del hombre?

Para contestar a esta pregunta, es menester que procedamos por partes, y vayamos considerando, qué sería hoy, sin la Iglesia, el conocimiento de Dios, el conocimiento de la Ley moral, el culto tributado a la Divinidad.

8. Acontece en materia de Religión, a los que repudian la intervención de la Iglesia, lo que acontece a los ideólogos que, sentados en su cómodo gabinete de estudio, en el seno de una sociedad organizada, y gozando de una refinada civilización, discurren sobre las *delicias y ventajas* del estado salvaje, a que, según ellos, destinó al hombre su naturaleza. Los tales gozan de todas las ventajas de la sociedad y de la cultura, y al amparo de ellas entonan himnos al salvajismo y a la barbarie, seguros de que, ni las fieras de la selva, ni el acecho de salvajes enemigos, ha de venir a turbar su tranquilidad.

Por semejante manera, es fácil decir que queremos entendernos con Dios sin la *mediación* de la Iglesia, mientras gozamos de la doctrina que la misma Iglesia nos ha enseñado acerca de Dios.

Pero ¿qué sería la *noción* de Dios en la Humanidad; qué concepto de Dios poseeríamos ahora nosotros, si la Iglesia, como una ciudadela de la verdad y tesoro de la revelación, no nos hubiera guardado y trasmitido su doctrina?

No vamos a poner los ojos en los siglos que precedieron a Cristo, en los cuales la *noción* de Dios se había oscurecido de suerte, que se pudo decir con exactitud, que el mundo daba el nombre de Dios a todo, menos al Dios verdadero.

Cristo, luz del mundo, disipó aquellas tinieblas;

renovó la primitiva revelación, y enseñó a sus discípulos toda la Verdad religiosa. Pero, sin la Iglesia ¿cuánto tiempo creéis que se hubiera mantenido el género humano en posesión de esta nueva Verdad?

El Gnosticismo

9. Apenas los discípulos de Jesús habían comenzado a difundir esta doctrina luminosa y salvadora; apenas había extendido sus luces en el horizonte greco-romano, que era entonces el horizonte cultural; se levantó de varios puntos una espesa niebla de errores absurdísimos, pero revestidos de ropaje científico, y por ende, muy a propósito para imponerse a aquel mundo que respetaba todavía los nombres de la Ciencia y la Filosofía paganas. Los últimos Apóstoles del Señor, antes de salir de esta vida, pudieron ver ya levantarse este torbellino que, sin el contraste de una Autoridad, de un Magisterio viviente, hubiera sin duda descuajado la revelación cristiana y vuelto a sumir a la Humanidad en todos los delirios del Paganismo.

Los *gnósticos*, cuyo nombre valía tanto como los modernos de *científicos* o *sabios*, viniendo de todos los focos de los antiguos errores: del dualismo persa, de las supersticiones egipcias y de las utopías platónicas; se dan cita en el campo de la nueva doctrina, pura, luminosa y sencilla; para enturbiar su pureza con sus delirios, para confundir a sus creyentes con sus sofismas, para imponerse a la fe con el aparatoso alarde de las ciencias humanas.

Después de los delirios de Simón Mago, contemporáneo de los Apóstoles, el sirio Saturnilo niega la rea-

lidad del cuerpo de Cristo, y considerando la materia como esencialmente mala, destierra el matrimonio, fuente de la familia y vida cristiana. El egipcio Basilides (entre los años 120 y 140) se hunde en un panteísmo absurdo, suponiendo un principio divino inconsciente y sometido a un desenvolvimiento ciego, como origen de todo el Universo (error no muy diferente de los modernos delirios hegelianos). Cristo queda reducido a la condición de uno de tantos *eones*, y todo el progreso de la Humanidad, a un ciego apetito de ascensión hacia una luz ignota. El reposo no se hallará sino en una ignorancia del más allá, que sumirá al Universo en una calma semejante a la muerte eterna. El mundo visible es obra de los habitantes del cielo inferior, cuya cabeza es Jehová, dios de los judíos, contra quien militó el eón Cristo. El que padeció en la cruz no fué Jesús, sino *Simón Cirineo*; y en conocer esto, consiste la redención. Los *ofitas* adoraban a la *serpiente*, como defensora de la Humanidad contra el dios del paraíso, que pretende vedar a los hombres el árbol de la *ciencia*. Otros veneraron a *Cain* como primer mártir de la verdad.

10. Los ensueños frenéticos de los ofitas, recibieron forma más científica del egipcio *Valentín* (135-160). Profesando un dualismo combinado con la filosofía platónica, puso, como origen del mundo, al *abismo* o profundo, y al *silencio* (esto es: el sér abstracto, informe e inconsciente), del cual emanan infinidad de *eones* o inteligencias: *númenes*. Uno de éstos, la *Sofía* o sabiduría, peca y engendra al *Cristo* y otros dos arcontes que producen el mundo. El Cristo sólo se une con Jesús desde su bautismo hasta su pasión, en la cual le abandona. Los hombres no tienen un mismo origen, sino proceden, los materiales de Satanás, los psíquicos

del Demiurgo y los neumáticos de Sofía Achamoth. Los primeros no son capaces de redención. Los neumáticos, una vez perfeccionados, irán al cielo y se casarán con sus ángeles.

No sólo, pues, niega este sistema (si puede llamarse así, tal madeja de delirios) no sólo niega el mérito redentor de los padecimientos de la Cruz (pues el que padeció no fué Cristo), sino la igualdad de naturaleza entre los hombres (¡buen cimiento para perpetuar la esclavitud!) y la espiritualidad del cielo, donde habrá bodas de la Sofía con el Cristo y de los espirituales con sus ángeles, etc., etc.

11. ¡Qué hubiera sido, entre tal aluvión de absurdos, de la doctrina de Jesús! ¿Qué pensaríamos ahora de Dios, si tales doctrinas hubieran prevalecido? ¿Cuáles serían nuestras ideas sobre la Ley moral, cuando hubo sectas que colocaron la santidad, en obrar sistemáticamente contra ella?

Ven y dime ahora : ¡Dios sí, la Iglesia no! ¿Qué Dios? ¿El *caos* o el *inconsciente*, o el *demiurgo*? ¿O uno o muchos de los *eones*, entes espirituales emanados de la Divinidad incognoscible?

El *Gnosticismo* nacía cuando el Cristianismo se hallaba todavía en sus comienzos, afligido por las persecuciones sangrientas del Paganismo; y nacía armado con todas las armas de las ciencias antiguas, con todos los prestigios de la Filosofía griega y todos los atractivos de la curiosidad, la vanidad y la sensualidad.

La lucha entre los fieles y los gnósticos era desigual, y sin duda hubieran sucumbido los primeros; se hubiera eclipsado la luz del Cristianismo (de que los gnósticos no conservaban más que el nombre), y hubiera quedado de nuevo establecido el politeísmo, con sus parejas de dioses masculinos y femeninos, con sus

pasiones divinas, que autorizaban y aun santificaban las humanas; con sus principios de lucha inextinguible entre los hombres y las razas.

Pero la *Iglesia*; el *Magisterio* vivo instituido por Cristo nuestro Señor, dió cuenta de este audaz enemigo, como antes la había dado ya de los herejes judaizantes, que querían someter el Evangelio a la Ley judaica; como después la ha dado de todos los errores que han ido surgiendo en el decurso de los siglos.

No era posible entonces la reunión de un Concilio universal; pero la Iglesia perseguida, la Iglesia de las catacumbas, poseía una *tradición*: una *tradición* personal en las no interrumpidas series de Obispos que regían las sedes fundadas por los Apóstoles, y sobre todo la Sede de Pedro; una *tradición* de doctrina, vinculada en la enseñanza de aquellos mismos Padres y Obispos; y *San Ireneo*, *S. Hipólito*, *Hegesipo* y otros muchos prelados, salieron a la palestra contra los gnósticos, no estribando en la *ciencia* humana de que los gnósticos se jactaban, sino en el *Magisterio* viviente en la Iglesia, con que confundieron las herejías. El cuerpo de la Iglesia, vivo, robusto, echó de sí aquella peste, que hubiera acabado con el Cristianismo en el siglo II. Pero no tardó mucho en renacer el peligro por otra parte muy diferente.

Las herejías

12. A fines del siglo III, el presbítero *Arrio* discute la naturaleza del Verbo, negándole la eternidad y la igualdad con Dios Padre. Esto equivalía a negar la *divinidad* de Cristo, Verbo encarnado; pues, si el Verbo es criado, no es Dios; y si Cristo no es Dios, no son divinos sus merecimientos, y toda la Religión cristiana queda desnaturalizada, anulada.

La intervención del Poder civil, dió a esta herejía una importancia que por sus propias fuerzas no hubiera podido alcanzar. Los Emperadores de Bizancio, por su prurito de gobernar la Iglesia, se dejan engañar por los arrianos, que colocan adeptos suyos en muchas sedes episcopales; con lo cual se obró aquel prodigio, que encarece San Jerónimo: que el mundo que era católico en la inmensa mayoría del pueblo, se halló un día, con asombro, hecho arriano; es a saber: por el fraude de los Gobiernos y los pseudo-obispos.

¿Cómo hubiera resistido la masa de los fieles a esta serie de intrigas; a esta conspiración inextricable, para minar su fe? Ved lo que aconteció al pueblo de los godos, que, seducidos por el Obispo Ulfilas; que los había convertido al Cristianismo, se hicieron arrianos, cortando con esto el hilo de su brillante destino histórico. Así indudablemente hubiera perecido la fe de toda la Cristiandad, si la Iglesia; ese Magisterio viviente que tan pesado se hace a algunos míopes, no hubiera confundido a la herejía, fulminando contra ella el anatema de Nicea, que lanzó a los arrianos del seno de la Iglesia, y, de secretos conspiradores, los hizo enemigos descubiertos, y por eso mismo menos temibles.

12. Pero no se detiene aquí el espíritu del error. Nestorio, patriarca de Constantinopla, abusa de su posición para introducir un error, pariente del arriano, pretendiendo distinguir en Cristo dos personas: la humana al lado de la divina. Cristo no sería, según él, simplemente Dios, sino *un hombre* habitado por la Divinidad. Este error iba a cundir, hallando el terreno preparado por las reliquias del arrianismo; pero se alza la Autoridad doctrinal de la Iglesia, y lo condena en el Concilio de Éfeso.

Entonces se lanza el error al extremo contrario, y pretende que en Cristo se *funden* las dos naturalezas divina y humana; lo cual equivalía a negar a la Divinidad sus atributos más esenciales, preparando la caída en el panteísmo. Eutiques y Dióscoro inficcionan con la nueva herejía las provincias, entonces florentísimas, de la iglesia egipcia; pero son anatematizados por el Concilio de Calcedonia.

De esta manera la eterna vigilancia del Magisterio vivo de la Iglesia, va repeliendo, uno en pos de otro, todos los errores, y conservando puro el sagrado depósito de la fe, traído por Jesucristo a la tierra.

13. ¿Qué hubiera sido de este depósito, si hubiera estado abandonado a las discusiones de los hombres, sin otra luz que la vacilante del entendimiento humano, agitado por las pasiones de los pseudo-sabios? Nadie que tenga dos dedos de frente, puede desconocer lo que hubiera infaliblemente acontecido: antes de tres generaciones después de los Apóstoles, la doctrina Evangélica hubiera desaparecido del mundo; el Magisterio del Profeta Galileo se hubiera obscurecido como la predicación de los antiguos profetas, y el mundo hubiera reincidido en el politeísmo, en la idolatría, en el fetiquismo, con todas sus abominables consecuencias en el orden de las ideas y de las costumbres, privadas y públicas.

Piensa, pues, tú, quien quiera que seas, que pretendes entenderte con Dios *sin la Iglesia*: ¿cuáles serían, sin esa Iglesia divina, tus ideas respecto de Dios? ¿Adorarías a Baco o a Venus; al furibundo Marte o al ladrón Mercurio; al adúltero Júpiter o al parricida Saturno? Seguramente les prestarías culto a todos por su orden, es a saber: a medida que lo fuera reclamando la voz de las pasiones libidinosas o san-

guinarias que se levantan en el triste corazón humano, dejado a su propio peso y dirección.

La *naturaleza* del hombre no se muda; por lo menos es evidente que no ha cambiado desde que hay hombres, en cuanto alcanza el testimonio de la Historia. El Paganismo antiguo fué un engendro de las pasiones humanas, que refractan la luz intelectual con que pudiera el hombre llegar al verdadero conocimiento de Dios. Las mismas pasiones, a medida que se afloja el influjo del Cristianismo, producen un Paganismo moderno; tal vez menos delirante en el orden de las ideas, porque tiene el contraste de la luz que derrama el Catolicismo; ese Magisterio, por muchos despreciado, de la Iglesia católica; pero cuyas tendencias van en la misma dirección, como se conoce especialmente por su influjo en el terreno de las costumbres.

La moral

14. Y este es otro punto en que hemos de fijar nuestra atención, para estimar en su justo valor el «*Dios sí, la Iglesia no*», que compendia las aspiraciones de muchos de nuestros contemporáneos.

El mundo moderno, la cultura moderna, nos separa del antiguo Paganismo, no menos que en la esfera de las ideas, en la forma de las costumbres. Hoy lamentamos la enorme decadencia y corrupción de ellas, sobre todo en esas grandes aglomeraciones humanas que ha producido la moderna vida industrial. Hay en efecto muchos vicios, hay muchas abominaciones. Pero ¿qué es esto en comparación con lo que produjo el antiguo Paganismo?

¿Cómo puede concebirse hoy la decadencia a que se llegó en períodos de brillo exterior, como el greco-

romano? ¿Quién se atrevería hoy a practicar la pederastía con la desaprensión de un Nerón y hasta un Adriano, proponiendo a sus vasallos la apoteosis de un favorito infame? ¿Qué pueblos tan degradados pudieran imaginarse hoy, que aceptaran con fervor tan insensato culto, como entonces lo aceptaron ciudades de la culta Grecia? ¿Qué autócrata se permitiría hoy los adulterios locos de un Calígula?

¿Quién puede concebir en una sociedad ex-cristiana la exposición de los hijos, practicada como en los siglos más florecientes de Roma; o las carnicerías de los gladiadores o los suplicios horribles, convertidos en delectación suprema y arte favorito del Pueblo imperial?

Mas ¿a quién se debe esta transformación casi indeleble de la conciencia pública, que prohíbe hoy a los hombres más degradados y criminales, los delitos que entonces no parecían desdorar a monarcas o gobernantes sabios, y aun tenidos por honestos, como Trajano y Adriano? — A Cristo, diréis; al Cristianismo. — Es verdad: pero habéis de añadir: Al Cristianismo mantenido por el inflexible Magisterio de la Iglesia. Pues si éste no hubiera existido, las costumbres sociales hubieran reproducido todos los horrores del Paganismo, como las ideas hubieran reincidido en la Idolatría.

15. Ya hemos indicado las abominaciones de inmoralidad a que había conducido el Gnosticismo. Carpócrates, otro de los adalides de aquellas sectas, sostuvo que el mal moral consiste sólo en humanas opiniones; que sólo son útiles la fe y la caridad, y todo lo demás es indiferente. Su hijo Epífanes enseñó la comunidad de mujeres y fué venerado como dios. Los Nicolaitas profesaban, que se debía abusar de los goces carnales hasta matar la carne, y extinguir así la fuente de sus

tentaciones. Otros, mirando al Autor del Decálogo como dios malo, enseñaban que se debía practicar precisamente lo contrario de sus preceptos.

¿Quién creería tan enormes insensateces, si en época más reciente no hubiéramos oído a Lutero, predicar su *peca fortiter et crede fortius*: Peca animosamente con tal que creas con firmeza! Y esta doctrina no se quedaba en la región de las ideas especulativas. El mismo Lutero aconsejaba *un buen trago* (esto es: la borrachera) como medio para ahuyentar las tentaciones del demonio; ¡y tampoco le parecía medio malo para este fin, poner el pensamiento en una mujer agradable!

Pues ¿qué hubiera sido de la moralidad cristiana, si, frente a esos demoledores de ella, no se hubiera erguido la fortaleza incommovible de la Iglesia, defendiendo inexorablemente la Ley moral?

Ya hemos dicho (en conferencias anteriores) que donde falta esta tutela de la moralidad, ésta se va desmoronando hasta perderse, no sólo la práctica, sino aun el conocimiento de sus preceptos.

Fijándonos en el Protestantismo, que es la herejía *menos distanciada* de la Iglesia católica ¡qué estragos no ha hecho en la moralidad de los pueblos! Es verdad, que los sucesores de Lutero no pudieron sostener en su crudeza la teoría de la *fe salvadora* por encima de todos los crímenes. Pero así y todo, el Protestantismo hirió mortalmente la moralidad de la familia con el divorcio; la veracidad, con la teoría de la mentira *útil*; el respeto a la vida, con la tolerancia del duelo y de la restricción de los nacimientos; y la pureza de las costumbres, con la mixtificación del sexto mandamiento, reducido a la condenación del adulterio.

Pureza de la Iglesia

16 En esta parte resplandece la divinidad de la Iglesia católica, comparada con la fragilidad humana de las sectas protestantes. Consideremos la conducta de los teólogos protestantes con el Landgrave de Hesse, y la del Papa Clemente VII con Enrique VIII de Inglaterra, y echaremos de ver, que *sola la Iglesia* ha tenido valor y eficacia para defender a todo trance la pureza de la Ley moral.

Felipe de Hesse pretende autorizar su bigamia, y obtiene para ello el asentimiento de los teólogos protestantes, de Melancton y del mismo Lutero.

Enrique VIII sólo pide un divorcio injusto, para abandonar a su legítima esposa, y correr en pos de su loca pasión. Tiene en su abono los pareceres de la mayoría de sus teólogos y obispos; existe, en las opiniones de su tiempo, un precedente para condescender con él. Pero el Papa se persuade de su injusticia; de la inocencia de la Reina y de que, con aquella resolución, se va a herir la indisolubilidad del santo matrimonio; y aunque se le amenaza con arrancar de la Iglesia un Reino poderoso; aunque sólo se le pide que cierre los ojos ante la consumación de la injusticia; el Papa no accede, y contra el Rey y contra todo el mundo, defiende la moralidad, y la justicia de la esposa ofendida. ¡Y eso que aquel Papa no se llamaba Gregorio VII, ni Inocencio III, ni siquiera Julio II; era un Papa Médici, débil e irresoluto como hombre, pero inflexible e incorruptible como *Vicario de Cristo!*

¿Qué hubiera sido de la moral cristiana sin ese dique inquebrantable? Los mismos protestantes se han aprovechado de su fuerza; pues el ejemplo de los

católicos, la perpetua censura de esa conciencia pública, engendrada y mantenida por el Catolicismo, les ha impedido rodar hasta los abismos de corrupción moral a donde debían lógicamente arrastrarlos sus principios religiosos.

El culto

17. Y el *culto* ¿qué hubiera sido el culto divino, abandonado a los entusiasmos, a las ignorancias, a las pasiones de los pueblos, sin el perpetuo contraste de la Iglesia?

No nos detendremos en describir los errores de herejes antiguos, que conducían a la idolatría, con sus delirios sobre las diferentes encarnaciones de la Divinidad. Simón Mago quiso ser adorado como *algo divino*, y presentó como divina *sabiduría* a una manceba suya sacada de un burdel (anticipándose al *culto de la Razón*, que había de proclamar 16 siglos más tarde la Revolución francesa). Los Carpocratianos veneraban, con la imagen de Cristo, las de Pitágoras, Platón y Aristóteles. Epífanos (hijo de Carpócrates) fué adorado como dios en la isla de Cefalonia. Entre la rudeza de los siglos medios hallamos verdaderas manifestaciones de idolatría. Eon de l'Etoile se hizo pasar por Juez de vivos y muertos. El loco Tanchelmo enloqueció a las mujeres en los Países Bajos, hasta llevarlas a liviandades sacrílegas y celebrar sus desposorios con María Santísima.

Sería tarea larga enumerar las locuras a que ha conducido a hombres ignorantes y fanatizados, en siglos de incultura, la natural inclinación a admirar y adorar lo sobrenatural, que los lleva a todo género de supersticiones y extravagancias. Sin el Magisterio y correc-

ción de la Iglesia, se hubiera reproducido mil veces la idolatría y el politeísmo, por los mismos caminos por donde se produjeron en la Antigüedad.

18. Pero no queremos dejar de mencionar un caso curioso y ridículo, que ha sucedido en estos mismos días, y que puede servir de muestra de lo que se podría esperar del culto religioso si no estuviera vigilado y rectificado constantemente por la Iglesia católica.

Un pueblo fanatizado por las predicaciones políticas y socialistas de un revolucionario, impío y blasfemo, ha llegado a creer que la Virgen venerada en cierto santuario, le favorecía con apariciones en su prisión. Y no ha parado aquí. Ha imaginado que *otra Virgen* menos democrática, más ciudadana o burguesa, contradecía a la primera, y así había división en la Corte celestial, entre una Virgen izquierdista y otra derechista, ni más ni menos que en las actuales Monarquías.

Sin el Magisterio de la Iglesia, cada nación cristiana adoraría hoy a un *Cristo* diferente y enemigo del Cristo de sus émulos. ¿Quién duda que el Cristo inglés habría declarado ya la guerra al Cristo alemán; y la Virgen de Lourdes rompería lanzas contra alguna Virgen austríaca?

El corazón humano siempre es uno mismo. La cultura ejerce algún influjo en las cabezas, pero debajo del frac y del guante blanco, bullen las mismas pasiones, que en tiempos antiguos produjeron las falsas supersticiones y las alientan en los modernos, donde el Magisterio de la Iglesia no acude vigilante y enérgicamente a reprimirlas y extirparlas:

Conclusión

19. Y ahora, venga alguno y dígame: ¡Dios sí, la Iglesia no! ¿De qué Dios habláis? le replicaré: ¿de

Brahma, autor de castas irreconciliables; o de Budha, divinidad pesimista de la aniquilación? ¿De Alah, que incita a la matanza de los perros cristianos, y promete un paraíso de huríes; o de Moloch, que pide sacrificios de niños inocentes; o de las divinidades aztecas que no sacian nunca su sed de sangre humana?

¿Qué fe, qué ideas morales, qué culto, serían los nuestros, si la Iglesia católica, a costa de una lucha de veinte siglos, no nos hubiese guardado el tesoro de la *doctrina evangélica*?

Pues ¿qué ingratitud no es la de esos hombres que claman: Dios sí, la Iglesia no; de los que sienten como una pesada tutela, esa protección con que la Iglesia guarda nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestra religiosidad?

— Pero (dicen) al fin y al cabo, la Iglesia *se interpone* entre Dios y las almas!

— ¡Sea! Se interpone. Pero se interpone como el microscopio se interpone entre el ojo y el mundo de lo infinitamente pequeño, para hacérselo visible. Se interpone como el telescopio entre nosotros y los astros remotísimos, para acercarlos a nuestra percepción. Se interpone como el teléfono entre nuestro oído y la voz distante miles de leguas, para aumentar indefinidamente nuestra potencia auditiva. Así se interpone la Iglesia entre nosotros y las cosas que, por su alteza o sutilidad, escaparían sin ese auxiliar a nuestra exacta apreciación.

Lo hemos dicho ya, y hay que repetirlo: por más que el hombre, especulativamente, pueda por sí solo alcanzar todas las nociones necesarias acerca de Dios y su Ley; *de hecho*, por efecto de la rebelión de sus afectos pasionales, no puede conseguir ni siquiera conservar esas verdades sin el auxilio de un Magisterio

infalible, perpetuo, cual es el de la Iglesia establecida por Dios.

No digamos, pues, ya : Dios sí, la Iglesia no ; sino *a Dios por la Iglesia* ; por la Iglesia instituída por Dios como una Arca santa, en cuyo seno vivamos seguros, sin ser arrebatados por la furia de las pasiones, entre las oscuridades del error y la inconstancia de nuestra debilitada voluntad.

A. M. D. G.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
CONFERENCIA PRIMERA. — Fascinación del mundo sensitivo	1
Apéndice : La epidermis del Universo	24
CONFERENCIA SEGUNDA. — La Libertad	27
Apéndice : Libertad, independencia, defectibilidad	47
CONFERENCIA TERCERA. — Valores infinitos	49
CONFERENCIA CUARTA. — Solución de grandes problemas	69
CONFERENCIA QUINTA. — La caída original.	89
CONFERENCIA SEXTA. — El dualismo humano	109
CONFERENCIA SÉPTIMA. — Apocalipsis (Revelación)	129
CONFERENCIA OCTAVA. — El dogma increíble del Catolicismo.	150
CONFERENCIA NOVENA. — Psiquiatría	171
CONFERENCIA DÉCIMA. — El paraíso de la tierra	192
CONFERENCIA UNDÉCIMA. — ¡Dios sí, la Iglesia no !	213







